



# UN CAMINO DE LA MIRADA

Convivencia con jóvenes de CL

Asís, 23-26 de noviembre de 2023



# Un camino de la mirada

**Convivencia con jóvenes de CL**

Asís, 23-26 de noviembre de 2023

Jueves 23 de noviembre

---

## INTRODUCCIÓN

Francesco Cassese

Buenas noches a todos, gracias por haber venido a esta segunda etapa de Asís. Hemos venido desde toda Italia y en esta ocasión también tenemos invitados de fuera, casi una treintena de amigos procedentes sobre todo de Europa. Os transmito el saludo de Davide Prosperi, que siente mucho no poder estar aquí con nosotros, pero estos días se encuentra en Argentina visitando a nuestras comunidades.

Retomaré los puntos principales de la lección y síntesis de Paolo Prosperi en nuestra [primera convivencia](#) del pasado marzo: la sociedad del cansancio, caracterizada por la *performance* como medida del valor de nosotros mismos, el hombre hecho a sí mismo que nos hace sentir encerrados dentro de una jaula, y el dejarse “lavar los pies” como Pedro por Jesús, que es el camino de la liberación.

Queremos retomar todo lo que salió la primera vez para intentar dar pasos hacia adelante, iluminados por el camino que estamos haciendo juntos con todo el movimiento. Me refiero al itinerario de la Escuela de comunidad y en especial a la Jornada de apertura de curso: [“La fe, cumplimiento de la razón”](#). Intentaremos profundizar en el paso de la experiencia natural a la experiencia cristiana.

Estos días tendremos tiempo para vernos las caras. Quien más y quien menos, todos hemos hecho un largo viaje para llegar hasta Asís. ¿Por qué no hacemos una conexión? ¿Qué añade el hecho de poder vivir juntos estos días? Estamos aquí para acompañarnos en un tramo del camino, para gustar la compañía que nos hace el Misterio a través de nuestros rostros. Se trata de conceder nuevamente espacio a Cristo para que nos atraiga hacia Sí. Yo sería incapaz de dar un paso en este camino sin ese atractivo que se me vuelve a proponer. Queremos caminar juntos. No se aprende a caminar juntos sin caminar juntos.

Como vimos de forma patente el pasado mes de marzo, la nuestra es una «compañía *vocacional*, es decir, una compañía que nos implica, puesto que genera una experiencia y está generada por una experiencia en la que el carisma nos ha tocado», como decía Davide. Son días que construimos juntos partiendo de lo que sucede entre nosotros. En este sentido, veréis que las noches de mañana y pasado mañana han sido preparadas y pensadas para vosotros, tanto los testimonios como los cantos.

Casi 150 personas de los que estamos aquí participaron en la convivencia de marzo, pero estos meses hemos visto como una onda que, mediante círculos concéntricos, ha alcanzado a muchos otros. En las vacaciones de verano se ha retomado el contenido del cuaderno de Asís y también han surgido iniciativas partiendo de la provocación de la lección de Paolo. Al concluir el gesto de marzo, nos decía Davide: «No os he invitado a venir aquí para daros “la línea del movimiento” sino para compartir una amistad. Compartiendo esta amistad podremos entender un poco mejor cuál es el contenido de la propuesta que el movimiento nos está haciendo y se aclara la tarea que se nos pide». Realmente eso es lo que ha pasado. Ha sido una ayuda preciosa para entrar más a fondo en el contenido de la propuesta del movimiento. El enfoque de la experiencia laboral, el yugo de nuestra *performance*, nos ha ayudado a comprender el paso que nuestra compañía nos estaba proponiendo.

Continuaba Davide: «como digo siempre, cuando uno es objeto de una preferencia, o es una injusticia (pensad en vuestros amigos que no han podido venir porque lamentablemente no había sitio para todos) o esa preferencia indica una tarea». Pues bien, me parece que ninguno de nosotros se ha tomado esta preferencia como si fuera pertenecer a un club exclusivo. La verdad de lo que hemos vivido ha traído consigo el ímpetu de un abrazo y un deseo de compartir. «Que mediante cada uno de nosotros esta preferencia se dilate, se convierta en nuestra responsabilidad. Atención, esta responsabilidad no se traduce en un cargo: despejemos inmediatamente este equívoco del horizonte de nuestras expectativas... Quiero decir: estar aquí no significa que a partir de mañana va-

yáis a estar en todas las diaconías del globo terráqueo». Todos nos hemos puesto en juego en nuestras comunidades, más deseosos de construir que de ocupar cargos. En algunos casos han surgido iniciativas, en otros simplemente hemos vuelto con más ímpetu a la vida de nuestras comunidades.

Retomo estos elementos porque para nosotros es importante, fundamental, poder verificar el fruto de esta propuesta. Todo empezó como una apuesta. Sabíamos a qué estábamos apostando, pero no sabíamos dónde nos llevaría esa apuesta. Ahora tampoco sabemos dónde nos llevará esta apuesta, pero queremos verificar su bondad y fecundidad.

Quiero decir una última cosa. Estos días es decisiva la postura que podamos tomar frente a la propuesta que se nos hace, en nuestras conversaciones, en la mesa, en los momentos de escucha y oración. Nos interesa vivir estos días con verdad, de manera auténtica. Fijaos en lo que dice don Giussani: «No es el activismo, como tampoco el moralismo (...), lo que crea situaciones verdaderas». ¿Qué es, entonces? “Mi conversión”. ¿Y en qué consiste? En “reconocer lo que Él ha puesto en la raíz de mi ser, en reconocer que soy una criatura nueva, que yo soy Tú”. En este punto Giussani se dirigía directamente a ese Tú, casi en oración: “Muéstrate un poco, ven a mí, sal a la luz, reviste mis miembros, mis brazos y mis manos, mi cabeza, mis pensamientos, mis sentimientos, mis ojos, mi boca. Revísteme, porque Tú eres fermento y mi masa es muy densa, comprendo que hace falta toda la vida para que se realice misteriosamente esta acción”» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 493).

Estos días pidamos su Presencia: «Ven, Señor Jesús».

Viernes 24 de noviembre

---

## FRAGMENTOS DE LA PRIMERA ASAMBLEA

**Francesco Cassese (Camu).** Esta mañana comenzamos la asamblea, que quiere ser un momento de verificación en el camino que hemos hecho estos meses. Como decía ayer, es la ocasión de compartir la experiencia que estamos viviendo: las preguntas, lo que hemos aprendido, los testimonios que nos han ayudado a vivir. Para prepararnos, hemos compartido esta pregunta: «¿Qué experiencia está generando en nosotros y en la vida de nuestras comunidades la propuesta del movimiento? ¿Qué preguntas están surgiendo?».

Como os adelantábamos por mail, estos días queremos reflexionar sobre estas palabras de don Giussani, tomadas del preámbulo de los Estatutos de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que contienen el núcleo de cuál es la identidad del sujeto adulto de nuestra compañía.

*«El sentido profundo del movimiento es el llamamiento a la memoria de Cristo, vivida diariamente en las circunstancias de la vida; y la naturaleza específica de su carisma puede ser descrita de la siguiente manera:*

*– una insistencia en la memoria de Cristo como afirmación de los factores que dan lugar a la experiencia cristiana en cuanto son origen de la verdadera imagen del hombre;*

*– una insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo solo puede generarse en la inmanencia de una comunión vivida;*

*– una insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo inevitablemente tiende a generar una comunión visible y llena de propuestas en la sociedad».*

Antes de empezar la asamblea, quiero leer un texto donde Giussani explica, respondiendo a una pregunta, el tipo de trabajo que nos espera. «Perdonad, me permito insistir en que el trabajo que se hace en una asamblea no consiste en que uno hable después de otro. Si lo que alguien ha dicho no está claro para ti, tienes que preguntar,

porque entonces se desarrolla lo que apenas se había esbozado, se va al fondo de la cuestión y se aprende. Estoy seguro de que la mayoría de vosotros no ha entendido todavía la última intervención, se os ve en la cara. ¡Si uno no tiene el coraje o la mera inteligencia de decir: “Perdona, por favor, vuelve a ello, pon un ejemplo”, Dios nos guarde! De no ser así, ya no hay trabajo, la asamblea tiende a volverse formalista, es decir, algo que hay que hacer. El que tiene que intervenir está pendiente de su intervención y no escucha, no aprende nada, pero tampoco aprenden nada todos los demás que están allí, ocupados en la gran tarea de dejar pasar la asamblea, con la benévola espera de que a lo mejor suceda algo hermoso de improviso. Esto no es trabajo. La cuestión que se ha planteado hiere de raíz la mayor parte del planteamiento que tenemos. Muchas veces, a mi parecer, es todavía peor de lo que se ha dicho, porque hacemos una asamblea porque hay que hacer asambleas, tomamos iniciativas públicas por hacer iniciativas públicas. Y nos guardamos bien de preguntar demasiado alto entre nosotros: “¿Ha ido bien o ha ido mal?”; censuramos hasta esta pregunta. “¡Lo hemos hecho! ¡Ha funcionado!”. Nos acaban de recordar que apliquemos un principio que quién sabe cuántas veces nos hemos repetido (...): el hombre aprende de la experiencia y la experiencia es probar algo, hacer algo, juzgándolo a la luz del ideal. ¡Juzgando! Y así nos preguntamos: ¿dónde hemos fallado? ¿Dónde está el punto en que tenemos que incidir más, o hacer que el criterio sea más preciso, definirlo mejor? En definitiva, es un trabajo sobre lo que se ha hecho y lo que se está haciendo»<sup>1</sup>.

Por tanto, esta mañana tendremos una sucesión de testimonios y preguntas pero dentro de un diálogo, es decir, con la posibilidad de identificar ciertos puntos y hacer un juicio.

*Simone. Desde que estuvimos con el Papa el 15 de octubre de 2022 tengo una pregunta, porque nos recordó que el carisma es de todos. Lo que siempre me ha impactado de Giussani (me lo han contado, lo he leído, por tanto ha sido indirectamente, pero es una experiencia de fe y es como si lo hubiera vivido yo mismo) es que todas las cosas que hacía*

<sup>1</sup> L. GIUSSANI, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid 2014, p. 261.

las hacía “nuevas”, es decir, de forma creativa. Siempre me he preguntado cómo puedo hacer que el carisma sea creativo en mí. No “creativo” como fruto de un esfuerzo mío, no un “hacer”, sino más bien cómo puedo dejarme utilizar por el Espíritu Santo (porque de eso se trata, de un don concedido a Giussani para nosotros) para que Él pueda hacer nuevas todas las cosas. En el trabajo, ¿cómo puedo estar delante de mis pacientes humanamente? O cuando vuelvo a casa, ¿cómo estar con mis hijos como si estuviera Jesús? Siempre me ha impactado esto del movimiento, que el cristianismo es un hecho social y por tanto ya no hay ningún aspecto de la realidad donde no entre Jesús. Entonces, ¿cómo puedo mirar hasta el dinero, la amistad, todo, como lo mira Jesús? Cuento una experiencia indirecta porque es de mi mujer, pero también es mía porque la hemos vivido juntos. El año pasado ella hizo un proyecto en clase dedicado a Vasili Grossman sobre “verdad y libertad”, con alumnos del turno ordinario pero también del nocturno y de la cárcel. Luego hicieron una exposición que ha ganado incluso un premio nacional en el MIUR. Una exposición preciosa. Ella siempre decía: «soy cristiana», pero nunca hablaba de Jesús, sobre todo con los presos, dando clase en una prisión de máxima seguridad, donde hay gente que ha cometido crímenes atroces. Al terminar su trabajo, cuando se iba, los presos le decían: «Profesora, nos ha hecho ser verdaderamente libres, incluso estando aquí dentro». La misma frase que le decía un alumno a Giussani en el podcast de El sentido religioso, que les hacía sentirse verdaderamente libres incluso estando en clase. Me doy cuenta de que, mendigando una cierta posición –«Ven, Señor Jesús»– y caminando en el movimiento, uno puede llegar a ser verdaderamente el instrumento de una creatividad. Podría sonar un poco cursi pero, ¿qué le permite a un preso decir: «Ahora entiendo lo que significa ser verdaderamente libre»? Es la síntesis del tercer capítulo de El sentido religioso: «Amar la verdad más que a uno mismo». Grossman, después de ser el escritor de vanguardia del comunismo, empezó a decir la verdad por una serie de hechos, por una serie de encuentros (la muerte de su madre, la visión de la Madonna Sixtina). Empezó a decir: «Soy menos hombre si no digo la verdad». Grossman era ateo, no era cristiano, y de hecho Giussani lo cita como auténtico ejemplo del sentido religioso, como Leopardi. Entonces, ¿cómo puedo ser yo instrumento

*de esa creatividad? Tenía esta pregunta y vi un inicio de respuesta en esta experiencia de mi mujer.*

**Paolo Prospero.** Exacto. ¿Podrías poner solo un ejemplo?

*Simone.* Claro. Ha sido un año en el que mi mujer ha trabajado muchísimo y yo estaba más en casa con los niños. El hecho de compartir esta experiencia, verla crecer en su relación con los alumnos... porque ella la primera vez que llegó allí dijo: «quiero escaparme de aquí», pero cuando acabó decía: «no me quiero ir porque ya son parte de mí»... Ver un yo que madura tanto –y al compartirlo también yo maduro porque hago mía su experiencia– es una oportunidad de que la creatividad del carisma no me resulte abstracta.

**Paolo Prospero.** Esto lo entiendo, pero mi pregunta es otra. Tú dices: «¿Cuál es el camino?», es decir, «¿cómo se hace creativo el carisma en mí?». Y la respuesta que propones es... no he entendido bien cuál es.

*Simone.* Yo miro a quien vive una experiencia. Para mí ha sido mirar la experiencia de mi mujer que, como decíamos en la Jornada de apertura de curso, contiene todos los factores, es decir, es una experiencia de fe, y uno la lleva a un lugar, como es la Escuela de comunidad, la Iglesia, y al contarla ve a la gente crecer.

**Paolo Prospero.** Has dicho muchas cosas. Espero que otros puedan decir algo sobre la cuestión que planteas. Mientras tanto yo diré que tu pregunta es preciosa y también es muy bonito el ejemplo que pones. Pero creo que sigue abierta la cuestión sobre el juicio que te llevas a casa después de todo lo que has contado. Es decir, la respuesta o un inicio de respuesta a la pregunta sobre “cómo” el carisma se vuelve creativo en ti y en mí.

*Simone.* Oración. Eso te lo puedo decir.

**Paolo Prospero.** Sí, lo has dicho.

**Simone.** *Oración y una relación sincera con los rostros que Jesús me pone delante, un juicio. Por tanto, yo digo: oración y juicio.*

**Paolo Prospero.** Gracias. Volveremos sobre ello.

**Stefano.** *Quiero contar lo que la primera convivencia de Asís ha generado en mí y en mis amigos durante estos meses. El primer gran fruto es que ahora algunos tenemos una Fraternidad. Antes yo estaba inscrito a la Fraternidad, pero aún no había entendido lo que significaba hasta el fondo. Aquí es como si hubiera saltado una chispa que me hizo intuir lo decisivo que era; verdaderamente, la vocación a la santidad para la vida adulta. Así que volví a casa con el deseo de contar esto a mis amigos y desafiarlos. Lo que me impresionó es que, hablando con un amigo por teléfono, decíamos: «pero nosotros ya estamos viviendo algo así», es decir, no le habíamos dado “forma” pero ya se daba una amistad a ese nivel. Fue inmediato reconocer que era algo que se nos había donado, no un esfuerzo organizativo o qué se yo, por lo que no hacía falta juntarse “intelectualmente” para entender cuál era el criterio por el que invitar a la gente, sino que se trataba de mirar la obra del Misterio ya en acto. Empezamos cinco y ahora somos una docena. No lo digo por una cuestión de números, sino para afirmar que esta amistad preferencial está empezando a irradiar y es para todos. Eso también es signo de la obra de Otro. Cuento un hecho. Nosotros tenemos un grupito de Escuela de comunidad y un día el responsable no podía estar. Esa noche también era la asamblea de los nuevos inscritos a la Fraternidad, por lo que les dije a mis cinco amigos de la Fraternidad: «Quedamos, primero hacemos la Escuela de comunidad, cenamos juntos y luego seguimos el encuentro, por la novedad que esta vida supone para nosotros». Después nos retaron varios amigos, entre ellos mi mujer: «¿Por qué no invitamos también a nuestros amigos de la Escuela de comunidad a este encuentro, aunque aún no se hayan inscrito a la Fraternidad? A fin de cuentas, es para todos». Así que la propuesta se amplió, tuvimos el momento de Escuela de comunidad y les dijimos: «Nosotros nos quedaremos luego para ver este encuentro, quien quiera puede quedarse». Y algunos se quedaron. Esa asamblea respondió a muchas preguntas que teníamos. Me impresionó que, en el momento de la cena, algunos de ellos empezaron a contar*

cosas de su vida que les preocupaban y que yo no había oído nunca. Al acabar, una persona me dio un abrazo y me dijo con lágrimas en los ojos: «Gracias». Me llamó tanto la atención que pensé: «Vaya, con la de veces que creo saber qué es lo que necesita el otro y luego sucede otra cosa y me doy cuenta de que no es así». Otro gran fruto de Asís para mí es la cuestión del lavatorio de los pies, esa «intrusión amorosa» de ciertos amigos que está generando una libertad para corregirse y dejarse corregir, que me está dando una docilidad y una capacidad para captar aspectos de la realidad que antes no veía. Cuentos brevemente dos hechos. Yo doy clase en un colegio y varios alumnos llevaban tiempo expresando su deseo de tener una amistad conmigo, algo que yo no terminaba de secundar. Después de Asís se lo conté a mis amigos y me desafiaron: «Está sucediendo algo, ¿por qué no lo miras y te lo tomas en serio?». Con esta provocación, organizamos una jornada sencilla de convivencia con estos chavales (juegos, cantos) y les dije a mis amigos: «Echadme una mano, no me dejéis solo. Vosotros me habéis dado esto, ahora vamos a mirarlo juntos». Vinieron todos. Fue un día precioso. Hacía un tiempo horrible pero los chavales no se lo querían perder. Vinieron veinte. Hicimos una asamblea final y una chica dijo: «Nunca me lo había pasado tan bien como hoy con mis compañeros, me he sentido unida a ellos y eso ha sido posible mirando vuestra amistad, cómo os miráis y cómo os queréis». Me impresiona porque ese es el signo de una unidad que para nosotros es imposible, por nuestras diferencias, porque somos gente muy variopinta, pero era evidente que la comunión entre nosotros era un don de Otro y esta chica lo vio enseguida, le pareció clarísimo. El segundo hecho es que yo quería presentar a los bachilleres a un antiguo alumno mío que tenía curiosidad. Organicé un momento de encuentro pero unos días antes me dijo: «Profe, tengo entrenamiento, no puedo ir», y me sentó mal: hemos organizado esto para ti, ¿y ahora no vienes?! Mi mujer me provocó: «Ya veremos qué pasa. Ahora deja el tema, no seas instintivo». Al día siguiente se lo conté a un amigo que me dijo: «Mira, yo conocí el movimiento por un sacerdote que nunca me obligó a nada, siempre me dejó libertad para seguirle, nunca me dijo: “Ven a Escuela de comunidad, haz esto...”». Yo tenía curiosidad justamente porque me miraba con esa libertad, y por eso le seguí». Esta corrección me dio una gran paz, así que escribí a este chico: «No te preocupes, haz lo que sea más útil para

*ti y siéntete libre». Me respondió: «Profe, no quiero perderme la oportunidad de esta relación contigo y tus amigos, haré todo lo posible por estar». Se liberó y vino. Desafiando su libertad, amando su libertad, él pudo verificar su experiencia, entender qué era lo que le correspondía de verdad.*

**Francesco Cassese.** Gracias por este precioso testimonio.

***Martina.** En los últimos meses he sido testigo y protagonista de una creatividad como la que comentabais ahora porque en el colegio donde doy clase empezó en febrero un grupo de Bachilleres que antes no existía. Me he criado en una familia del movimiento, pero siempre he ido un poco a remolque. Sin embargo, este año, gracias a la provocación del Papa en la audiencia del centenario y viendo tantas cosas que pasaban con los alumnos, me surgió el deseo junto a otros compañeros míos de comunicar a estos jóvenes que esa belleza que acontece entre ellos y nosotros brota de la experiencia cristiana, y que es posible vivirla del mismo modo que la hemos recibido nosotros. Es precioso porque ahora ha nacido una comunidad, hay jóvenes que están conociendo a Jesús a través de nosotros. Hace unas semanas me decía una de ellos: «Me gusta venir al grupo porque yo nunca me haría ninguna pregunta, pero cuando vengo me doy cuenta de que en realidad dentro de mí hay un montón de preguntas y esto me ayuda a mirarlo más todo». A mí también me pasa eso. La creatividad hunde sus raíces en la amistad que vivo con mis compañeros y en mi comunidad del movimiento, con los amigos que están aquí. Es una amistad que irradia, que irradia de nosotros a estos chavales.*

**Paolo Proseri.** Es decir, a ver si lo he entendido: tú estás diciendo que la raíz de la creatividad –si miras la experiencia que estás viviendo– «está en la amistad que vivo, en la belleza que experimento con mis amigos». ¿He entendido bien? ¿Esto es lo que querías decir?

***Martina.** Sí. Es una amistad que vivo desde hace mucho tiempo. No sé por qué este año se ha vuelto tan radiante.*

**Paolo Prosperi.** Por otra parte, si no me equivoco, también has dicho otra cosa antes, que tiene que ver con la “novedad” de este año. Decías que lo que ha empezado a suceder en la relación con tus alumnos ha encendido en ti una chispa...

*Martina.* Con los chavales ya estaba sucediendo algo y hemos dicho: «Vamos a ponerle nombre a lo que está pasando, y ese nombre es Cristo. ¿De dónde viene nuestra forma de estar con ellos? De la experiencia cristiana que vivimos en el movimiento». Por eso queríamos profundizar en esto, también por la provocación del Papa: «¡Hay muchos hombres y muchas mujeres que todavía no han hecho ese encuentro con el Señor que ha cambiado y hecho vuestra vida hermosa!» (15 de octubre de 2022). Voy a la pregunta. Releyendo la lección que Paolo dio en marzo sobre la performance, me he dado cuenta de que en cierto modo esta mentalidad también entra de manera diabólica en las cosas del movimiento. Yo puedo partir como juicio de lo que he dicho pero luego puedo deslizarme por el “¡fíjate qué buenos somos que hemos creado una comunidad!”. Y eso lo arruina todo porque nace de una verdad enloquecida. Me impresionaba cuando hablabas del error como una verdad que se vuelve loca porque es verdad que yo me estoy dando por entero, empleando mis energías, mi tiempo y mi dinero, poniendo todo mi esfuerzo. Pero si luego la lectura que hago de los hechos es que ya no soy sub-creadora sino creadora, es falso. ¿Cómo podemos ayudarnos a vivir una virginidad respecto de las cosas que suceden, con la conciencia de que es Dios quien las crea a través de nosotros?

**Paolo Prosperi.** Gracias. Esta pregunta me parece preciosa. De hecho, como verás, en la meditación de esta tarde dedicaré bastante espacio al tema que pones sobre la mesa, que es la virginidad como forma de actuar y como forma de nuestras relaciones. La virginidad como una mirada nueva a lo que hacemos y a las personas que se nos confían. Volveremos sobre ello.

**Francesco.** Retomo uno de los tres puntos que habéis propuesto: la memoria de Cristo solo puede generarse en la inmanencia de una

comunidad vivida. Cuento un hecho que me ha marcado mucho y creo que este punto juzga ese hecho. Al principio del verano mi mujer y yo nos enteramos de que estábamos esperando a nuestro tercer hijo y enseguida decidimos comunicar esta buena noticia a todos los amigos de nuestra comunidad, tan pronto que mi mujer me dijo: «¿Y si luego pasa algo?». A lo que respondí de forma un tanto despreocupada: «Entonces habrá mucha gente rezando». El hecho de concebirse en comunión ya desde el inicio, cuando todo iba bien, nos ayudó a compartir con nuestros amigos las dificultades que surgirían por el camino. En la ecografía del primer trimestre los médicos ya vieron varias malformaciones importantes, probablemente un síndrome genético que aún no se sabía si sería o no compatible con la vida. La siguiente ecografía me pareció tremenda porque la ginecóloga se pasó tres cuartos de hora enumerando todas las cosas que no funcionaban: malformación cardíaca, pies torcidos... hasta tal punto que yo, a punto de entrar en ebullición, le pregunté: «¿Y se sabe algo del sexo?», como afirmando que para mí ese grumo ya era un hijo. A partir de ahí surgió en mi mujer y en mí la necesidad de ser ayudados a mirar a este bebé con una mirada que no fuera la del mundo: nosotros éramos los primeros que necesitábamos ser mirados con verdad. Por una sugerencia de varios amigos que percibían esta necesidad más aún que nosotros, nos dirigimos a los amigos del “Percorso Giacomo” de Bolonia para el seguimiento del embarazo, también desde el punto de vista clínico. Desde la primera vez que leyeron el informe pudimos constatar la diferencia del tratamiento: miraban a nuestro bebé no como un error de la naturaleza, sino con la mirada de Dios, incluso en la forma de acompañar a mi mujer, diciéndole que debía estar serena porque el bebé que llevaba en su seno no estaba sufriendo. Luego recibimos la propuesta del padre Antonio Sangalli (el carmelita que nos casó, al que toda nuestra comunidad está muy unida) de rezar una novena con toda la comunidad y elegimos a Enzo Piccinini para pedir la gracia. Se corrió la voz y todas las noches nos conectábamos para rezar la novena desde varias ciudades, hasta de América. Ante esta prueba, mi mujer y yo nos sentíamos muy pequeños, desde luego con una fe no tan grande como la del centurión, pero fue muy fuerte la presencia de Dios en el rostro de nuestros amigos

*cambiados por Cristo. El día después de acabar la novena, tuvimos la ecografía de control y descubrimos que nuestro bebé ya estaba en el Cielo. Ante esta noticia se acentuaron en mí dos grandes deseos en los que me sentía un poco traicionado por Dios: quería conocer el rostro de este bebé y quería darle lo que mi mujer y yo estábamos intentando, a tientas, ofrecer a nuestros otros dos hijos, la vida del movimiento y de la Iglesia. Dentro de esa comunión vivida en la intimidad de nuestra vida conyugal, se me desveló el nexo último con el significado de esos dos deseos. Una amiga de la comunidad, corrigiéndome, me dijo: «Ya estás viendo el rostro de tu bebé, es el rostro de Aquel que te lo ha donado y lo estás viendo en todos nosotros que rezamos por él y por vosotros». Luego el padre Sangalli, en una conexión que quiso hacer con todos los que habíamos rezado la novena para juzgar lo que había sucedido, nos dijo: «Vuestro bebé es nuestra primicia en el Cielo y hay que pedirle porque puede interceder por nosotros. Aunque aún no tuviera ojos, ahora está mirando a Dios». Ahí nos dimos cuenta de que ya le estábamos dando a ese bebé lo que hemos recibido: un lugar, una compañía donde llegas a experimentar incluso la medida del amor de Dios. Nuestro hijo ha sido objeto de esta mirada en la mirada de nuestros amigos hacia nosotros, que también se ha reflejado en él, y él mismo ha entrado a formar parte de esa «nube de testigos», cuya fe ha informado incluso en esta circunstancia nuestra relación conyugal, llevándonos a dar de nuevo nuestro “sí” ante tanta gracia. Cuando nos casamos, el padre Sangalli nos dijo: «No sabéis lo que os espera». Pero veo que este “sí”, dicho fuera de una comunión, con el tiempo corre el riesgo de marchitarse, incluso en una relación afectiva. Como decían en la Jornada de apertura de curso, para mí y para mi mujer ha sido decisivo «aceptar que Otro se introduzca entre la realidad y yo, haciendo posible mi relación con ella». Y ese Otro se hace presente dentro de una comunión vivida, que cuanto más se vive hasta en las cuestiones propias más íntimas, más hace posible la memoria de Cristo y la experiencia del ciento por uno. Veo cómo esta comunión va entrando en todos los aspectos de la vida, te hace inseparable de la relación con Cristo, dándote el nexo de un significado. Un último ejemplo muy breve: la recogida de alimentos. Se decidió hacer una fiesta con toda la comunidad, propuesta por los que están*

con Bachilleres y varios adultos. Yo me impliqué con los chavales y una chica dijo algo increíble. Habíamos cambiado las palabras de la canción Mattone su mattone: «Cartone su cartone... Cartón sobre cartón, la mitad de mi compra te la regalo yo». Y ella dijo: «Cambie-mos “te la regalo yo” por “para estar contento yo”. Porque haciendo esto soy más feliz». Dentro de esta comunión, también con ellos, se desvela un mayor gusto haciendo las cosas.

**Francesco Cassese.** Han salido muchas cuestiones recurrentes en varias intervenciones: la creatividad, la memoria, la comunión. Paolo, ¿puedes echarnos una mano para ir más a fondo? Ayúdanos a profundizar en los nexos.

**Paolo Proserpi.** Está bien, reacciono en caliente. Tal vez luego, preparando la síntesis, logre armar algún pensamiento más orgánico al respecto.

El primer paso me lo inspira la pregunta que planteaba Simone al principio sobre la creatividad. Me parece una cuestión importante por muchos motivos, sin descuidar el hecho de que, si os dais cuenta, es como si uniese la provocación que nos hacía el Papa el 15 de octubre, cuando nos invitaba a hacer que el carisma que hemos recibido fructifique de forma *creativa*, y la provocación que nos lanzábamos aquí en marzo, cuando, hablando del trabajo, señalábamos que la tentación de idolatrar nuestra propia *performance* depende, en efecto, de nuestro deseo de ser creativos –la creatividad forma parte de nuestra vocación– como decía Martina en su intervención. No estamos hechos *solo* para contemplar, para sorprendernos por la belleza de las obras de Dios sin más. No, también estamos hechos para colaborar con el Creador en el perfeccionamiento de la realidad, estamos hechos para generar belleza (decíamos en marzo, citando a Tolkien: estamos hechos para ser sub-creadores)<sup>2</sup>.

Pues bien, intentando profundizar un poco en este tema, me gustaría tomar como punto de partida una pregunta que puede parecer

<sup>2</sup> Cf. «3. La raíz del malestar: el *self-made man* y el olvido de Dios *todo en todo*», en «Le diste el mando sobre las obras de tus manos», *Asís*, 23-26 de marzo de 2023, pp. 18-22, [clonline.org](http://clonline.org).

banal, pero en cambio me parece decisiva (pregunta que nos lleva, a decir verdad, a lo que ya comentábamos en la lección dedicada al trabajo): ¿cuál es la diferencia entre mi creatividad, entre nuestra creatividad y la de Dios? La palabra *creatividad*, efectivamente, es ambigua (de hecho, hasta el romanticismo no era tan importante en el imaginario colectivo del hombre occidental). Es ambigua porque es fácil interpretar esa aspiración, ese deseo de creatividad que nos urge por dentro –diríamos que igual que en nosotros hay una exigencia indeleble de belleza y de verdad, del mismo modo hay una exigencia indeleble de creatividad: ¡es la objetividad del corazón!– ignorando en cierto modo un factor inexorable de la realidad (mientras la razón es apertura a la realidad en la *totalidad* de sus factores, como sabemos). ¿Qué factor? Ya lo decíamos en marzo: el hecho de que yo no puedo crear algo de la nada. Todo lo que hago, lo hago a partir de algo que recibo – yo soy ante todo un “recipiente”, un receptáculo. Solo abriéndome a recibir, podré llegar a ser también generador, creativo. Eso es lo que marca la diferencia entre Dios y yo. Solo Dios –dice la teología– crea “de la nada”. Eso es lo que me distingue de Dios, lo que distingue a la criatura del Creador. Más aún, a decir verdad, hay un sentido en el que también es verdad para Dios algo que es verdad para nosotros. En efecto, si consideramos que Dios es uno pero también es Trino, es decir, es una comunión de Personas, nos daremos cuenta de que Dios tampoco crea en solitario. Incluso la creación de Dios, el Único que crea “de la nada”, es en realidad el desbordamiento o la *irradiación*, por usar el mismo término que usaba Martina, de una “Amistad”, de una reciprocidad amorosa, de ese juego de “dar y recibir” que es constitutivo del amor entre personas. Es más, podríamos decir que Dios es el primer paradigma de esa “estructura”, de esa “mecánica” de la creatividad, o mejor dicho –por usar un término aún más bonito– de esa *generación*.

Pues bien, ¿qué implicaciones tiene todo esto, que tal vez a alguno no le parezca más que teología “abstracta” (que no lo es para nada), desde el punto de vista existencial? ¿Cómo afecta a nuestra experiencia, a nuestra vida? Hay un pasaje precioso de una *Tischreden* –se

titula «Ser como niños» y lo tenéis en *La autoconciencia del cosmos*<sup>3</sup>— donde Giussani responde en cierto modo a esta pregunta. Y lo hace de una forma paradójica, es decir, de un modo que a primera vista parece desmentir la idea de que sea adecuado desear ser creativos, cuando en realidad no lo desmiente en absoluto. Es más bien una indicación del camino verdadero hacia la creatividad, a la fecundidad. Dice: «Uno no debe preocuparse de expresarse, debe preocuparse de profundizar en el estupor, porque profundizar en el estupor nos conduce a la expresión adecuada de nosotros mismos; mientras que si nos afanamos por encontrar una expresión de lo que somos, estaremos cada vez más dispersos (...) A nosotros no se nos ha pedido buscar nuestra expresividad, se nos ha pedido profundizar en el estupor del que nace la expresividad. La expresividad, es decir, la fecundidad, nace de un amor; y el amor es el estupor por un presente que se acoge y se abraza, se reconoce y se acepta»<sup>4</sup>.

Qué preciosidad: «no debes preocuparte por ser creativo o expresivo, debes preocuparte por profundizar en el estupor». ¿Por qué? Porque en realidad la creatividad es proporcional, podríamos decir, al estupor amoroso con el que vives, es decir, a la acción que obra en ti la Belleza de la que bebes, no es producto de un esfuerzo tuyo. ¿Cuál es la diferencia entre un *fruto* y un *producto*?<sup>5</sup> El producto es la aplicación de una técnica para obtener un cierto objetivo (tú eres el que domina, gestiona y manipula las cosas para hacer que vayan donde a ti te parezca). El fruto, en cambio, es el efecto espontáneo y en cierto modo imprevisible, a priori inimaginable, de tu apertura a un don, de la impresión que causa en ti la Belleza que miras y que te “cautiva”. Pensemos en la dinámica humana de la maternidad: una mujer genera a un niño (al menos esta es la

<sup>3</sup> L. GIUSSANI, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, pp. 200-214.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 206.

<sup>5</sup> No en vano san Pablo prefiere hablar de *fruto* del Espíritu Santo cuando habla de la acción de la gracia en nosotros, mientras que habla de *obras* de la carne cuando se refiere al pecado, es decir, a la acción de un yo que parte solo de sí mismo. «Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Gál 5,19-22).

dinámica natural, la que creo que más corresponde al corazón de todas las madres aquí presentes) en un ímpetu amoroso hacia el hombre que ama. Cuando la dinámica deja de ser esta, percibimos (tal vez sin saber decir por qué) que hay algo que chirría, que no cuadra. ¿Por qué hay algo que chirría en la fecundación artificial? ¿Solo porque se violan las “leyes de la naturaleza”? Pues no o, mejor dicho, sí pero en el sentido de que en esa ley natural va inscrito algo mucho más grande y profundo que un dato biológico. La cuestión es que, lo queramos o no (es decir, al margen de nuestras intenciones), con la fecundación artificial transformamos lo que debería ser el *fruto misterioso* de un amor mutuo en el producto de una técnica, es decir, en el producto de un *acto* tuyo y mío de nuestra *voluntad*, donde la tecnología nos da los medios para su satisfacción. Pero eso coincide exactamente con eliminar ese “ser-fruto-del-amor” que debería pertenecer a la memoria genética de cualquier ser humano. Implica atentar contra la verdadera naturaleza de la fecundidad tal como Giussani la describe en la cita que hemos leído. Significa ceder a la mentalidad del *self-made man*, de la que hablábamos en marzo, *se quiera o no*. ¿Me explico? En cambio, la verdadera generación (este es el primer punto en el que quiero insistir) es fruto de que yo me deje volver a atraer una y otra vez por un “presente”, dice Giussani, que continuamente me fecunda. ¿Qué “presente”, qué Presencia? La Presencia de Cristo. Tú generas en la medida en que bebes continuamente de la Fuente del estupor, es decir, de Cristo presente.

Se empieza así a captar el nexo que existe entre *generación y memoria*, entre *generación y comunión*. El nexo entre *generación* (o expresividad, es lo mismo) y *memoria* coincide de hecho con el nexo entre expresividad y estupor amoroso porque la función de la memoria en nuestra vida consiste exactamente en alimentar y profundizar el estupor. Pero la memoria, dice Giussani en el segundo punto del preámbulo, encuentra a su vez un alimento decisivo en la comunión, en una amistad vivida, como bien decía Martina.

Resulta así un poco más claro, al menos eso creo, el nexo entre las tres palabras sobre las que Camu me pedía profundizar. La clave central de la cuestión se encuentra en mi opinión en esa frase de

Giussani que hemos citado, en el nexo entre estupor y expresividad, entre receptividad y fecundidad.

Puedo ser generador –resumiendo– en la medida en que me dejo atraer por la vorágine de *una amistad de la que gozo*. Solo entonces puedo ser verdaderamente generador, me atrevería a decir que antes por mi estupor que por lo que yo pueda hacer. ¿Qué es lo *primero de todo* que me conquistó al conocer a don Giussani? Lo retomaré en la lección, pero quiero adelantarlo: sus ojos llenos de asombro. La primera forma con la que don Giussani me “generó” fue mediante el testimonio de su asombro, sus ojos abiertos de par en par a Otro, llenos de Otro.

Ahora, para evitar cualquier posible interpretación sentimental o demasiado “mística” de lo que acabo de decir, creo que es importante señalar que esta ley, antes que en la vida de la fe, vale también a nivel humano, en todos los campos en los que nuestra razón, afecto e imaginación se ponen en juego. Lo que contaba Simone es un buen testimonio de ello.

Evidentemente, la mujer de Simone pudo proyectar en su cabeza la idea de hacer un trabajo sobre Grossman con los presos, pero no porque se pusiera a teorizar pensando: “Veamos, ahora repaso todos los libros del mes de la historia de CL y miro a ver qué puedo utilizar para impresionar a estos”. La dinámica –Simone, corrígeme si me equivoco– seguramente fuera otra. Tu mujer habrá pensado en Grossman sencillamente porque ella ha sido la *primera* que, leyendo a Grossman, se ha quedado impactada, fascinada, edificada. Habrá pensado en Grossman porque la lectura de Grossman ya la había *alimentado a ella*. ¿Se entiende? Nosotros en cambio muchas veces (y esto lo digo como profesor y como cura) corremos el riesgo de alterar el orden de los factores, digamos. Por ejemplo, como tengo que predicar, debo preparar esta homilía o aquella, este retiro y el otro, así que leo el evangelio y las Escrituras, medito los textos que medito con la única preocupación de encontrar cosas que pueda decir a los demás, pistas que me permitan dar un bonito sermón, una buena lección. Por favor, esta dinámica es inevitable (y es un deber de caridad prepararse bien) pero si un cura *solo* lee el evangelio para eso, o un profesor de italiano *solo* lee a Manzoni

y Leopardi con este objetivo, entonces matará dos pájaros de un tiro: primero matará el gusto, ese alimento que solo puede dar una lectura calmada, por *puro y gratuito* gusto de aprender; segundo, también predicará mal porque al final lo que dices solo puede tocar el corazón de los demás si nace de tu asombro personal, de tu amor apasionado por lo que estás diciendo. Pero, ¿cómo vas a estar lleno de estupor si lo que estás comentando es una página que has leído deprisa y corriendo, ansioso por encontrar algo que decir?

De ahí la importancia de lo que los curas llamamos *preparación remota*. ¿Qué significa *preparación remota*? Significa que en el tiempo de silencio uno debería tratar de salvaguardar siempre, en la medida de lo posible (¡porque a veces es imposible!), un espacio dedicado a leer cosas que no lee con fines pastorales (es decir, porque está preparando un sermón), sino por el puro gusto de aprender algo nuevo, es decir, con el objetivo de «profundizar en el estupor». Cuanto más lo hagas, con el tiempo, más cuenta te darás de que precisamente ese tiempo dedicado *gratuitamente* a profundizar en el estupor, justamente ese tiempo que parecía “tiempo perdido” –¡divina ironía!– se desvela al final como el más productivo porque toda la riqueza de lo que has aprendido en horas y horas de “estudio gratuito” (*studium* en latín quiere decir pasión) llega un momento en que sale a relucir y fecunda todas tus predicaciones, todos los discursos que debes dar, de las formas más sorprendentes y también... ¡divertidas!

En resumen, el primer punto en el que quería insistir es este: uno se vuelve fecundo cuando no se preocupa por ser fecundo; se vuelve fecundo profundizando en el estupor. ¡Qué verdadero es esto también respecto a las responsabilidades que quizá algunos de nosotros tienen en el movimiento! Creo que es una experiencia que muchos conocen. Uno puede empezar dominado por la gratitud por lo que ha encontrado, lleno de entusiasmo, como un niño. Pero luego, con el tiempo, es como si la responsabilidad que tiene (digo en el movimiento pero vale igual con los hijos) y su preocupación por “lograr comunicar” fagocitase, devorase ese primado del estupor, ese primado del recibir, que en cambio es el secreto de la verdadera fecundidad, es decir, de una comunicación que no es repetición de un discurso aprendido de memoria sino el desbordarse

de un agua “viva” que fluye siempre nueva en ti, porque vuelves siempre a beber al Pozo.

Vayamos ahora al segundo paso, que me lo ha inspirado la intervención de Martina (en realidad ya he adelantado antes, cuando la he interrumpido, lo que quiero decir). Es verdad, como decía Martina, que la fecundidad consiste en irradiar una amistad que llena tu vida. Pero, al menos eso creo, hay otra cara de la moneda. ¿De dónde nace esa originalidad en la propuesta que se hace? La respuesta que hemos dado hasta ahora es: del hecho de que uno sigue bebiendo del Origen. Pero no es solo eso. Si uno tiene que irse a China, no basta con profundizar en el estupor. También debe aprender chino, ¿no? Se plantea así la pregunta: ¿de dónde nace esa capacidad para “traducir” el don del carisma a una *lengua* adaptada al contexto en que uno vive, que puede ser muy diferente del que se encontraron don Giussani, Enzo Piccinini, etc.? La respuesta me parece evidente: de escuchar el contexto del ambiente, de una escucha humilde y valiente de las voces que pueblan el ambiente en el que uno está llamado a vivir y testimoniar la fe.

Pensemos en los desafíos culturales inéditos que tenemos que afrontar ahora. No son los mismos que en los años 50 y 60, cuando don Giussani daba clase en el Berchet de Milán. Don Giussani, por ejemplo, nunca planteó específicamente la cuestión del afecto (aun hablando de ella y diciendo cosas bastante profundas al respecto), no tematizó específicamente la relación entre un chico y una chica (aunque hoy tampoco se puede dar por descontado la *o* ni la *a*). De ahí el adagio que tantas veces he oído (y que en un contexto como el de hace 50, 40 y hasta 30 años tenía todo su sentido, por supuesto): es una pérdida de tiempo tematizar estas cosas, es moralista, es hablar de cosas secundarias, de consecuencias morales. Pero Giussani nos enseñó a poner en el centro lo esencial, es decir, por una parte el sentido religioso y por otra el anuncio del Acontecimiento de Cristo. El resto es consecuencia. Lejos de mí querer contestar a esto. El primado de lo esencial pertenece al ADN de nuestro carisma. Por otra parte, basta abrir un poco los ojos para darse cuenta de que el tema afectivo tiene hoy un alcance muy distinto al que tenía hace 50 años porque lo que hoy se pone en discusión es la ontología de la persona

humana, *el ser de la persona*, no la “moral” ni las “reglas”. ¿Qué quiere decir *ser hombre y ser mujer*? Hay que admitir que ya no hay una respuesta tan pacífica, no solo para los “otros”, los de fuera, sino para nuestros propios jóvenes. Pensemos en toda la polémica que se ha desatado estos días tras la muerte de la pobre Giulia Cecchetti. En un contexto donde el poder trata de inculcar a golpe de martillo en la cabeza de los jóvenes una interpretación ideológica muy precisa de la diferencia (mejor dicho, ¡de la no-diferencia!) entre hombre y mujer, no podemos fingir que no pasa nada, no podemos pensar en educar como si esta problemática no existiera. Intentar adentrarnos en ella, ¿significa traicionar al carisma? No creo. Significa aceptar el desafío que nos lanza el presente. El carisma, como insistía el Papa, no es algo separado del espacio y del tiempo, una doctrina inmutable y atemporal, un discurso idéntico en todo y para todo. Hace falta un trabajo de relectura continua, de apropiación creativa. Por ejemplo, ¿cómo nos ayuda la experiencia de fe que vivimos a dar un juicio original sobre el género o sobre un uso adecuado de las nuevas tecnologías? No basta con repetir siempre y solo lo que decía Giussani. Hace falta el gusto, la paciencia y el coraje de preguntarse qué luz arroja el carisma que hemos recibido sobre las nuevas preguntas que nos plantea el presente.

Ahora bien, ¿en qué consiste concretamente ese trabajo de apropiación creativa?

Sintéticamente, yo subrayaría dos aspectos. Primero, en ayudarse –porque se trata de un trabajo que estamos llamados a hacer juntos– a hacer que resulte cada vez más claro lo esencial, es decir, el núcleo *irrenunciable* del carisma, digamos. Si no sé qué es *esencial*, tampoco seré libre para “traducirlo” de una forma nueva, abandonando formas que no son esenciales. Cuando tuve que irme de Rusia a América, tuve que elegir qué libros llevarme y cuáles dejar, pues no me los podía llevar todos. Suponía un gasto insostenible. Pero esa circunstancia, en parte triste (¡mis libros y CD!), me obligó a aclararme sobre cuáles eran mis libros más importantes y a cuáles podía renunciar. Creo que se puede decir lo mismo respecto del carisma. El cambio de las circunstancias, que nos ponen en crisis, siempre es una ocasión para crecer porque nos obliga a tomar una conciencia más clara (¡*crisis* en griego significa juicio!) de lo

verdaderamente esencial, dándonos al mismo tiempo la libertad necesaria para “morir” y “renacer” en la nueva situación.

Segundo aspecto (que en parte ya he mencionado): este renacer depende también de la escucha de nuevas circunstancias, es decir, de la humildad y pasión con que, por ejemplo, me dejo herir e interrogar por las preguntas de los alumnos que tengo en clase (si soy profesor). Para ser creativo no basta (¡aunque sea lo *primero!*) con escuchar solo aquello que me genera. A esta primera “receptividad” se le debe unir una segunda: la escucha del ambiente que me rodea en el *presente*. Imaginemos que la mujer de Simone, frente a la incapacidad de los presos para entender ciertas cosas de Grossman, se hubiera encabezonado en explicarles a Grossman tal como ella tenía previsto hacerlo desde el principio. Todos están a por uvas y ella sigue avanzando impertérrita, sin cambiar nada en su forma de explicar. El problema de nuestra amiga en este caso no sería su falta de pasión por Grossman, sino ¡la falta de atención a los presos!

*Elena. Yo tengo una pregunta, la resumo así: ¿qué nexos hay entre un ejercicio virtuoso de tu trabajo y la vocación? Por “ejercicio virtuoso” entiendo resolver los problemas, contribuir a la construcción del lugar de trabajo donde estás y no a su destrucción. El año pasado, desde el punto de vista laboral, para mí fue realmente difícil. Hago un trabajo que me gusta y no lo cambiaría por nada del mundo, soy profesora de Lengua en un instituto. Pero este año he tenido que atravesar una dificultad muy grande, tanto que llegó un momento en que me dije: «pero si lo que yo quiero es resolver problemas, no crearlos». Respecto al lugar donde trabajo, que es una obra, yo quiero construirla, pero llegó un momento en que pasó algo que dio un vuelco a todo. Un gran amigo mío de los Memores Domini, que trabajaba conmigo desde el principio, me dice: «He visto a Rose Busingye, que estaba en Italia, he hablado con ella y me ha hecho esta pregunta: “Pero tú, con todo lo que eres, ¿quieres profundizar en tu vocación?”». Cuando me lo contó, le dije: «¿Y entonces?». Me dijo: «Le he dicho que sí, y me voy a trabajar a Uganda en la Luigi Giussani High School». Esto, sumado a todos los meses que siguieron hasta que se marchó, y también ahora que hablamos y nos confrontamos, ha sido lo que más me ha*

*descolocado respecto a la posición en la que estaba porque es como si hubiera desviado mi atención. Yo también me he hecho esa pregunta: pero yo, con todo lo que soy, ¿quiero, a través de mi trabajo, profundizar en mi vocación, es decir, en mi relación personal con Cristo? Literalmente ha dado un vuelco a mi posición porque...*

**Paolo Prosperi.** Esto es interesante. ¿Por qué?

*Elena.* Porque he empezado a desear resolver los problemas. No es que, como no puedo resolverlos, me voy a otra parte, a otro trabajo, sino que me he quedado allí, convencidísima, y he empezado a mirar los problemas desde otro punto de vista. Pero con el tiempo me he dado cuenta de que el punto desde el que miraba al principio era: ¿cómo se resuelve esto? ¿Qué es lo más verdadero? ¿Qué es lo más justo? ¿Qué podemos hacer para mejorar esto y aquello? Sin embargo, ahora, después de lo que ha pasado, mi punto de partida es otra pregunta: ¿me interesa, a través de lo que hago, profundizar en mi relación personal con Cristo, es decir, en mi vocación?

**Paolo Prosperi.** ¿Y por qué lo contraponen? ¿Por qué tratar de resolver los problemas no tendría que ser una ocasión para profundizar en tu vocación? Ayúdame a entender mejor el valor añadido o incluso crítico de lo segundo respecto a lo primero.

*Elena.* Intuyo que no se contraponen. Me he dado cuenta de que en mi experiencia no se contraponen, de hecho estoy en paz y alegre donde estoy. Intuyo que esto también tiene que ver con mi vocación, es decir, con el punto concreto de la vida en que me encuentro. Pero es como si, en un momento dado, desde el año pasado hasta hoy, por lo que me ha pasado, es como si viera que a veces desvió el baricentro sobre aquello que, gracias a mis acciones virtuosas, soy capaz de obtener, a mis resultados... es decir, a una imagen que tengo de lo que construyo, aunque sea positiva, buena.

**Paolo Prosperi.** Entonces lo que dices, tu pregunta es qué nexos hay entre esta búsqueda de la perfección, de la acción, de lo bien

hecho (y por tanto del quehacer, de la dedicación y toda esta dinámica) y la pregunta de Rose, que el objetivo de la acción sea profundizar en mi relación con Cristo. ¿Qué tienen que ver estas dos cosas, la una con la otra? ¿Cómo se relacionan? ¿De qué modo la segunda aporta algo nuevo dentro de la primera? ¿Es así? ¿He entendido bien?

*Elena. Perfectamente. Porque no quiero vivir el trabajo como todos, no me interesa.*

**Paolo Prosperi.** Mantengamos abierta esta pregunta porque espero que de la lección puedan surgir pistas que sirvan para responder. Si no, volveremos sobre ello.

*Davide. Parto de la pregunta central sobre la creatividad, también por lo que decía Paolo –«¿cómo contribuye Cristo?»–, y cuento un poco mi situación laboral. Me gradué en Ingeniería civil y Arquitectura. Desde el principio trabajé en el estudio de mi padre. Desde pequeño, siempre he percibido en mí una vocación humanista, pero por diversas circunstancias hice Ingeniería. La vida era como un tren y yo me subí, siempre con la idea casi automática de continuar la labor de mi padre. Pero mi pasión por la poesía, por la literatura y por el arte nunca se ha apagado, siempre estaba ahí. Así que siempre he vivido con esta fuerte contradicción interna y me lo explicaba en parte así: «Bueno, en el fondo haz Ingeniería para vivir y luego custodia lo que eres, tu pasión, de otra manera, en el tiempo que te quede». Pero siempre he sentido dentro de mí un sutil malestar que luego ha ido saliendo con más fuerza porque al final te pasas ocho horas al día en el estudio y siempre estás ocupado en cosas que en el fondo no te corresponden. Solía repetirme: «Si el Señor me da esto, debo estar aquí», lo que teóricamente era cierto, pero ahora me doy cuenta de que sobre todo era una manera de no mirar hasta el fondo ese malestar. Lo que siempre me ha enamorado del movimiento y lo que me sigue enamorando hoy es cómo Giussani –a través de las personas que he conocido– ha mirado siempre mi humanidad. No como un obstáculo, sino como un valor, como un camino (es decir:*

*el modo en que estás hecho es una contribución, no es casual). Y al mismo tiempo, cómo miraba la realidad (es decir: Dios no te llama en abstracto, sino dentro de las cosas, incluso en las que no elegirías inmediatamente). ¿Qué ha pasado? Otro aspecto que siempre he percibido dentro de mí, en paralelo a esta “vocación” humanista, era una curiosidad, una fascinación por la relación con los jóvenes. Así que me dije: «Hay que verificar esto. ¿No es más que un sueño? ¿Es solo un error del sistema?». Mi carrera me permitía dar clase de Historia del arte, así que me presenté a la oposición y este año doy clase [aplausos]. Me he dado cuenta de que la creatividad que Cristo genera en mí es la manera con la que puedo mirar mi humanidad, con la ternura de alguien que te dice: «No estás equivocado». Y por otro lado me permite no huir de la realidad, sino permanecer incluso cuando algo no corresponde, y por eso no he huido del trabajo sino que he intentado mirar las respuestas que el Señor me ofrecía. ¿Cómo se ha generado en mí esta creatividad? Como un fruto inesperado. Yo solo he hecho una cosa: permanecer pegado, con todos mis límites, a un lugar donde continuamente se me devuelve esta forma de mirar mi propia humanidad. «No, a los 38 no estás loco, puedes cambiar de trabajo, tal vez el Señor te está llamando para algo porque tu humanidad, la forma en la que estás hecho, es una contribución».*

**Francesco Cassese.** Este tema es interesante, sobre todo por la importancia de no descuidar esa “contradicción”, esa tensión posible entre dos polos: por un lado la realidad que te pide ir en una cierta dirección, y por otro las exigencias que permanecen en el tiempo y que nos siguen apremiando. Esta tensión nos abre a una relación. Por eso, sin censurar ninguno de los factores en juego, nuestra iniciativa puede ser como una especie de “cortejo”, es decir, verificamos una nueva hipótesis y la valoramos, obedeciendo a las condiciones que van surgiendo. Eso se llama *realismo*. Pero ese realismo no es como una foto fija, sino que es una relación afectiva. Recuerdo un episodio que nos contó Pier Paolo Bellini aquí en Asís: «Al final me gradúo en Composición pero en mayo muere mi amigo Enzo Piccinini en un accidente de tráfico. Todo había empezado con él. Por él decidí escribir una pieza para el coro sobre

el texto del salmo que tanto le gustaba. Hasta se lo enseñé al Gius: “Sí. ¡Es muy bonito! Mucho”. “Mira, don Gius, tengo que hacerte una pregunta. Me he esforzado durante diez años para convertirme en algo así como Mozart... he conseguido ser capaz de componer música y me gusta. Pero el mundo no busca compositores y mi familia crece... ¿tú qué piensas?”. Me miró con esos ojos llenos de vida: “Widmer (así me llamaba), quiero intentar ayudarte ante todo a entender. En la vida hay dos tipos de eventos: las ocasiones y las necesidades. El mundo piensa que nos realizamos aprovechando las primeras, pero nosotros en cambio pensamos que es sobre todo a través de las segundas como la persona puede llegar a su cumplimiento. Por tanto, pongamos las cosas en orden para que te sea más fácil tomar tus decisiones. Primero: tu familia y sus necesidades. Segundo: tus responsabilidades ante la Iglesia y ante el mundo. Tercero: lo que queda”. ¡Vaya orden! Ahí dentro estaban también la posibilidad y las ganas de intentar lo que más deseaba. Pero la frase con la que se despidió de mí se ha convertido para mí en la cumbre del arte y de la liberación: “¡Son las dos primeras las que deben convertirse en música!”».

**Paolo Prospero.** *Et de hoc satis.*

*Matilde. Nací en una familia del movimiento. Mis padres eran amigos de Giussani y yo, mientras estuve en casa, respiré toda la plenitud de lo que es el movimiento. Tuve una vida preciosa: seis hermanos, una casa llena, la posibilidad de estudiar. Me casé antes de graduarme y se me concedieron tres hijos. La vida me ha dado todo. Todo quiere decir todo, y siempre he sido feliz. Pero luego, de repente, me lo quitó todo. A los cuatro años le diagnosticaron a mi segunda hija una enfermedad incurable y de un día para otro todo lo que Dios me había dado me fue quitado. Mi marido y yo tuvimos que volver a empezar a vivir, volver a aprender a vivir, de cero, haciendo frente a todas las obligaciones que nuestra nueva situación nos exigía y nos exige. Yo sentía que me faltaba todo. Me falta todo. Ahora estamos a punto de cumplir el tercer año de enfermedad, que para mi hija está siendo una continua merma corporal... Pero quiero decir esto: pen-*

*saba que ya tenía herramientas para saber vivir, pensaba que había logrado tenerlo todo (las herramientas del movimiento, ser cristiana, ser amada, amar), pero cuando me sentía morir es cuando Dios ha tomado la iniciativa conmigo. No siempre he estado dispuesta a decir “sí”, me cuesta decir «tanto dolor y tanta gracia», pero secundando Su iniciativa, cada día que le quita algo a mi hija, quitándomelo también a mí, también nos alumbra con una paz que al menos nos permite estar en pie delante de Él.*

**Paolo Prospero.** Bien. Por un lado, solo me dan ganas de quedarme callado tras escuchar tu intervención. Por otro, es la única intervención en la que deseo con fuerza decir algo. Las dos cosas son verdad, lo digo sinceramente.

Añado lo siguiente. Conociendo un poco tu historia, aunque indirectamente, sobre todo quiero decirte que me ha impresionado mucho cómo has hablado delante de todos nosotros de tu sufrimiento. Me ha impresionado porque se corresponde totalmente con la paradójica experiencia del dolor y el sufrimiento, tal como me ha tocado vivirla a mí también (sin duda de forma mucho menor). Como un camino hacia la Verdad, que pasa sin embargo por un despojarse hasta el fondo, sin medida.

Entrando en materia, lo primero que me llamaba la atención de lo que decías es esa expresión en la que te has detenido (creo que no casualmente) con insistencia: «Me lo han dado todo y me lo han quitado todo». También me gustaría decirte por qué me ha llamado la atención, porque –hablo sobre todo para los que no han vivido nada parecido a lo que tú has vivido y estás viviendo– la primera objeción a tus palabras que podría surgir en la mente de los que te han escuchado es: «¿Pero cómo? No te lo han quitado todo. Tienes más hijos, tienes otros muchos consuelos». Entendme bien. Estoy de acuerdo contigo (admitiendo que con quien dice las cosas que tú has dicho se tenga derecho a “estar de acuerdo”) pero esa objeción me parece importante tenerla en cuenta justamente para hacer que salga a la luz la misteriosa grandeza, la misteriosa profundidad de la experiencia de la que has hablado, que intentaría describir así: frente a un Dios, o en todo caso

frente a una realidad (cuyo origen último es Dios) que te quita algo, más aún, alguien que amas profundamente, algo tan sagrado como una hija, no es solo eso lo que se te quita, lo que parece que se te quita. Verdaderamente es como si te lo quitaran todo. ¿Por qué? ¿Por qué te lo han quitado todo? Porque el hecho de que te quiten a tu niña, más aún, el hecho de que tu niña inocente tenga que sufrir, parece una injusticia intolerable. Parece un sinsentido. Pero si no soy capaz de encontrarle sentido a *esto*, entonces me han quitado el sentido total de la *justicia*, es decir, me han quitado la percepción de que Dios sea un Padre bueno, la percepción de que Dios me quiera y que toda la vida, toda la realidad, tenga un sentido bello y bueno. Lo expresaba muy bien Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov*: una sola lágrima de una niña inocente basta para poner en duda la sensatez del universo. El dolor de un solo niño basta para que se tambalee la certeza de que el mundo tenga sentido, que la vida tenga sentido. Por eso todo lo que leemos estos días en la prensa sobre el caso de Giulia se queda corto, son discursos tremendamente reductivos, sin negar en absoluto la gravedad del fenómeno de la violencia contra las mujeres. Aunque fuera cierto que la trágica muerte de Giulia es imputable a la plaga de patriarcado y de machismo típica de un país retrasado como el nuestro (cosa que no creo), ¿qué es lo que cambia? ¿Basta con decir eso para darle sentido a la muerte de Giulia? Aunque su muerte diera lugar a un movimiento que lleve al fin de la violencia contra las mujeres en nuestro país, cosa que sería más que deseable, ¿eso bastaría para justificar todo lo que ella ha sufrido? Evidentemente no. Por tanto es justo, es humano, es natural y hasta –si me lo permitís– giussaniano ese ímpetu de rebelión que Matilde ha descrito, un ímpetu de rebelión que te lleva *casi hasta el umbral* de la blasfemia. No se trata de irreligiosidad, paradójicamente (los salmos están llenos de gritos a Dios aparentemente irreverentes). Sin embargo, es el signo de una razón que mira a la cara todos los factores de la realidad, sin censurar ninguno. Una razón, por tanto, que parte de la certeza de que Dios es bueno porque “me ha dado todo” (es una certeza razonable porque está fundada en una experiencia vivida) y que se topa con un dato de la realidad que

parece contrarrestar ese juicio, provocando una especie de cortocircuito: las piezas del puzle no se unen, hay una pieza que no encaja. No encaja, ¡no hay nada que hacer! De ahí la rebelión. Por otra parte, se puede y en mi opinión se debe considerar la cuestión también desde el lado contrario, para percibir todo su misterio. Es decir, atención, esa rebelión no nace *simplemente* del hecho de que me suceda algo terrible. Si uno no esperase nada bueno, si uno no partiera del presupuesto de que tiene derecho a esperar el bien de Aquel que está en el origen de la realidad, no se rebelaría aunque le cayeran encima todos los males porque no vería en ello injusticia alguna. Por eso tú, Matilde, te rebelas ante la enfermedad de tu hija, porque este hecho no cuadra con todo lo bueno y bello que has visto en tu vida, y que te ha llevado a creer que Dios es bueno. ¿Cuál es ahora la posición verdaderamente humana, la posición que salva por completo la estatura humana en una situación como esta? Tú nos lo has testimoniado. La posición más humana, y por tanto razonable, es la de alguien que ante una situación tan discordante no renuncia a mirar a la cara la realidad entera, sin negar ninguno de sus factores. Es la posición contraria a la del avestruz, la de alguien que no cierra los ojos ni a un lado ni a otro de la realidad, sino que la mira a la cara en su totalidad, como tú has hecho: “No niego todo el bien que he visto y que he vivido –nos decías– pero no puedo ocultar, atenuar ni defenderme del dolor que me provoca este hecho tan misterioso y tan terrible, de esa rebelión que me sale de dentro. Me encuentro delante de estas dos ‘piezas de la realidad’ –me lo han dado todo y me lo han quitado todo– que no sé encajar como una unidad. No sé gestionar esta contradicción, no sé llegar a una conclusión, no llego”.

Ahora bien, ¿en qué acción desemboca –¡debe desembocar!– un uso de la razón tan leal y tan valiente como el que nos has testimoniado? Se llama *grito*. Se llama grito, súplica o grito. En efecto, el grito que se lanza al Cielo, al Misterio divino que está en el fondo de las cosas, es el último rasgo de la que me parece la expresión más alta y desgarradora de la poesía pre-cristiana mundial, es decir, la tragedia griega. ¿Dónde reside la grandeza de la tragedia griega? Justamente en documentar la trayectoria, el camino de la razón que

hemos descrito y que Matilde testimoniaba. Por un lado, el hombre griego ve un mundo lleno de luz, orden, belleza, racionalidad, que le lleva a decir con un corazón cargado de admiración: sí, dentro de la realidad existe la impronta de un Bien. Por otro, también ve la realidad de la muerte y del dolor, sobre todo la incomprensible realidad del dolor inocente. Los inocentes sucumben. ¿Por qué? Mitia Karamazov hará suyo ese mismo grito en su famoso sueño del pueblo ardiendo. ¿Por qué llora ese niño? ¡¿Por qué?! ¡No lo sé! La respuesta a ese grito –que será el mismo grito de Jesús en la cruz: ¿por qué?, ¿por qué me has abandonado?– solo puede venir de lo Alto, de Otro. No me la puedo inventar. Yo solo puedo pedir, gritando. Entonces se comprende en qué sentido un dolor tan grande puede llegar a ser un auténtico camino a la Verdad. Camino no en el sentido –como bien decía Matilde– de que uno se apresura, como queriendo taponar y contener el dolor, a llamar “gracia” al dolor. Qué fácil es ceder a la tentación de llamar demasiado pronto “gracia” a un dolor así, solo porque en el fondo uno tiene miedo de mirar a la cara «el horrible, inmenso abismo» –como diría nuestro amigo Leopardi– que ciertas pruebas tienen el poder (¿y acaso el objetivo?) de ponernos delante. Pero en cambio, si el Señor permite que nos pase algo tan terrible, tal vez sea para que me encuentre hasta tal punto desprovisto de respuestas, hasta tal punto perdido que no pueda hacer otra cosa que gritarle día y noche a Él. Es muy fácil usar el nombre de Jesús para resistir sutilmente a la forma con que Jesús nos atrae hacia sí (irónica paradoja), es decir, para defenderse del dolor, de esa herida que en cambio puede llegar a convertirse en el motor más potente de una relación con Él por fin verdadera, por fin ardiente, una relación que penetra en la carne y en la sangre que fluye cada minuto, cada hora, cada día. «Hace falta sufrir –decía el gran Mounier– para que la verdad no cristalice en doctrina, sino que nazca de la carne».

Creo que es sobre todo en este sentido como se tiene derecho a llamar *gracia* a experiencias tan tremendas como la de Matilde. Luego, en un momento dado, cuando Dios quiera, podrás darte cuenta de que Dios no ha sido sordo a tus gritos. Te das cuenta –poco a poco o bien una hermosa mañana, de repente– de que tu forma de mirar

el dolor de tu hija está cambiando. Te das cuenta de que llegas, ni siquiera sabes cómo, a ver su dolor como una misteriosa asociación al sacrificio de Jesús en la cruz (esos son los ojos de la fe de los que hablaba Jone en la Jornada de apertura de curso). Pero ver esto solo es una *experiencia verdadera* (y no una forma de autosugestión consolatoria) cuando aflora en nosotros como milagro, es decir, como respuesta del Espíritu al grito del corazón, a las lágrimas de un corazón que mendiga con verdad, que lucha con el Misterio a lo largo de las horas y los días. La fe no renuncia a la razón. Ante todo es una flor de gracia –decía don Gius– que “despunta” en el límite extremo de la razón. Está bien, basta, ya he hablado demasiado.

*Matteo. Hago solo una pregunta porque el trabajo de esta mañana me ha impactado muchísimo, sobre todo la insistencia en la creatividad. Intentaré no poner ejemplos, luego si no se entiende lo hago. Cuando se trata de correr un riesgo, me doy cuenta de que muchas veces me bloqueo ante la conciencia de estar hecho por Otro, es decir, la conciencia de depender de Otro a quien estoy respondiendo (como decíamos en marzo) es como si, en vez de hacerme sentir liberado, cargase todos mis intentos con una expectativa que muchas veces tengo miedo a defraudar.*

**Paolo Prospero.** ¿De Otro con mayúscula?

*Matteo. Sí, Otro con mayúscula.*

**Francesco Cassese.** Pon el ejemplo.

*Matteo. Ok, perfecto. Me llamó mucho la atención el aviso que se dio sobre la educación en la Jornada de apertura de curso porque, mientras a mi alrededor veía cómo se generaba un gran bullicio, yo pensaba: «El aviso habla también de la “universidad”, pero yo no puedo decidir ser “profesor en la universidad”. Es decir, en realidad es algo que no solo depende de mi voluntad. Hay un montón de circunstancias de las que depende el hecho de conseguirlo o no. Por eso me preguntaba: ¿qué quiere decir este aviso del movimiento sobre mi*

vocación y mi intento de hacer carrera universitaria? No basta con decir: «Lo hago o no lo hago», porque uno entra en la “lotería” universitaria y no sabe cómo acabará. Pero al cabo de dos semanas fui a hablar con mi profesora –estoy intentando acabar mi tesis, aunque me falta al menos otro año– y ella me dijo: «Pero Matteo, si quieres subir de nivel también tienes que empezar a hacer algo tú, yo no puedo hacerlo todo, invéntate algo».

**Francesco Cassese.** Pues no le falta razón. [risas]

**Paolo Prosperi.** Perfecto, perfecto.

**Matteo.** La pregunta que planteo es justo sobre esto porque, teniendo presente todo el trabajo que he hecho este año, cuando mi profesora me dijo aquello fue como si me dieran un bofetón porque pensaba: «Pues vaya, después del palizón que me he dado, ¡ahora me dice que todavía tengo que trabajar más!». Pero, pensándolo después, me di cuenta de que en realidad era una señal de afecto por su parte, es decir, era como si me invitara a ser aún más adulto, más responsable, más protagonista. Ahora, intentando responder a este reclamo de mi profesora, me he dado cuenta de que mi debilidad depende de que luego, cuando lo voy a intentar, es como si me faltara ese atrevimiento ingenuo del que hablaba siempre Giussani... sí, en definitiva...

**Paolo Prosperi.** El gusto del riesgo.

**Matteo.** Sí, pero Giussani lo dice siempre subrayando que en ese riesgo hay como una ingenuidad de fondo, que yo veo que me falta. Esa es mi pregunta.

**Paolo Prosperi.** Mira, querido Matteo, uno de los puntos que abordaré en la lección de esta tarde será justamente este: ¿qué nos libra del miedo a equivocarnos, a no estar a la altura? ¿Qué es lo que nos hace audaces, es decir, libres en nuestras acciones e intentos? Voy a adelantar algo. Y quiero hacerlo enfocando tu pregunta desde un punto particular, si me lo permites, un punto que puede parecer

que tiene poco que ver con la pregunta pero en cambio creo que toca una cuestión latente pero importante en tu pregunta (siempre que haya seguido bien el hilo de tu razonamiento, que podría no ser así). Tú dices: ¿qué me puede liberar de este miedo, de esta sensación de desproporción y escepticismo que siento ante un desafío que me pone a prueba? ¿Qué me puede ayudar a afrontar este desafío con ese atrevimiento ingenuo del que hablaba Giussani?

A bote pronto te respondería conectando con el segundo punto del orden del día: hay dos cosas que pueden ayudarte, la *memoria* y la *comunión vivida*. Pero si solo te digo eso corremos el riesgo de no entender bien la relación de estas dos palabras con el drama concreto que tú describes, o mejor dicho, el sentido y el motivo por el que cada una de esas dos palabras tiene que ver con el drama que describes. Se trata por tanto de entender, al menos eso creo, en qué sentido la *comunión vivida* y la *memoria* colaboran juntas para cambiarte, para cambiar tu manera de estar delante de la realidad.

Intentaré explicarme. Como sabes –como todos sabéis, si habéis meditado sobre el orden del día– en los dos primeros puntos de la descripción del carisma que hemos tomado de los antiguos Estatutos de la Fraternidad, don Giussani dice esencialmente dos cosas. Primero, que el sujeto nuevo, el hombre nuevo, nace de la memoria vivida de Cristo (estoy parafraseando). Segundo, que la memoria de Cristo solo puede generarse en la «inmanencia de una comunión vivida». Entonces, ¿de dónde puede nacer ese atrevimiento ingenuo que tú deseas, Matteo? La primera respuesta de Giussani parece ser: de la memoria vivida de Cristo. Pero esta memoria, que es lo que debería capacitarte para mirar de un modo distinto, más libre frente al desafío que tienes delante, no se auto-genera ni se auto-sostiene. Se alimenta mediante la inmanencia de una comunión vivida. ¿Por qué? ¿En qué sentido?

Aquí es donde la experiencia que nos has contado puede resultar extremadamente instructiva para todos nosotros.

De hecho, me parece que muchas veces corremos el riesgo (y me incluyo en la lista, sobre todo si pienso en cuando tenía la edad de Matteo) de ceder a una tentación muy sutil. ¿Cuál? La tentación de interpretar de manera reductiva, es decir, minimalista el sentido de esas pa-

labras. “¿Por qué necesito la comunión de mis amigos del movimiento para vivir mi relación personal con Cristo?”. La respuesta minimalista sería: “Sí, cierto, necesito testigos, ejemplos que me ‘despierten’ del sueño, pero al final la relación personal con Cristo es mía, todo se juega en mi corazón”. Dicho de otra forma, la función de la compañía eclesial, la función de la “nube de testigos” sería aquí la de despertar en mí la memoria de Algo, o mejor de Alguien, que ya conozco perfectamente, de quien solo necesito volver a experimentar siempre de nuevo su irrupción, su hacerse Presente, digamos. Ahora bien, ¿dónde está el problema? ¿Por qué digo que esta visión es reductiva?

Intentaré decirlo con un ejemplo para explicar después qué tiene que ver todo esto con la pregunta de Matteo (al menos así lo veo yo). Hace unos días, hace bastantes días, mi sobrina, que vive en Milán (yo estaba en Milán, aunque vivo en Roma), me invitó a cenar con un grupo de amigos suyos del CLU. Estos amigos –cuatro o cinco jóvenes con los que ha surgido un cierto *feeling*, por lo que siempre que paso por Milán mi sobrina organiza una de estas cenas– saben que entre las cosas que estudio están los evangelios (sobre todo el cuarto) y suelen hacerme preguntas sobre los evangelios. Resumiendo, la última vez uno de ellos –un chico muy simpático, provocador pero también humilde– me cita un pasaje del evangelio (no recuerdo cuál) y me dice: «Pues mira, la experiencia que estoy teniendo de Cristo me ha llevado a la convicción de que el infierno no existe». Yo le miré unos segundos para entender si me estaba provocando o si era sincero, y al final, tras concluir que era sincero (al menos en parte), le dije: «Perdona, en virtud de la experiencia que estás teniendo de Cristo, ¿has llegado a la convicción de que el infierno no existe? Tal vez deberías añadir: en virtud de la experiencia que estás teniendo de *tu idea* de Cristo, no en virtud de tu experiencia de Cristo». Y dijo: «No, ¿por qué dices eso? No, no, es experiencia de Cristo, estoy seguro». Entonces me permití decirle: «Perdóname, ¿en virtud de qué estás seguro? Lo siento, pero *la realidad* de Jesucristo no se puede reducir a la idea de Él que tú tengas en virtud de tu experiencia, sea lo que sea lo que tú entiendes con ese término. De hecho –te guste o no– nadie ha hablado tanto del infierno como Jesús. Jesús habló del diablo y del infierno mucho más de lo que se habla en todo el An-

tigo Testamento (que, como es sabido, es mucho más voluminoso que el Nuevo). Lee los cuatro evangelios. El criterio para decir algo en virtud de Cristo es... Jesucristo, no tu experiencia. Del mismo modo, si tú me dijeras que hoy la idea de la indisolubilidad del matrimonio es algo superado, y que Jesús –con lo misericordioso que era– hoy diría cosas distintas (porque otro, “instigado” por una conferencia que hubo en la Universidad Estatal también planteaba este problema), tendrías todo el derecho de pensar así, pero la cuestión es que Jesús dijo otra cosa, aunque tú no lo entiendas, aunque te parezca que no corresponde. Y que sepas (le dije) que en tiempos de Jesús, la posibilidad del divorcio era en realidad la norma, no la excepción, como muestra la reacción de Pedro a las palabras de Jesús: “Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse” (¡lo dice así!). Si queréis, hablamos de por qué puede ser correspondiente la postura de Jesús, y hablamos también de la forma más adecuada de entender las palabras de Jesús sobre el infierno. Pero no puedes decir que hay que suprimir esas ideas del evangelio porque no son esenciales. Eso lo dices tú, pero tú no eres el criterio para establecer lo que es en virtud de Cristo y lo que no...» (obviamente, su amigo ahora se ha pasado a mi bando... ¡al menos eso dice!).

Pues bien, ¿por qué cuento esto? ¿Qué tiene que ver con el problema que planteaba Matteo? ¿Y qué tiene que ver con la relación entre *memoria* y *comunión*? En mi opinión sí tiene que ver, y mucho. Tiene que ver porque, en efecto, nosotros podemos relacionarnos con el Misterio pensando que tenemos una idea clara de su Rostro mientras que, tal vez, *deep down* (es decir, en lo más hondo de nosotros mismos) no es así. Por ejemplo, uno puede repetir la palabra “Cristo”, pero seguir teniendo, por miles de razones, una idea de Dios, del Misterio, que no corresponde a la del Dios de Jesucristo, por ejemplo la idea de un Dios juez que está ahí para examinarte, mirando lo que haces y lo que no... Efectivamente, si con el *rewind* pudiéramos volver al principio de la intervención de Matteo, nos daríamos cuenta de que él empezaba precisamente diciendo algo así: “Cuando pienso en mi acción como *respuesta al Misterio*, no siento que me alivie ese acto de memoria. Al contrario, estoy aún más ansioso porque me invade el miedo a defraudar Sus (¡del Misterio!) expectativas”.

Ahora bien, ¿de qué depende ese extraño hecho (que en realidad no es nada extraño, ¡de hecho no sabes cómo te entiendo!)? No depende de que Matteo no haya tenido un verdadero encuentro con Cristo. ¡Nada de eso! Puede haber tenido un encuentro más potente que todos nosotros juntos. Pero es como si hubiera un “estrato profundo” de su yo –los psicólogos lo llaman subconsciente– que tal vez aún no ha sido plenamente “bautizado”, es decir, iluminado por la gracia de Cristo, y por tanto es como si dentro de él convivieran distintas imágenes del rostro del Misterio: una que es reflejo del Encuentro que se ha tenido, otra en cambio que viene del hombre viejo, de los restos de hombre viejo que hay en nosotros. Por ejemplo, de la relación que uno ha tenido con sus padres. Para no andar con rodeos, como muchos sabéis yo perdí a mi padre cuando tenía cuatro años. Claramente es un hecho que dejó consecuencias de cierto peso incluso en mi forma de “imaginarme” el rostro del Padre con mayúscula. De hecho, recuerdo que cuando era pequeño me imaginaba a Dios (¡sin saber por qué!) como alguien que está ahí viendo si te equivocas, un Dios distante que si no eres bueno te abandona. Me costaba sentirlo como un Padre cercano y misericordioso.

Entonces, ¿cómo llegué a entender, no solo con mi cabeza *sino también con mi corazón*, por decirlo de alguna manera, que esa imagen de Dios era equivocada, falsa? No leyendo libros de teología (aunque luego leí muchos) sino por la gracia del encuentro con don Giussani y con los amigos del movimiento que me transmitieron, como por ósmosis y con el tiempo, una *nueva imagen* de Dios, una imagen que contrarrestaba esa imagen antigua e iba haciendo que calara poco a poco en lo más profundo de mi yo la imagen verdadera. Lo que significa realmente que Dios es Padre lo aprendí mucho después por esa infinita positividad juvenil que emanaba del rostro de don Giussani cuando hablaba de Dios y por su forma de quererme, más que de los muchos libros sobre la paternidad de Dios que leí después. Podría decir lo mismo, aunque en otro grado, de la relación con muchos amigos que me han acompañado en el camino de todos estos años. En definitiva, sin la inmanencia de una “comunidad vivida” no solo habría vivido menos la memoria de Cristo. Más que

eso: el *contenido de mi memoria* nunca habría llegado a ser lo que es ahora, probablemente me habría quedado ligado a mi Dios al estilo de Ibsen, como el Dios de los luteranos escandinavos, al que, debido a mi historia, mi psique se había “apegado” extrañamente.

En vuestra opinión, ¿por qué la sabiduría de la Iglesia, desde hace dos mil años, nos invita a rezar con los salmos? ¿No sería mejor que cada uno rezara como «le salga de dentro», es decir, con las palabras que salgan de su corazón? ¿Por qué la Iglesia me propone dirigirme a Dios con palabras de otros, palabras que no he elegido yo?! La respuesta es sencilla. Justamente porque la Iglesia sabe, en su milenaria sabiduría, que las palabras con que nos dirigimos a Dios, los nombres con que lo invocamos –Misericordioso, Inmenso, Roca...–, si se gritan con el “corazón en la mano” hacen que vaya calando en la memoria de nuestro “*hardware* más profundo”, en el “disco duro” de nuestro yo *el rostro del verdadero Dios* –el Dios que se ha revelado en la historia, el Dios de Abrahán y de Jesús– de tal modo que la imagen de ese Rostro va *reemplazando* progresivamente todo el cúmulo de imágenes confusas que llevamos dentro. Nuestro corazón, abandonado a sí mismo, solo puede hacerse una imagen bastante pálida, cuando no deforme, del rostro de Dios. De ahí la importancia de los salmos, «diques de granito para las aguas amargas de nuestro amor», como diría el abad del *Miguel Mañara*. Esos poemas, precisamente porque están inspirados por Dios, porque nos son dados por Dios, tienen el poder de “encaminarnos” hacia Él, hacia su verdadero Rostro, mejor que cualquier palabra nuestra.

Pues bien, creo que algo parecido se puede y se debe decir de la compañía vocacional en nuestra vida. Ciertamente, la fe nace a través de un puro Acontecimiento de gracia, que sucede de la forma que el Señor quiera. Se llama encuentro. Pero para profundizar en ese encuentro –es decir, la evangelización progresiva de mi yo, en el sentido que decíamos– necesita la inmanencia *en el tiempo* de una comunión vivida, necesita que yo me deje introducir a través de otros en una familiaridad cada vez mayor con Cristo, es decir, con el rostro concreto de Dios que se ha revelado en la historia.

Basta.

Viernes 24 de noviembre

---

## LECCIÓN

Paolo Prosperi

### «Un camino de la mirada»<sup>6</sup>

El objetivo de la lección de esta tarde, lo digo desde el principio para evitar equívocos, no es el lanzamiento de un tema nuevo. Nuestro objetivo es sobre todo intentar dar algún paso más en el camino de reflexión que comenzamos aquí en marzo, e intentar hacerlo a la luz del paso que el movimiento nos está proponiendo a todos (pensando sobre todo en la Jornada de apertura de curso). De hecho, estoy convencido de que entre el tema que vamos a abordar ahora y el de la experiencia cristiana, o si se quiere el de los *ojos nuevos* que concede la fe (tema central de la Jornada de apertura de curso), existe un nexo más estrecho de lo que podría parecer. Así que comencemos.

---

<sup>6</sup> El título de esta lección –«Un camino de la mirada»–, retoma una expresión de Ignace de la Potterie muy querida por don Giussani: «La persona empieza a comprenderse a sí misma, a comprender cuál es su destino, a comprender cómo dirigirse hacia él y con qué energía caminar, cuando se encuentra con una determinada presencia. El encuentro con esta presencia no constituye ontológicamente la subjetividad de la persona: el encuentro despierta algo que estaba oscuro, algo que existencialmente no se pensaba porque era impensable. El acontecimiento es, por consiguiente, el método con el que el yo se reconoce. El yo que se ha reconocido es el yo constituido. Puesto que el acontecimiento es un método, un camino, se trata de una experiencia que hay que vivir. El gran biblista Ignace de la Potterie decía que “la fe cristiana es un camino de la mirada”. No es una frase poética o abstracta: es la descripción exacta, fáctica, de un *método*. Primero la mirada entrevé, luego empieza a tener la percepción de factores que distingue mejor, y solo posteriormente comienza a identificar un posible significado. Cuando aumenta la atención a este significado, comprende que es verdadero» (L. GIUSSANI, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, p. 59).

## 1. «¿También nosotros estamos ciegos?» (Jn 9,40)<sup>7</sup>: una enfermedad de la vista

Empiezo con una consideración que he oído mucho a lo largo de las numerosas conversaciones que he tenido sobre el contenido del encuentro de Asís a lo largo de este verano en las vacaciones de varias comunidades de CL.

La consideración es esta: la *mentalidad del hombre hecho a sí mismo*, es decir, esa disposición interna a que mi propio valor consista en mi capacidad de actuación no solo tiene que ver con el ámbito del trabajo<sup>8</sup>. Se trata en cambio de una mentalidad que tiende a insinuarse en la relación que tenemos con todo: mujer, marido, hijos, amigos, vida moral y todo lo que queráis añadir<sup>9</sup>.

Ahora bien, si eso es verdad, se hace aún más urgente la pregunta que más he oído durante las vacaciones de verano: ¿*cómo* se sale de la rueda del hámster? ¿*Cómo* se sale de la jaula del *ego* que tiene

<sup>7</sup> Esta pregunta, como es sabido, se la dirigen los fariseos a Jesús justo después de que él señalara irónicamente el hecho de que, mientras un ciego de nacimiento fue capaz de creer en Él nada más abrir los ojos (!), ellos que siempre han visto perfectamente parecen incapaces de leer correctamente lo que ven. Como diciendo: la *conciencia de estar ciegos*, es decir, de *necesitar ojos nuevos*, es condición necesaria para poder recibirlos del Señor, mientras que quien crea que *ya ve todo perfectamente* difícilmente podrá dejarse introducir por Él en una visión nueva y más profunda de la realidad (en este caso la realidad del mismo Jesús). Vale la pena citar todo el pasaje: «Dijo Jesús: “Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos”. Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: “¿También nosotros estamos ciegos?”. Jesús les contestó: “Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís ‘vemos’, vuestro pecado permanece» (Jn 9,39-41).

<sup>8</sup> Como han señalado muchos, fenómenos como la *gran renuncia* o la *renuncia silenciosa* parecen apuntar al ocaso de la sociedad del rendimiento y a una crisis en el modelo antropológico de la que nace. Si bien en parte es cierto, por otro lado hay que decir que los mismos fenómenos pueden y creo que deben leerse como signo del *dominio perdurable* del paradigma antropológico de fondo, puesto que cualquier impulso hacia la evasión supone la sensación de estar apresado. El hecho de que el “ansia por el rendimiento” tienda a invadir ámbitos que poco o nada tienen que ver con la profesión (pienso sobre todo en el campo afectivo), como testimoniaban muchos este verano, parece confirmar que, en realidad, el modelo antropológico del *hombre hecho a sí mismo* todavía no está “superado”. La cuestión hunde sus raíces más en profundidad, como se intentó ilustrar ya en su momento (cf. «3. La raíz del malestar: el *self-made man* y el olvido del Dios *todo en todo*», en «*Le diste el mando sobre las obras de tus manos*», Asís, 23-26 de marzo de 2023, pp. 18-22, *clonline.org*).

<sup>9</sup> En realidad ya se indicó en la primera lección de Asís, aunque solo como nota (cf. «*Le diste el mando...*», cit., p. 16, n. 7).

que dar la talla para entrar en el *punto de vista* de Cristo?<sup>10</sup> «Bonita imagen de Jesús lavando con alegría los pies de sus discípulos – me decía alguno– pero yo no soy Jesús, no veo al Padre celestial al fondo cuando tengo delante la cara de mi jefe en el trabajo. ¿Cómo puedo entrar entonces en ese *punto de vista* de Cristo?».

Justo aquí es donde me parece que la Jornada de apertura de curso viene en nuestra ayuda. Leemos en el n. 18 de *Lumen Fidei*, la encíclica del papa Francisco sobre la fe:

*La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver. [...] La vida de Cristo –su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él– abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar. [...] La fe en el Hijo de Dios hecho hombre [...] no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo [...], se adquiere una nueva forma de ver<sup>11</sup>.*

La fe, nos dice el Papa, no es solo una forma de contacto con Jesús. La fe nos introduce en una forma nueva de ver la realidad entera. A mí me gusta decirlo así: comprendida en todo su potencial, la fe es en parte como esas gafas que te dan en el cine cuando vas a ver una película en 3D. Sin esas gafas lo ves todo plano y desenfocado. Cuando te pones las gafas, de golpe todo aparece nítido y tridimensional, hasta tal punto que hay momentos en que da la sensación de que los objetos salen de la pantalla y se te van a caer encima. La fe es algo parecido: no cambia *la superficie* de lo que veo –ya sea una cara, una circunstancia, una tarea– pero me lo hace ver desde un punto de vista nuevo, un punto de vista desde el que es como si pudiera percibir mejor su “espesor”, su *pondus*. Si os acordáis, en marzo decíamos que en hebreo la palabra *kabod* (*pondus*, peso) también significa gloria, es decir, algo grande, im-

<sup>10</sup> Cf. *Ibidem*, pp. 22-28; 65-66.

<sup>11</sup> Francisco, Carta encíclica *Lumen Fidei*, 18, 22, 30.

portante, cargado de significado. Eso quiere decir que nos permite llegar a ver una profundidad de significado que de otra manera sería imperceptible<sup>12</sup>.

La respuesta a la pregunta-objeción de nuestro amigo es por tanto: *la fe*. La fe es lo que nos permite entrar en el punto de vista de Cristo, que es el punto de vista más verdadero.

Esto supone (es la otra cara de la moneda) que el punto de vista desde el que se suele mirar la realidad es parcial, no necesariamente equivocado pero sí menos penetrante.

De hecho, ¿acaso no se debe a ese déficit en nuestra facultad para la visión la alienación de la que hablábamos en marzo? Como solía decir Benedicto XVI, la enfermedad que más afecta al hombre de hoy (¡y por tanto también a nosotros!) no es una enfermedad de la voluntad, sino de los ojos:

*El hombre contemporáneo [llegó a decir el papa Ratzinger en un mensaje que envió cuando se fundó la escuela donde doy clase] está sujeto al positivismo. [...] Parece incapaz de percibir la profundidad de la realidad que nuestros ojos ven y tocan, ya sea una flor o un rostro humano*<sup>13</sup>.

En este sentido resulta esclarecedora la famosa descripción de la mirada positivista que hace Giussani en *El sentido religioso*:

<sup>12</sup> Cf. «*Le diste el mando...*», cit., p. 20, n. 15.

<sup>13</sup> Me parece que un ejemplo emblemático de esta “atrofia” en la facultad visual es la ideología de género que se ha extendido como la pólvora (al menos en las sociedades occidentales, pues este fenómeno es significativamente irrelevante en África y Asia). Sin entrar en detalles, es interesante observar cómo las diversas teorías del género, muy diferentes entre sí, se fundamentan todas sobre una premisa indiscutible: el cuerpo humano *no desvela nada profundo* sobre su significado y finalidad. Podría decirse que el cuerpo se considera aquí como algo más o menos parecido a una máquina de la que, gracias a las diversas ciencias (entendidas en sentido moderno), podemos conocer cada vez mejor las leyes de su funcionamiento, pero nada más. Que exista un lenguaje o una música inscrita por el Creador (o por la naturaleza, por usar un vocabulario más laico) en el cuerpo humano –una música llena de sentido, belleza y bondad intrínseca– es algo que se ha vuelto invisible para un número cada vez mayor de hombres y mujeres.

*La postura positivista es semejante a la de alguien que, igual que los miopes, acercase sus ojos a un centímetro de un cuadro y, fijándose en un punto de color, dijera «¡Qué mancha!», y, al ser el cuadro grande, pudiera recorrerlo todo, centímetro a centímetro, exclamando a cada paso: «¡Qué mancha!». El cuadro le parecería un conjunto de manchas diversas sin sentido. Pero, si se colocara a una distancia de tres metros, vería la pintura en toda su unidad, con la perspectiva apropiada<sup>14</sup>.*

De manera espontánea, uno piensa en el ciego de nacimiento, en el que nos fijamos en la Jornada de apertura de curso. Intentemos identificarnos con ese hombre que nunca había visto un rostro humano, que nunca había visto su propio rostro reflejado en un espejo. Pues bien, ¿acaso la situación de este hombre no es en el fondo un acertado, además de conmovedor, símbolo de la condición del «*homo positivisticus*» contemporáneo como lo describían Ratzinger y Giussani?

Siempre me ha impresionado el extraño gesto con que Jesús sana a nuestro hombre. ¿Por qué tiene que untarle barro (¡hecho con su saliva!) en los ojos (Jn 9,6)? ¿Por qué tiene que curarle con un gesto tan raro? Como ya indicara Ireneo de Lyon<sup>15</sup>, el gesto de Jesús remite a la creación de Adán que narra el Génesis: «*Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo*»<sup>16</sup>. Con su gesto, es como si Jesús estuviera diciendo: «Yo he venido para re-crearte como hombre, he venido para hacer de ti una criatura nueva» (cf. 2Cor 5,17). ¿Y esto qué quiere decir sobre todo? Para darte ojos nuevos, ojos capaces de ver todas las cosas, empezando por tu propia humanidad en todo su esplendor: «Él fue, se lavó, y volvió con vista»<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> L. GIUSSANI, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 201.

<sup>15</sup> Cf. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, 5.15.2.

<sup>16</sup> Gén 2,7.

<sup>17</sup> Jn 9,7.

Ahora bien, ¿en qué consisten concretamente esos ojos nuevos que la fe nos dona y que la memoria, que no es otra cosa que la fe vivida<sup>18</sup>, nos permite desarrollar?

A lo largo de esta meditación me gustaría intentar ofrecer varias pistas de respuesta a esta pregunta. Y para ello he querido tomar como figura de referencia al mismo personaje evangélico en el que fijamos la mirada al acabar nuestro primer encuentro, en la síntesis de marzo. Hablo obviamente del viejo Simón Pedro. De hecho, como alguno de vosotros recordará, hablando de él y de su rebeldía ante la “extraña” iniciativa que tomó Jesús en medio de la última cena fue como surgió en marzo el tema del camino necesario para entrar *en el punto de vista* de Jesús<sup>19</sup>. Del mismo modo que la fe de Simón Pedro en Jesús, sincera desde el principio, no le llevó *enseguida* a “entender a Jesús”, para nosotros es igual<sup>20</sup>. Dicho esto,

<sup>18</sup> Identifico *fe vivida* y *memoria* porque la palabra memoria, tal como la usa don Giussani, indica exactamente la fe que tiende a invadir todo lo que entra en el ámbito de nuestra experiencia. Para entender la centralidad de la palabra memoria en la comprensión giussaniana de la vida de la fe basta con leer el preámbulo de los Estatutos de la Fraternidad, que dice, entre otras cosas: «*El sentido profundo del movimiento es el llamamiento a la memoria de Cristo, vivida diariamente en las circunstancias de la vida*» (L. GIUSSANI, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, p. 236; la cursiva es mía).

<sup>19</sup> «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde», le responde Jesús. Quiere decir: “No es que mi gesto sea una locura. Es que tú aún no lo entiendes”. ¿Y por qué Pedro no lo entiende? [...]: porque si Pedro lo hubiera entendido ya todo, no necesitaría recorrer un camino siguiendo a Jesús para entrar en un punto de vista nuevo sobre la realidad, ese punto de vista nuevo [...] en el que Cristo ha venido a introducirnos. Para entrar en el punto de vista de otro, para llegar a ver el mundo con los ojos de otro, tengo que moverme, tengo que desplazarme desde mi posición inicial [...] para adoptar el punto de observación de ese otro. [...] Eso requiere un camino [...], un viaje» («Síntesis», en *Le diste el mando...*, cit., pp. 66-67).

<sup>20</sup> «Si había alguien que hubiera tenido un encuentro, era él. [...] Pero a ese mismo hombre, Jesús de Nazaret, a ese hombre que ya era el centro de su vida, Simón no le entendía. ¡No le entendía! O mejor dicho, le entendía en parte. Entendía que ese hombre era el Mesías [...]. Sin embargo –jera de locos!– también entendía que no lo entendía. ¿Qué es lo que no entendía? No entendía qué quería decir verdaderamente que Él era el Mesías, no entendía dónde quería ir a parar pues Su lógica era totalmente distinta de la de todos los demás, Su forma de moverse era totalmente distinta de la de todos los demás [...]: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”. Para nosotros es igual que para Pedro. No se entra en el punto de vista de Cristo de golpe. Se le reconoce de golpe, pero en Su punto de vista se entra poco a poco y nunca sin lucha» (*Ibidem*, pp. 69-70).

ahora me gustaría entrar más en detalle en este paso del “punto de vista” viejo al nuevo. ¿En qué consiste exactamente? ¿Y en qué sentido la fe lo hace posible? Por último, pero no menos importante, ¿qué papel tiene nuestra compañía en esta dinámica? Para intentar abrir las “pistas de respuesta” a estas preguntas tan importantes me referiré a una página del evangelio muy querida en nuestra historia: Jn 21. En efecto, Jn 21 nos presenta un Pedro bastante diferente al que Jesús había dicho en el cenáculo: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo *comprenderás más tarde*»<sup>21</sup>; se trata de un Pedro que por fin *ha empezado a entender*, gracias sobre todo a un hecho que le cambió los ojos de manera irreversible: la revelación, en la gran hora pascual, del amor del Señor *en toda su gloria* (cf. Jn 13,1)<sup>22</sup>.

Empecemos, pues.

## 2. Y se echó al mar: el “estallido” del hombre nuevo

El primer punto en el que me quiero detener es el cambio de la *mirada a uno mismo* que concede la fe.

Volvamos a partir del *hombre hecho a sí mismo*. Uno de los rasgos del “sujeto de rendimiento”, como decíamos en marzo, es el *miedo* a fracasar. En efecto, si mi consistencia reside en lo que soy capaz de hacer, es normal que viva en un estado de ansiedad permanente, lo que dicho en negativo sería: *miedo a no ser capaz*. De ahí la paradoja del «espíritu de esclavos»<sup>23</sup> del que hablábamos, puesto que el esclavo es por definición alguien que vive y actúa en un régimen dictado por el miedo<sup>24</sup>.

Ahora bien, ¿en qué sentido la fe rompe las cadenas de esa prisión de ansiedad y miedo? Lo dice san Pablo:

<sup>21</sup> Jn 13,7.

<sup>22</sup> Por la importancia de este punto crucial, en el que no me detengo ahora, ver aquí, p. 94: «*Síntesis*, I. Queremos ver a Jesús».

<sup>23</sup> Rom 8,15.

<sup>24</sup> «El esclavo vive con miedo y angustia por equivocarse, pues sabe que si se equivoca, si no hace todo lo que se espera de él, se quedará frustrado. El sujeto de rendimiento no tiene miedo a frustrar a los demás sino a su propio “ego” (o mejor, “super-ego”), que le dice que si no lo consigue, no vale nada» («*Le diste el mando...*», cit., p. 16; cf. pp. 14-17).

*Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud [los que habéis sido bautizados en Cristo] para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!» (cf. Rom 8,15)*

«Un espíritu de hijos». ¿Recordáis de la lección de marzo el paso de la condición de esclavo a la de hijo? La fe me libera del miedo sobre todo porque me da un «espíritu de hijo», es decir, cambia el contenido de lo que veo cuando me miro al espejo: ya no es un yo que tiene que conquistar un nombre (es decir, una consistencia, una existencia real) con su rendimiento, sino un yo que se sabe *hijo*, es decir, amado “*gratis*”, antes y al margen del resultado de sus intentos<sup>25</sup>, y por eso está capacitado para entregarse a su vez con gratuidad, con corazón alegre, como reflejando el amor gratuito del que reconoce ser objeto.

Pues bien, precisamente en Jn 21 hay una escena que me parece el mejor botón de muestra para este cambio de perspectiva, una escena que es como la anticipación dramática del diálogo entre Jesús y Pedro que don Giussani nos enseñó a amar (volveré sobre ello). Es la escena donde Simón, al saber que el hombre que estaba en la orilla era el Señor, se lanza al agua hacia él, dejando barca, redes y todo lo demás.

Recuerdo brevemente los antecedentes. El Señor Jesús ya ha resucitado. Ya se ha aparecido dos veces a los doce reunidos en el cenáculo (cf. Jn 20,19 ss.). En Jn 21, se aparece a los suyos por tercera y última vez, y lo hace con las primeras luces del alba, a la orilla del lago de Tiberíades, al término de una noche que Pedro y otros seis discípulos han pasado en la barca pescando. En un momento dado, el discípulo amado, más agudo y despierto que los demás, reconoce al Señor y se lo dice a Simón Pedro (Jn 21,7). ¿Y qué hace Pedro?

---

<sup>25</sup> Claudel expresa esta idea magníficamente en su *Anunciación a María* en palabras de Anne Vercors. Cuando está a punto de partir hacia Tierra Santa, el campesino se dirige así a su hija Violaine: «El amor del Padre [dice Anne Vercors a Violaine en *La Anunciación a María*] no exige restitución y el hijo no tiene necesidad de ganarlo o merecerlo. Como estaba con él antes del principio, continúa siendo su bien y su herencia, su recurso, su honor, su título, su justificación [...] Conoce solamente que yo soy, oh hija mía, tu padre» (P. Claudel, *La Anunciación a María*, Encuentro, Madrid 2020, p. 62).

*Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo [en griego dice gymnos, que significa “desnudo”: ¡¡estaba desnudo!!], se ató la túnica y se echó al agua (Jn 21,7)*

Prestemos atención a los detalles porque en los detalles materiales es donde Juan oculta los matices de significado más profundos. Como pasa aquí. ¿Por qué Juan se para a decirnos que Pedro *se ató la túnica antes de zambullirse*?

Sobre todo para señalarnos la extrañeza del hecho. Lo normal cuando uno se tira al agua es desnudarse, ¡uno no se viste! Pero aquí Pedro hace lo contrario. ¿Por qué? Juan no lo dice, nos invita a adivinarlo. Pues bien, la primera respuesta es bastante obvia. Nuestro Simón no quiere presentarse *desnudo* ante Jesús (¡qué menos!). ¿Pero eso es todo? No, eso no es todo. En la Biblia hay otro personaje que mucho antes que Simón se cubrió para tapar su desnudez: Adán, que después de cometer el primer pecado de la historia de la humanidad se cubrió con ramas para ocultar la suciedad que el pecado había dejado en él y así no sentir vergüenza<sup>26</sup>.

De este modo se comprende el sentido profundo, podríamos decir “subliminal”, del gesto de Simón. Igual que Adán, Simón también estaba totalmente avergonzado por lo que había hecho: cuánto le escuece aún el recuerdo de su triple negación...

Pero aquí viene lo bueno. *Cuando el Señor apareció en el jardín a la hora de la brisa*, Adán, movido por el miedo, se escondió entre los árboles:

*Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín. El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, por que estaba desnudo, y me escondí».*

<sup>26</sup> «Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron» (Gén 3,7).

*Cuando el Resucitado apareció al amanecer a la orilla del lago de Tiberíades, Pedro hace justo lo contrario: se lanza de golpe hacia el Señor, como incapaz de contener su afecto:*

*Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces (Jn 21,8)*

¡Qué preciosidad este otro detalle! ¿Por qué Juan quiere señalar-nos que «no distaban de tierra más que unos doscientos codos»? Para que nos demos cuenta de la prisa, del deseo incontenible de Simón por llegar hasta Jesús, por poder volver a ser traspasado por su mirada. ¿Acaso no podía esperar un minuto, ya que estaban a pocos metros de la orilla? No, no podía esperar, por esa impaciencia que es el signo distintivo del amor cuando es intenso y al mismo tiempo carece de toda inhibición, como es el amor de los niños. Los niños hacen eso cuando de pronto aparece alguien a quien quieren: corren a su encuentro con alegría, sin vergüenza.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que Pedro reaccione de esa manera justo ahora, cuando tendría todos los motivos para sentirse más “equivocado” que nunca?

Aquí es crucial señalar otra nota de contraste. A decir verdad, esta no es la primera pesca milagrosa obrada por Jesús en presencia de Pedro. Si pasamos del evangelio de Juan al de Lucas, veremos que Jesús ya había realizado un signo casi idéntico justo al principio, antes de que Simón lo dejara todo para seguir a Jesús (Lc 5,11)<sup>27</sup>. Pero la reacción de Pedro entonces fue diferente. De

<sup>27</sup> «Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca”. Respondió Simón y dijo: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes”. Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”. Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: “No temas; desde ahora serás

hecho, fue igual que la de Adán cuando el Señor apareció en el jardín:

*Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador».*

Ante la manifestación del poder del Señor, precisamente en el ámbito en el que él se sentía más competente (la pesca era lo “suyo”, cuántas veces nos pasa también a nosotros cuando nos prestan ayuda y casi nos molesta no poder hacerlo solos), la reacción de Simón fue un sentimiento de desproporción, de inadecuación. Casi como si el hecho de que se revelara la grandeza de Jesús dejara al descubierto su poquedad. Por eso sintió el impulso de retirarse.

Pues bien, ¿por qué Simón, justo ahora que tenía todas las razones para sentirse aún más indigno y agacharse al fondo de la barca detrás del resto, en cambio se lanza hacia él sin miedo? Porque Pedro ya no es el mismo, ha cambiado. Y no en el sentido de que la vergüenza por su miseria haya desaparecido por arte de magia. Muchas veces nos imaginamos la misericordia como una especie de borrador que resetea nuestra memoria. Pero la misericordia es algo mucho más grande y maravilloso que eso. Como hemos visto, la vergüenza de Pedro por lo que ha hecho *no se le ha quitado*. Pero es como si *ya no le venciera*. ¿Y por qué ya no le vence? Porque Pedro ya no está centrado en sí mismo ni en sus méritos, sino en la certeza de un amor que nos precede y que excede cualquier mérito. Entonces se comprende por qué decía antes que la escena del chapuzón de Pedro es realmente la anticipación dramática de lo que expresa el “sí de Pedro” con palabras. Cuántas veces nos ha invitado Giussani a identificarnos con este hombre que oye cómo le pregunta Jesús –él, al que poco antes había negado tres veces–: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Y él, en vez de sumergirse en la

---

pescador de hombres”. Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,4-11; las cursivas son mías).

vergüenza, “se oye” en cambio respondiendo como movido por un impulso arrollador: «Sí, Señor, tú lo sabes, sabes que te amo, y si me lo preguntaras mil veces, mil veces te diría: sí, sí, sí...»<sup>28</sup>.

Esta es la *libertad nueva* que nace de la fe. Una libertad que no es laxitud ni falta de compromiso sino al contrario, un compromiso que tiene un “motor” nuevo: ya no el ansia por lograr quién sabe qué “resultado”, sino el deseo de responder con todo tu ser al Amor desmedido que desprende esa cara, esa cara que solo te pregunta una cosa: «¿Tú me amas?»<sup>29</sup>.

Volviendo a la escena del chapuzón, hay otro pequeño detalle que dice esto de una forma muy sutil pero grandiosa. Justo después de contar cómo Simón se tira al agua, Juan escribe:

*Los demás discípulos se acercaron en la barca, remolcando la red con los peces (Jn 21,8)*

Otra vez, ¿por qué Juan, con un cambio repentino de escena, llama nuestra atención sobre este detalle?

---

<sup>28</sup> «Intentemos ensimismarnos con este hombre recio y sincero: delante del Señor, le embargaba el recuerdo de su traición. Y su traición era simplemente la punta, el epifenómeno, la manifestación de lo que llevaba dentro, de una aspereza, un egoísmo, una terquedad, un miedo, una bellaquería, una timidez, una mezquindad que era él, jera él mismo! Todo esto le pesaba en el alma y ante esa pregunta afloraba en él. La traición era como una punta reveladora que dejaba aflorar su miseria, toda su penosa pobreza. La Iglesia nos haría decir: “Para celebrar estos sagrados misterios reconozcamos que somos pecadores”. ¿Cuántos de nosotros lo dicen con sinceridad cuando la Iglesia nos invita a hacerlo? Simón sintió toda su poquedad, su pusilanimidad, su mezquindad de hombre. “Simón, ¿me amas más que estos?”. Cuando contestó: “Sí, Señor, yo te amo”; cuando le dijo: “Tú lo sabes todo... A pesar de las apariencias, a pesar de lo que me resulta patente, de lo que parece una contradicción, tú sabes que te quiero, que te quiero a ti” –porque decir “te quiero” significa “te quiero a ti”, “te afirmo a ti, quiero que tú seas, reconozco lo que eres, sé lo que tú eres para mí”–, se produjo una subversión, un desbarajuste que hizo saltar por los aires cualquier moralismo, cualquier medida, cualquier justicia alcanzada con nuestras manos. Era un pobre pecador, como tú y como yo, un pobre hombre que acababa de traicionar a Cristo, dicho sea de paso, de modo indecente, como quizá nadie lo hizo nunca tan descaradamente; era todo un cúmulo de errores y, sin embargo, le quería. Habría podido cometer mil errores más y, sin embargo, le amaba; por eso pudo decirle: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Entonces el Señor le dijo: “Te confío la tarea de ser mi testigo en el mundo”. A ese miserable pecador le confió llevar Su testimonio, Su reino en el mundo» (L. Giussani, *La verdad nace de la carne*, Encuentro, Madrid 2020, pp. 116-117).

<sup>29</sup> Jn 21,15-17.

La cuestión es que la iniciativa de ir a pescar había sido de Pedro: «Me voy a pescar»<sup>30</sup>, dijo. Pescar era su oficio y la barca seguro que era suya, igual que la red. Sin embargo ahora, nada más darse cuenta de que el hombre de la orilla es el Señor, deja la barca, la red y los peces en manos de otros y se lanza al agua hacia el Señor.

¿Acaso Juan nos está sugiriendo que el amor a Cristo lleva a despreciar los pocos o muchos bienes que se nos han confiado? ¿Nos está sugiriendo que el amor a Cristo lleva a olvidarse de todo lo demás, como si fuera una especie de droga que nos libera, sí, pero en el sentido de volvernos *indiferentes* a todo y a todos? Evidentemente no. Lo que Juan nos está sugiriendo es algo más paradójico. Pero para entender de qué se trata, debemos pasar a la escena siguiente.

Los discípulos ya están todos juntos en la orilla, donde Jesús los está esperando, junto a unas brasas con pescado encima y pan. En un momento dado Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Y de nuevo Pedro vuelve a adelantarse:

*Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red (Jn 21,11)*

¡Qué belleza! Ese mismo Simón Pedro que *llevado por el ímpetu de su amor a Jesús* se había desinteresado de la red y de los peces, cuando Jesús se lo pide se muestra capaz de arrastrar él solo hasta la orilla una red repleta con 153 peces grandes (o sea, calculando, casi un quintal de pescado)<sup>31</sup>. Es decir, amar a Cristo hasta “olvidarse” de su red repleta de peces es lo que, irónicamente, le da a Pedro la fuerza necesaria para llevar a tierra *más peces* que el más experto y robusto de los pescadores. Lo que para nosotros significa que cuando empezamos a amar a Cristo más que a las cosas y a las

<sup>30</sup> Jn 21,3.

<sup>31</sup> En vez de pensar en el significado alegórico del número 153, como se suele hacer (de manera legítima), en mi opinión habría que preguntarse mejor, por respeto al *estilo* joánico de entrelazar narración con símbolos, ¿por qué Juan, aparte de decirnos que había 153 peces, quiere especificar que eran *grandes*? La respuesta está clara: porque lo que le importa a Juan es *ante todo* darnos a entender que la red debía *pesar bastante*.

personas que se nos confían, aún más ese amor a las cosas y a las personas, es decir, nuestra preocupación por esas cosas y por esas personas, deja de ser una fuente de estrés y se convierte, usando una expresión preciosa de Jesús, en «yugo llevadero y carga ligera» (cf. Mt 11,30).

### 3. Posesión con una distancia: hacia el ciento por uno

Llegamos así al segundo aspecto de esa nueva visión de las cosas que la fe introduce en nuestra experiencia. La memoria de Cristo no solo cambia nuestra forma de mirarnos a nosotros mismos. Transforma también nuestra mirada hacia lo que tenemos *delante*, empezando por las personas y las cosas que se nos han confiado. ¿En qué sentido?

En realidad ya lo hemos dicho al describir a este Pedro que primero, por amor a Cristo, se olvida de la red, y luego, *también por amor a Cristo*, la arrastra a tierra él solo.

Así es: la memoria de Cristo obtiene de nosotros ese mismo efecto paradójico. *Aparentemente*, es como si te alejara de tu trabajo o del rostro de tu mujer, porque si estás mirando a Cristo a la cara no puedes estar mirando la cara de tu mujer. Pero *en realidad*, al “lanzarte hacia Cristo”<sup>32</sup> tú no te alejas. Más bien es como si te adentraras en lo más íntimo del rostro de tu mujer, porque te lleva a un punto de vista desde el que puedes verla de verdad, en “toda su verdad”<sup>33</sup>. Lo que significa: ya no como un conjunto de rasgos que

<sup>32</sup> A modo de inciso, es precioso que al *lanzarse hacia* Jesús, Pedro acabe *sumergiéndose por completo en el agua*, donde hay una alusión evidente al bautismo (*baptisma = inmersión*). Es decir, la memoria vivida nos “re-bautiza”, nos *re-genera siempre*, lo que significa también que nos “lava” los ojos, las manos, etc.

<sup>33</sup> Vale la pena señalar que esta dinámica no es más que la profundización y digamos que la expansión mediante la fe de una dinámica que según Giussani ya es válida al nivel del conocimiento contemplativo natural. «Para conocer un cuadro no tenemos que acercarnos con los ojos a un milímetro. Si así mirásemos, diríamos: “¡Qué manchitas hay aquí!” y moviéndonos un poco: “¡Qué mancha!” En día y medio, rompiéndote la espalda, pasas el cuadro entero [...], pero mancha tras mancha [...], no puedes gozar el cuadro. Pero si llega uno, te agarra por el cuello y te tira para atrás un metro: ¡Anda, pero si se ve el cuadro! Sin esta distancia no se conoce y, por ello, no se puede usar ni se puede gozar» (L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 195-196). Conviene señalar en este sentido que la palabra rusa que designa tanto la

te gustan y otros que no (donde a medida que pasa el tiempo los segundos son cada vez más), sino como esa “ovejita” que el Señor te confía:

*Simón, hijo de Juan, ¿me amas? [...] Apacienta mis ovejas.*

Como ya apuntaba san Agustín<sup>34</sup>, Jesús no le dice a Simón: «apacienta *tus* ovejas», sino apacienta *mis* ovejas. Lo que significa que solo si reconoces que esas ovejas no son tuyas sino *mías*, solo entonces puedes apacientarlas de verdad, sobre todo porque empiezas a verlas como son de verdad<sup>35</sup>.

Así pues, la memoria permite que vuelva a prender continuamente en nosotros esta conciencia, la conciencia de que esa mujer que es *mi* mujer, esos niños que son *mis* hijos, no son en primer lugar míos. Son de Otro que me los confía, y justo así es como se hace mendigo de mi amor, se “pone en mi dependencia”, como diría Péguy<sup>36</sup>: «¿Me amas? [...] Apacienta mis corderos»<sup>37</sup>.

castidad como la templanza es *celomudrie* (cf. del griego *sophrosyne*) – término que, para hacer justicia a la etimología, debería traducirse como ciencia o sabiduría (*mudrost'*) del todo, de la totalidad (*celo* = entero, total). Es decir, sin una cierta *distancia* no puede haber *penetración* en la profundidad de la cosa ni, lo que es lo mismo, percibirla como un todo lleno de sentido.

<sup>34</sup> «Aquellos que apacientan las ovejas de Cristo con la intención de querer ligarlas a sí mismos en vez de a Cristo demuestran que se aman a sí mismos en vez de a Cristo, movidos por el ansia de gloria, de poder o de ganancia, no por la caridad que inspira la obediencia, el deseo de ayudar y de agradar a Dios. Contra esos a los que el apóstol reprocha, lamentándose, por buscar sus propios intereses y no los de Jesucristo (cf. Fil 2,21), se eleva con fuerza e insistencia la voz de Cristo. Qué otra cosa significa decir: ¿Me amas? Apacienta mis ovejas, sino: si me amas, no pienses en apacientarte a ti mismo, sino en apacientar a mis ovejas, como mías y no tuyas; busca en ellas mi gloria, no la tuya; mi dominio, no el tuyo; mi ganancia y no la tuya» (AGUSTÍN DE HIPONA, *In Evangelium Ioannis tractatus*, 123,5; también cf. *Sermón 147/A,2*).

<sup>35</sup> Es interesante señalar en este sentido que una de las muchas formas con que don Giusani describe la virginidad, entendida como experiencia del espíritu, es *relacionarse con las cosas según su verdad* (me resulta imposible indicar la referencia precisa, pues es una definición tomada de textos aún no publicados y accesibles solo *pro manuscripto*).

<sup>36</sup> «El que ama se pone, por eso mismo, / Solo por eso, a partir de eso en la dependencia / [...]. Depende del ser amado. / Y esa es la situación, hija mía, que Dios se ha creado, al amarnos. / Dios se ha dignado esperar en nosotros, porque ha querido esperar de nosotros, aguardar de nosotros» (C. PÉGUY, *Los tres Misterios*, Encuentro, Madrid 2011, p. 304).

<sup>37</sup> Sigue comentando Agustín: «¿Me amas? –le pregunta–; Señor, tú sabes que te amo. Y él: Apacienta mis corderos. Y así una vez, dos, tres veces, como si Pedro no tuviese otra manera de mostrar su amor a Cristo a no ser siendo pastor fiel bajo el príncipe de los pastores.

Con un corolario crucial e irónico, que es el hecho de que en esta aparente expropiación, en esta distancia que parece despojarme, *quien sale ganando* soy yo porque el fruto de esta “devolución” es un gozo cien veces mayor en la relación con mi mujer y mis hijos, un amor cargado de una gratuidad, una atención, una paciencia y una fecundidad que de otro modo sería imposible.

*Si tu respuesta a la gracia es: «Te acepto. Sí, Señor, te quiero». «Guía a mi pueblo a lo largo de la historia –le respondió Jesús– apacienta mis corderos». «Guía a mi pueblo a lo largo de la historia»: ¡esto es más que el ciento por uno! Del mismo modo, a ti te dice: «Si haces el sacrificio de amarme sin esperar nada a cambio, serás decisiva para toda la gente que va avanzando, que camina hacia su destino, toda esa gente que no conoces, que no sabes quién es»<sup>38</sup>.*

Por tanto, la respuesta a la preciosa pregunta que hacía una de vosotros –¿cómo es posible tener una mirada no posesiva ante los chavales que se me confían?– es esta: la memoria. Pero la memoria no ante todo como remedio frente al miedo: «Dios mío, me da miedo ser posesiva, por eso debo recordar que estos chavales no son míos»; sino sobre todo la memoria entendida como puerta que me introduce en una posesión más verdadera, más pura pero también más intensa.

Don Giussani, como creo que muchos de vosotros sabéis, ponía el nombre de *virginidad* a esa experiencia de posesión con una distancia que la memoria de Cristo va haciendo arraigar en nosotros poco a poco. Eso significa, entre otras cosas, que la virginidad, como la entendía Giussani, no es algo que solo experimentan los que están llamados a la virginidad *en sentido estricto*, es decir, en el

---

¿Me amas? – *Te amo*. Y, puesto que me amas, ¿qué me vas a dar? ¿Qué me vas a dar tú, un hombre, a mí, tu creador? ¿Qué vas a dar de tu amor, tú, un redimido a tu redentor o, como mucho, un soldado a tu general? ¿Qué le vas a dar? Solo esto te reclamo: *Apacienta mis ovejas*» (Agustín de Hipona, *Sermón* 147/A,1).

<sup>38</sup>L. GIUSSANI, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, pp. 213-214.

sentido vocacional del término. No, en cierto sentido la virginidad es el ideal de todos, también de los que están llamados a formar una familia, siempre que se entienda por virginidad lo que hemos dicho<sup>39</sup>. Es decir, ante todo no un estado de vida sino una forma de relación con la realidad que abre a una *posesión* más plena<sup>40</sup>, una posesión que es como un anticipo de la modalidad con que Jesús veía las cosas y las personas, los pájaros del cielo y los lirios del campo, el rostro de Juan y el de la Samaritana.

¿Qué modalidad? El mismo Señor nos lo dijo en su última gran oración al Padre: «*Tuyos eran, y tú me los diste*»<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> «Uno empieza a entender que no puede amar –jamar!– a la persona que es la chica con la que está comenzando una relación afectiva, no puede respetar la dignidad de su ser si no la mira de una cierta manera, con una distancia dentro, si no vive esa relación con una distancia dentro, con un respeto dentro, lo que supone desgarrar, esperar, sacrificio, renuncia, coraje para detenerse y favorecer que emerja una perspectiva más global, donde el abrazo que lleva al ser que ama implica al universo. Sientes cómo el universo te urge mientras la abrazas porque esa tarea que tienes ante ese ser implica el universo, y si no tienes una tarea ante ese ser simplemente quieres dominar ese ser, poseerlo y nada más» (L. GIUSSANI, «La fe es un camino de la mirada», *30 Giorni*, n. 9/1995, p. 45).

<sup>40</sup> Por otra parte, una lectura atenta de los textos (publicados) donde Giussani habla de este tema (véanse sobre todo los libros de las *Quasi Tischreden*), muestra cómo el lenguaje tan audaz de Giussani no pretende en absoluto disminuir ni mucho menos adelgazar el aspecto del sacrificio que conllevan *tanto* la condición de vida del celibato *como* el matrimonio vivido cristianamente. El pensamiento de Giussani en esta materia refleja sobre todo –con una fidelidad perfecta al espíritu evangélico y paulino más genuino– la lógica pascual, según la cual *perder* y *dejar* son términos que en el cristianismo sirven para “recuperar multiplicado” – la mortificación en la resurrección: «Cuanta más preferencia tiene uno, más necesidad tiene de fundamentar esa preferencia en el sacrificio para basarlo en el Eterno, que es el Jesús de Juan y Andrés. Porque el Eterno ha entrado en el mundo donde está lo que miro con preferencia. Ha entrado en el mundo con Juan y Andrés, con la Virgen, con José, en el modo en que lo describe el evangelio. Cuanto más ama uno, cuanto más prefiere uno, más experimenta como una extraña necesidad de sacrificio. ¡Que no es por Jesús! El sacrificio no es por Jesús, sino por las realidades de este mundo, para que sean verdaderas. Ahora he dicho algo bellísimo, que es la primera vez que lo digo: cuanto más ama uno, cuanto más preferencia tiene uno, más tiene como una extraña necesidad de sacrificio para que emerja lo que está “antes” de esa relación. Y así la relación cobra constancia, permanece, se torna verdadera, cada vez más verdadera, y no desaparecerá jamás, esto es, se volverá eterna. Y el Eterno, al entrar en esa relación, en la relación amada, la convierte en signo, pero esta vez signo real, signo más cercano por analogía al sacramento, esto es, signo que lleva dentro de sí su verdad. [...] Cuanto más se ama a una persona (o una cosa, porque es análogo), más necesidad de sacrificio tiene uno, para que la persona que ama llegue a ser más verdadera, esto es, para que deje espacio en el que entre la presencia que ha acontecido –la presencia del Jesús de Juan y Andrés–» (L. GIUSSANI, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 45, 49).

<sup>41</sup> Jn 17,6.

¿Qué veía Jesús mientras miraba a los ojos a aquella mujer que le interrogaba junto al pozo con el cántaro en la cabeza? En el fondo del «pozo tan hondo»<sup>42</sup> de aquellos ojos, cargados de una melancolía mal disimulada, Jesús veía el rostro del Padre, que le estaba confiando a aquella mujer: «*Tuyos eran, y tú me los diste...*»<sup>43</sup>. De ahí el sobresalto, la emoción y el asombro que invadieron sus ojos mientras la miraba: una emoción y un asombro que ella nunca había visto en los ojos de ninguno de los hombres que la habían amado, un asombro que penetraba su corazón y que era como si mitigara su sed, como si la saciase a pesar de no darle “nada” (cf. Jn 4,10)<sup>44</sup>. Mejor dicho, no “como si”: la saciaba *efectivamente* (¡como Jesús prometió: Jn 4,14!)<sup>45</sup>, de hecho la mujer «entonces dejó su cántaro»<sup>46</sup> y corrió hacia el pueblo para contar a todos lo que le había pasado, como olvidando la sed que la había llevado hasta el pozo...

*Jesús [observa Giussani en La autoconciencia del cosmos] era como un niño ante la gente: se sorprendía de la florecilla, de la hierba, del pajarito, de los niños que jugaban, se conmovía ante la mujer que lloraba, sentía pena por quien se había equivocado. Y por la forma en que Él la había mirado, Magdalena fue detrás de Él. Por el modo en que Él la había mirado. Miraba las cosas por lo que eran verdaderamente: una cosa se mira por lo que es verdaderamente cuando se la ve como la ve Dios*<sup>47</sup>.

Y en otra parte añade:

<sup>42</sup> Jn 4,11.

<sup>43</sup> «He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra» (Jn 17,6).

<sup>44</sup> «Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ‘dame de beber’, le pedirías tú, y él te daría agua viva”» (Jn 4,10).

<sup>45</sup> «Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla”» (Jn 4,13-15).

<sup>46</sup> Jn 4,28.

<sup>47</sup> L. GIUSSANI, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 207.

*¿Dónde se puede experimentar lo eterno aquí? En cómo te hace ver tu padre, cómo te hace ver tu madre, ¡cómo te hace ver la mujer a la que amas, cómo te hace ver el hombre que amas! Hay un precio: un sacrificio dentro, un abandono dentro; parece un abandono, cuando es un abrazo más profundo que da un resultado más imponente. [...] «Cien veces más» significa una experiencia más intensa. Mirar un objeto con respeto –con el respeto que supone tener en el rabillo del ojo la presencia de Cristo– te hace mirar, amar ese objeto, «lanzarte» hacia él manteniendo una distancia adecuada y usar ese objeto cien veces mejor. ¡Quien no vive esta experiencia no ha entendido lo que es el cristianismo! Porque el cristianismo, decía san Pablo [Gál 2,20], es que «mi vida de ahora en la carne [mi vida en la carne quiere decir padre, madre, hombre, mujer, hijo, amigos...] la vivo en la fe del Hijo de Dios [miro, siento, uso las cosas como las miraba, las sentía y las usaba Cristo]». Esto conlleva un uso del objeto, un enriquecimiento del objeto, una luz sobre ese objeto, un calor en ese objeto, una calma ante ese objeto, una paz en ese objeto que es cien veces más que el que tienen los demás, y que yo mismo habría tenido<sup>48</sup>.*

Imagino que la mayoría de vosotros no habréis tenido la ocasión de encontraros con don Giussani en persona y tener una experiencia directa de su mirada, del modo con que te miraba – con que lo miraba todo. Pero creo que todos o casi todos habéis oído hablar de ello. Pues bien, si tuviera que decir lo que más me *asombra* de él, diría que *su asombro*, perdonad el juego de palabras: el asombro con que te miraba, con que miraba todo. El famoso ejemplo del capítulo décimo de *El sentido religioso* –imaginaos abrir los ojos por primera vez al mundo con la conciencia que tenéis ahora– en realidad es como un autorretrato de don Gius. Me vienen a la mente las palabras con las que Péguy describe la genialidad de Victor Hugo:

<sup>48</sup>L. GIUSSANI, *Vivendo nella carne*, cit., pp. 187-188.

*Toda la fuerza de su genio reside casi únicamente en esto: veía el mundo no como un objeto conocido, con una mirada acostumbrada, sino como el primer objeto de una primera mirada*<sup>49</sup>.

No creo que sea el primero ni el único al que oigáis hablar de cómo don Giussani, mirándote, sabía comunicarte la sensación de ser ante sus ojos lo más interesante y misterioso del mundo, como si fuera la primera y única cara que hubiera visto nunca. No obstante, resulta demasiado fácil quedarse en el puro impacto del hecho, limitándose como mucho a atribuir su origen al carisma “*extraordinario*” que Dios concedió al Gius. Indudablemente eso es verdad en parte. Sin embargo, como él mismo me dijo una vez, casi con enfado, se trata de una experiencia que puede vivir cualquiera que viva seriamente la memoria<sup>50</sup>, es decir, cualquiera que mirando a su mujer a la cara, en vez de quedarse en la superficie de su “bello rostro”, penetre hasta la raíz abismal de la que brota esa cara en cada instante, como un acontecimiento siempre nuevo.

Hay una famosa anécdota que expresa todo esto de forma admirable. Se trata del encuentro que tuvo el Gius, siendo aún un joven cura, con un cínico exseminarista, que al salir del seminario se acabó enamorando y casándose. Permitidme que os lea uno de los relatos de ese episodio que nos dejó don Giussani:

*¿Os acordáis de ese amigo mío de Saronno? Había un seminarista que era un tipo cínico y escéptico (estábamos ya en el liceo, con 17, 18 años), tenía estampada en la cara una sonrisa sardónica, una mueca con la que le tomaba el pelo a todos, desde el rector al último de los compañeros de clase.*

<sup>49</sup> C. PÉGUY, *Véronique. Dialogo della storia e dell'anima carnale*, Piemme, Casale Monferrato 2002, p. 26.

<sup>50</sup> «De hecho la palabra sacrificio no indica necesariamente esfuerzo o dolor, o mejor, renuncia, esfuerzo en el sentido de renuncia. No quiere decir necesariamente esto. Quiere decir hacer que penetre la memoria de Cristo en lo que amas; entonces lo que amas se vuelve más verdadero, porque está dentro el Eterno» (L. GIUSSANI, *El atractivo de Jesucristo*, cit., p. 49).

*Yo era el único con el que hablaba de vez en cuando en los soportales del patio del seminario. De todas formas, justamente, en el último curso lo dejó. Veinte años después, estaba yo en Saronno [...], llega el tren y, nada más parar, siento una mano que me da un toque en el hombro. Me doy la vuelta: era él. Al cabo de veinte años, con una sonrisa menos áspera. «Buenos días, profesor. ¿Adónde va?». «A Milán». «Yo a Varese, pero voy con usted hasta Milán, así charlamos tranquilamente». Y vino hasta Milán conmigo. [...] Él estaba ahí, mirando por la ventanilla, y yo observaba su perfil, su expresión había cambiado. Y, en efecto, empieza exactamente por ahí: «Debo admitir que tenía razón»; porque yo le decía: «Cambiarás cuando te enamores de una chica» y él se enfurecía cuando se lo decía. «Tenía razón usted. Me enamoré de una chica a la que quiero mucho, ya desde hace años, tenemos dos niños; en fin, lo que usted decía es cierto: he cambiado». Pero, nada más decir eso –¡zas!–, la máscara escéptica volvió a aparecer en su cara (cambió totalmente de expresión) y dijo: «Pero hay algo que me hace pensar a veces que tenía razón yo. Porque cuando estoy con mi mujer y le repito ciertas palabras: “Te adoro”, “No hay nadie para mí más que tú”, “Eres la más guapa del mundo”, “Te amaré para siempre”, me entra la risa, me río por dentro ¡porque es una mentira! Es mentira: no tenía razón usted; no se consigue resistir a lo que dice usted, pero no es cierto lo que dice, es mentira; en ciertos momentos se ve que es un engaño». En un primer momento, me quedé pensativo. Luego, más o menos, le dije: «Imagina que el rostro de tu mujer sea como un punto de fuga, un punto que se abre dentro del escenario del universo, y que por esa apertura entrevés de dónde viene la luz que lo ilumina todo y de dónde viene esa cara que refleja el todo. Es decir, que miras a tu mujer como signo del Misterio, signo de algo distinto, que es Dios. En ese caso, el sentimiento que tienes hacia ella perdura»<sup>51</sup>.*

<sup>51</sup> L. GIUSSANI, *Si può (veramente?) vivere così?*, BUR, Milán 2020, pp. 556 y 557.

Así se comprende mejor por qué para Giussani el drama de la libertad se juega, en primer lugar y más que en cualquier otra parte, en la dinámica del conocimiento, como nos volvía a señalar recientemente la Escuela de comunidad sobre el tercer capítulo de *El sentido religioso*<sup>52</sup>. Eso no significa en absoluto, como podría sugerirnos una lectura descuidada del texto, que a Giussani no le preocupara un cambio también ético en la persona. Significa sobre todo que él entendía que el drama más profundo de la libertad se sitúa siempre –y en el hombre de hoy más que nunca– en el mismo acto de conocer y mirar, es decir, al nivel de lo que nos da (o no) la posibilidad de *llegar a ver*. De ahí el hecho de que la ascesis, para Giussani, tuviera que ver en primer lugar con los ojos, es un camino de afinación de la mirada<sup>53</sup>. El resto es consecuencia<sup>54</sup>.

#### 4. «Un nuevo hogar»: la compañía vocacional

Último paso. «Don Paolo, todas estas cosas son muy bonitas y deseables» –me decía una de vosotros hace poco en una cena– «pero luego, cuando estoy en el trabajo con mi jefa, o simplemente en medio de la jornada, *sola* frente a las circunstancias, es como si me parecieran abstractas, imposibles de vivir». En este punto me permití frenarla para no impedir que perdiera por el camino la im-

<sup>52</sup> Cf. L. GIUSSANI, *El sentido religioso*, cit., pp. 53-67.

<sup>53</sup> «Para amar la verdad más que a uno mismo, para amar la verdad del objeto más que la imagen que nos hemos hecho de él, para alcanzar esta pobreza de espíritu, para tener esos ojos abiertos frente a la realidad y a la verdad que tiene el niño, es necesario seguir un proceso y realizar un *trabajo*. También aquí el fatigoso proceso se llama “ascesis”» (L. GIUSSANI, *El sentido religioso*, cit., p. 66).

<sup>54</sup> No me parece casual, dicho sea de paso, que la vida hiper-tecnologizada y frenética que caracteriza a las sociedades occidentales contemporáneas tenga la connotación de un pansexualismo proporcional a la pobreza de la educación en el silencio y en el arte de la contemplación. En efecto, la castidad solo es un valor comprensible para quien conoce el gusto de la contemplación, pues solo cuando se vive este tipo de experiencia se aprende a *sentir* la distancia como un *medio de penetración* en la profundidad de las cosas y rostros, y no como mera abstinencia; como camino hacia una posesión gozosa y no como una amarga privación. Por el contrario, el valor de la virginidad será algo así como un ultrasonido para alguien a quien nunca nadie haya iniciado en una experiencia como esta. Para profundizar al respecto, me permito remitir a: P. PROSPERI, «*Do Not Hold Me: Ascending the Ladder of Love*» – *Communio* ICR 45 n. 2 (Verano 2018).

portancia de lo que ella misma había dicho: «Tienes razón –le dije–, tú *sola* no vas a ninguna parte». De hecho, si leemos el preámbulo de los Estatutos de la Fraternidad, que incluíamos también en el orden del día de este encuentro, ¿qué leemos? ¿Cuál es la finalidad de la Fraternidad de CL?

*La naturaleza específica del [...] carisma [de CL] puede ser descrita de la siguiente manera: [primero] – una insistencia en la memoria de Cristo como afirmación de los factores que dan lugar a la experiencia cristiana en cuanto son origen de la verdadera imagen del hombre [de esto creo que ya hemos hablado bastante]; [segundo] – una insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo solo puede generarse en la inmanencia de una comunión vivida.*

Así pues, esos ojos nuevos de los que hemos hablado no se afinan viendo un *tutorial* de YouTube o haciendo un curso de *coaching* con cualquier gurú. La memoria de Cristo, que es la verdadera fuerza motriz del cambio de nuestra mentalidad, «solo puede generarse» –dice don Giussani– «en la inmanencia de una comunión vivida» (con todo lo que hemos precisado durante la asamblea)<sup>55</sup>. Atención: don Giussani no dice aquí que la comunión vivida genere la fe. La fe se nos da por gracia, por un acontecimiento de gracia que sucede como y cuando Dios quiere, y que objetivamente se llama bautismo<sup>56</sup>. Lo que dice Giussani es más bien que la inmanencia de una comunión vivida es necesaria para generar en nosotros la *memoria*, es decir, como ya hemos visto, la fe como principio de un nuevo modo de estar en la realidad.

<sup>55</sup> L. GIUSSANI, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, op. cit., p. 233.

<sup>56</sup> No en vano, el ciego solo recupera la vista después de lavarse en la piscina de Siloé (que significa *Enviado*, como señala Juan: ¿una alusión al Enviado del Padre, es decir, a Jesús?). Jesús «le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)”. Él fue, se lavó, y volvió con vista» (Jn 9,7). Como señalan siempre los expertos de todos los tiempos, aquí tenemos una clara alusión al rito del bautismo.

En definitiva, solo dentro de una comunión vivida puede la memoria encontrar el alimento y el sostén necesarios para informar la vida.

Volviendo a nuestro “chapuzón de Pedro”, es significativo que Pedro no reconociera a Jesús allí erguido en la orilla por sí mismo, sino gracias a una indicación del discípulo amado.

Pero qué belleza. El que se lanza de golpe, como un enamorado que de pronto ve a su amada en la multitud, es Simón. El acto de la memoria, el ímpetu del corazón, es siempre personal: es *mío y tuyo*. Pero es como si no pudiera surgir sin la ayuda de los muchos Juanes que el Señor nos pone al lado como compañeros de camino.

Otro pasaje del cuarto evangelio, también protagonizado por Pedro, ilustra este punto aún mejor. Se trata de la famosa escena de la triple negación<sup>57</sup>. Entre los detalles de este relato, os invito a prestar atención sobre todo al fuego junto al que se encuentra Pedro cuando niega a Jesús:

*La criada portera dijo entonces a Pedro: «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?». Él dijo: «No lo soy». Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose (Jn 18,17-18).*

También en este caso, como de costumbre, es justo y necesario preguntarse: ¿por qué Juan, después de contarnos las dos primeras negaciones, dedica un versículo entero a informarnos de que los criados y los guardias estaban alrededor de un fuego *a causa del frío*, y que Pedro también estaba allí con ellos *para calentarse*? ¿Qué nos importa?

Es evidente que aquí tampoco se trata de celo puramente periodístico. No, Juan nos está invitando una vez más a leer entre líneas (¡con los *ojos de la fe!*). Debemos preguntarnos qué representaba el fuego (o más concretamente el hogar, es decir, el fuego prendido

---

<sup>57</sup> Juan parte curiosamente en dos el relato del episodio (no me alargaré aquí explicando por qué). Nosotros nos detendremos en el primer “fragmento”.

por el hombre) en la antigüedad. La respuesta menos inmediata para nosotros los modernos es: para el hombre antiguo, hogar es sinónimo de casa. Donde hay una casa, hay un hogar, hay un fuego. Pero la casa también es el lugar donde vive el hombre con su familia, con otros. El fuego pasa entonces inmediatamente a simbolizar ese refugio, esa fuente de seguridad que cada individuo encuentra en su clan. La verdadera casa, el verdadero hogar del hombre son sus vínculos. El hombre es relación, es un «animal social», como decía Aristóteles<sup>58</sup>. Lo cual, dicho en negativo, significa que cuando te encuentras *solo contra todos*, cuando no tienes el apoyo de los “*tuyos*”, aunque tengas un sitio en torno al hogar, puedes llegar, sin ni siquiera darte cuenta, a renegar hasta de tu madre. Porque si estás solo no puedes, hace demasiado frío. Y el frío no solo paraliza las piernas, también nubla la vista...

Permitidme un breve *excursus* autobiográfico antes de terminar. Como alguno de vosotros sabéis, antes de irme a América estuve cinco años en Rusia. Pues bien, siempre me impresionaba, cuando escuchaba los relatos de mi anciana profesora de ruso sobre los años de Stalin, que hasta personas de gran estatura –literatos, filósofos, científicos– hubieran podido mostrar tal entusiasmo por Stalin y su régimen. Por supuesto, no se puede generalizar. Sin embargo, me daba la sensación de que al menos algunas de esas personalidades ilustres de su tiempo lo hacían de buena fe. Algunas ciertamente lo hicieron por miedo, pero algunos parecían realmente sinceros. ¿Cómo puede ser? En mi opinión, se debe al hecho de que cuando estás rodeado de gente que *toda ella* piensa de una cierta manera, que te repite de la mañana a la noche que el verde es naranja, te acabas convenciendo de que estás equivocado y realmente el verde es naranja, ¡“naranjísimo”! Hasta tal punto es fuerte tanto nuestro instinto de conservación como nuestra necesidad de comunión.

Se entiende así la necesidad vital de eso que Giussani llama la «inmanencia de una comunión vivida». En un mundo donde todo conspira para convencerte de que los «locos somos nosotros»,

<sup>58</sup> Aristóteles, *Política*, libro I.

como dice el verso del gran De Gregori<sup>59</sup>, resulta de hecho imposible no acabar adaptándose para vivir como todos si no tienes un “hogar alternativo”, cuya llama sea capaz de caldear nuestro corazón hasta el punto de hacerlo arder de amor por Cristo, cueste lo que cueste; capaz de alumbrar con su luz nuestras mentes, que de otro modo quedarían fácilmente expuestas a merced de «todo viento de doctrina»<sup>60</sup>.

No es casual que solo haya otras brasas en todo el evangelio de Juan aparte de esas donde Simón niega a Jesús. Son las brasas en torno a las cuales se reúnen los discípulos, invitados por el Resucitado<sup>61</sup>. Es decir, lo que transforma a Simón, que pasa de ser un vil traidor a un intrépido testigo del Señor, capaz de dar la vida por Él (cf. Jn 21,18), no es solo “su” fe individual en el Señor. También es su permanencia dentro de esa comunión eclesial, que es el lugar concreto donde esa fe es continuamente atizada, el lugar concreto donde Él se hace continuamente Presente, hasta el día de su Regreso.

Como habréis notado, no hemos tratado el tercero de los tres pilares del carisma que estaban en el orden del día. Por ello me gustaría lanzarlo como provocación y desafío (para meditar, por tanto) que sirva también para preparar la asamblea. Me limito a leerlo y lo confío a vuestra reflexión, y tal vez a las conversaciones entre vosotros hasta la asamblea de mañana. Sería bueno que surgiera algo sobre esto. Es como si nos hiciera ver la otra cara de la moneda del segundo punto. El segundo punto era que la memoria genera la comunión. El tercer punto es la insistencia en que la memoria de Cristo tiende a generar inevitablemente una comunión visible y propositiva en la sociedad. Es decir, la comunión genera la memoria y la memoria genera a su vez la comunión.

---

<sup>59</sup> «“Pero yo ya no estoy”, y los locos sois vosotros / Todos pensaron tras sus cabellos / “El esposo o está loco o ha bebido”» (F. DE GREGORI, *Alice*, del álbum *Alice non lo sa*, 1973 - It, © Universal Music Publishing Group).

<sup>60</sup> Ef 4,14.

<sup>61</sup> «Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. [...] Jesús les dice: “Vamos, almorzad”. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor» (Jn 21,9.12).

Sábado 25 de noviembre

---

## FRAGMENTOS DE LA SEGUNDA ASAMBLEA

**Giovanni.** Quería contar tres cosas sobre lo que salió ayer, en la asamblea y en la lección. Un día como hoy hace dos años nació mi hijo, Matteo Enzo. Nació en una situación desesperada porque mi mujer, en el octavo mes, tuvo un desprendimiento de placenta completo. Ella se salvó de milagro, pero la situación de Matteo era gravísima. Recuerdo cuando llegué a cuidados intensivos y lo vi en su cunita, guapísimo, y mi primera reacción fue: «¡Cómo te han estafado!». Como médico, al ver su encefalograma entendía un poco la situación y pensaba: «¡Qué injusticia han cometido contigo!». Esa noche, como no se sabía cómo iba a evolucionar la situación, le dijimos al doctor: «Si empeora, bautízadlo». Él era ateo y decía: «Yo no creo, pero lo respeto. Vale, vale». A la mañana siguiente pudimos bautizarlo y fue algo un poco excepcional porque estábamos en plena segunda oleada del Covid. Vino un sacerdote de la San Carlo, Luca Montini, a bautizarlo y mientras lo bautizaba yo miraba el electroencefalograma y mi visión era superficial. Decía: «Venga, haz el milagro. ¡Venga!». En ese momento recordé un testimonio que había oído durante mis años de universidad: una chica que, hablando del cáncer de su madre, decía que ella pedía el milagro de su curación, pero luego reconoció que el verdadero milagro era cómo estaba su madre delante de la enfermedad y de la muerte. Entonces empecé a pedir no perderme nada, ver todo lo que sucedía. Y llegó la gracia: me di cuenta de cómo le brillaban los ojos a mi mujer (era la primera vez que veía a su niño), me fijé en todos los amigos que habían invadido la planta, y miré a mi hijo, que esa noche cuando fui a despedirme de él (al día siguiente íbamos a desconectar las máquinas) le puse el dedo en la mano y él me lo agarró, lo que me hizo muy feliz. Todos me miraban como si fuera estúpido y yo les decía: «¡Mi hijo me ha estrechado la mano!». Esa presencia (nosotros, nuestros amigos) era tan fuerte que me he dado cuenta de que ahora el médico ateo, cuando hay una familia

en la misma situación que nosotros entonces, es él quien propone el bautismo. Lo segundo es que cuando uno se lanza al amor de Cristo, hasta el yugo se aligera. Este año nos enteramos de que estábamos esperando un niño, Manuel. El embarazo fue complicadísimo desde el principio; cuando faltaba una semana para que fuera posible la vida extrauterina, mi mujer tuvo una infección en el útero y hubo que decidir sacarlo porque corría el riesgo de morir en media hora. Recuerdo que esa noche me puse a caminar por la casa, adelante y atrás, todo el tiempo. Pensaba en ella, en Manuel, en nuestro hijo Paolo que tiene cuatro años... Pero había algo que me llamaba la atención porque en medio del dolor más absoluto yo seguía queriendo ser feliz y no conseguía entenderlo, aturdido por las circunstancias, hasta que miré a mi hijo Paolo. Mi mujer estuvo paralizada en cama cinco meses y para Paolo fueron cinco meses muy duros, le hemos pedido muchos sacrificios, pero hemos intentado por todos los medios que fuera un tiempo para él, no contra él. Me he dado cuenta de que Dios ha hecho exactamente lo mismo conmigo, porque miraba a los amigos del movimiento que nos acompañaban, y acompañar a unos padres que ya han perdido un hijo sabiendo que pueden perder otro no es fácil. Pero se creó un grupo de amigos, Memores Domini y sacerdotes, que nos pedían permiso para venir a casa a cenar, en grupo o a solas. Y en esas cenas no se hablaba de nuestra situación, sino que al acabar esas veladas mi mujer y yo decíamos: «Respiramos». Porque todas esas personas miraban lo mismo, ellos con su vocación y yo con la mía. Mi vocación de padre y esposo es comunional con la suya. Cuando nos dijeron que había que operar a mi mujer, cuando estaba clínicamente al borde de la muerte, se alzó sobre sus codos ante el ginecólogo que la trataba y que la iba a operar, consciente de que el hijo que llevaba en su seno iba a morir, le dio las gracias y le dijo: «Hemos decidido ponerle como segundo nombre Diego, como tú, por cómo nos has acompañado». Ver esto ya era para mí un signo de que Dios vence a la muerte. Lo último es lo que decías del grito. Nuestro hijo Paolo, cuando mi mujer volvió a casa después del ingreso, se pasó los primeros veinte minutos contándole todas las cosas buenas que había hecho mientras ella estaba fuera, luego le miró la tripa y dijo: «¿Pero ha nacido el hermanito?». Ella le

dijo: «Sí, pero se ha ido a la casa de Jesús». Eso fue como si le dieran un bofetón porque, después de la muerte de Matteo, él lo esperaba, con la conciencia propia de un niño. Fue un mes de enfado total (el grito). Empezó a pedir las cosas a golpes y venía diciendo: «¡Dime que soy malo!». «Pero no eres malo». «Necesito que me digas que soy malo porque al menos así sé por qué estoy enfadado». Iba por ahí diciendo a todo el mundo: «Jesús ha hecho algo malo, se ha llevado a mi hermano». Hasta una vez que estaba en el sofá con mi mujer y le dijo: «Mamá, pídele a Jesús que me dé otro hermanito». Ella le dijo: «Mira, la tripa de mamá no puede tener más hermanitos». Pero él: «Bah, encuentra la manera». Entonces mi mujer le dijo: «¿Por qué no se lo pides tú?». «Estoy viendo los dibujos, estoy ocupado». Como la cosa no mejoraba, al cabo de dos días, cuando le llevó a la cama, él le dijo: «Mamá, quédate aquí». Se fue entonces a nuestra cama, donde hay una imagen de la Sagrada Familia, y mi mujer le oyó decir: «Jesús, vale que te hayas llevado a mi hermanito, vale, pero te pido otro. Tú decides el tiempo y la forma». Luego se paró un momento y dijo: «¡Y gracias por traerme a casa a mamá!». Me sorprendió que mi hijo tuviera tan clara su relación con Dios, de una familiaridad y una paternidad que yo miraba porque muchas veces nos escondemos diciendo: «Sí, vale, se ha ido con el Señor», como intentando mitigar un poco el dolor. En cambio, mi hijo tiene esa libertad para enfadarse dentro de una relación de filiación, que le permite decir la verdad: «Tú decides» y «gracias porque mamá está en casa».

**Paolo Prospero.** Gracias, Giovanni. Niños, ¡qué misterio los niños! Me gustaría conocer a tu hijo. Yo también me peleaba de una forma parecida con Jesús cuando era pequeño...

**Belén.** Ayer indicabais como pregunta para esta asamblea el tercer punto de los Estatutos de la Fraternidad: «La insistencia en el hecho de que la memoria de Cristo inevitablemente tiende a generar una comunión visible y llena de propuestas en la sociedad». Pero esto me ha provocado cierta amargura y una pregunta. Para mí, pensar en la sociedad y en el mundo significa sobre todo pensar en el lugar donde trabajo: un fondo de inversiones que desarrolla proyectos de energías

*renovables. El trabajo me encanta, pero es un mundo en el que todo es performance y dinero. Todas las mañanas digo: «Dios mío, aquí tienes mis manos para que puedan conocerte». Solo por la mirada de Cristo que he recibido y que recibo, puedo darme cuenta todos los días de que no solo estoy ahí para ganar dinero, sino para la felicidad de los hombres. Esto genera una forma nueva de mirar a la gente, por ejemplo me lleva a compartir con otros lo que sé, para que aprendan a trabajar, algo que no es habitual. Verdaderamente, de la memoria de Cristo nace una mirada nueva, pero me da la sensación de que no cambia nada en los demás, o que no genera ninguna comunidad «visible y llena de propuestas». ¿Qué es esa «comunidad visible y llena de propuestas» en la realidad en la que se encuentra cada uno de nosotros? ¿Y cuál es el nexa con la misión?*

**Paolo Prosperì.** Óptima pregunta. Gracias, Belén. Creo que esta es una cuestión que muchos perciben.

**Angelo.** Decíamos ayer que la memoria de Cristo solo se puede generar en la inmanencia de una comunión vivida. Hace falta entonces una comunión para vivir la memoria. Para mí esto es muy cierto, sobre todo en dos puntos: la relación con mi mujer y el grupo de Fraternidad. Pero me parece que muchas veces nuestra comunión no genera una propuesta visible y presente en el ambiente, como se decía antes. ¿Qué falta entonces? Hago esta pregunta porque creo que el tema de la “presencia en el ambiente” es una de las dimensiones de nuestro carisma que debemos recuperar sin falta. Sobre este aspecto me gustaría leer un texto de Giussani tomado del libro que citabas al principio, Seguros de pocas grandes cosas, que me parece una descripción revolucionaria de lo que significa estar presentes. «La presencia empieza con una humanidad cambiada. La presencia es algo que remueve el ambiente en el que estamos, porque nos remueve a nosotros en el presente. Yo cambio por algo que me provoca, y este cambio mío introduce una provocación en el ambiente donde vivo». Y luego es precioso cómo acaba diciendo: «Presencia es el gusto con el que vivimos nuestra experiencia de fe» (p. 20). Me llama la atención que, a diferencia de nuestra mentalidad, la presencia no es una

*actividad, sino una pasividad. Y esto me parece que también está unido a ese adverbio, «inevitablemente», del tercer punto de la introducción (la memoria de Cristo inevitablemente tiende a generar una comunión visible y llena de propuestas en la sociedad).*

**Paolo Prosperi.** Perdóname, pero yo soy católico porque todo suma. Por eso, cuando oigo decir que algo «no es» una actividad, inmediatamente me ronda la mosca detrás de la oreja (perdóname, no es que la haya tomado contigo, es solo que tu forma de expresarlo me chirría...). ¿Por qué no va a ser una actividad? ¡Claro que *también* es una actividad! No es solo pasividad. Si no seríamos luteranos, no católicos. Es *principalmente* una pasividad, sí, pero *también* es actividad. Mejor dicho, es una pasividad activa, un activo volverse pasivos. Lo que ayer llamábamos “receptividad” es precisamente esto: dejar espacio activamente en mí para que Otro actúe, donde el adverbio *activamente* destaca que de por medio está la libertad, la *energía* de mi libertad. ¿Qué es la fe, qué es *sobre todo* la esperanza, sino un dejar espacio *activamente* en mí a Otro? ¿Es pasiva la esperanza? ¡Sí y no! Es pasiva porque cuando esperas la ayuda de Dios, le dejas hacer a Él. Pero ese “dejar hacer” es activo. ¡De hecho a veces es difícilísimo! ¿O me equivoco? Resumiendo, una mujer, para recibir la semilla que la hará fecunda, no es simplemente pasiva. Es activa (¡esperemos!) en ese recibir. Todo suma: es una sinergia de gracia y libertad. Dios nos concede poner algo nuestro (y eso también es un don). Probablemente volveremos sobre esto.

**Michela** (nombre ficticio, ndr). *Antes de venir a Asís sucedió algo en el trabajo que me conmovió y la lección de ayer me lo volvió a recordar. Trabajo en estrecho contacto con un juez. En estos dos años, después de ver una seriedad por mi parte en el trabajo, se abrió a una relación conmigo y la estima profesional dio paso a una estima humana, por lo que llegué a invitarlo a un encuentro de nuestro centro cultural. No solo vino, sino que invitó a otros colegas. En este tiempo ha visto que soy cristiana y él está muy alejado tanto del cristianismo como de otras formas de vida social. El otro día pedí unos días libres*

para venir aquí y el jueves (que es día de audiencia y le interesa especialmente que yo esté) a media tarde me tenía que ir. Él se enteró y me invitó a comer con él y con una chica de prácticas. Me preguntó dónde me iba a meter esos dos días y le dije que me iba a una convivencia con jóvenes de toda Italia. La de prácticas dijo: «Sí, se va con los de Comunión y Liberación». Entonces, como es propio de una persona un poco asocial, me suelta: «¿Pero cómo te puedes ir con toda esa gente? ¡Yo me volvería loco!». Entonces le dije: «Mira, voy porque para mí ese lugar, la compañía del movimiento, mis amigos, son un reclamo para disfrutar de la vida de verdad». Entonces me pidió que le contara lo que pasó aquí en marzo y empecé a contarle a grandes rasgos. Pero me paró diciendo: «No, no, concretamente. ¿De qué hablabais?». Intenté contarle algo del tema del trabajo partiendo de la esclavitud de Egipto y pasando a la esclavitud de nuestros días, la sociedad del rendimiento, el hombre hecho a sí mismo... y en un momento dado me dice: «Pero si me estás describiendo, eso no solo tiene que ver con el trabajo sino con todos los ámbitos, las relaciones, cómo me concibo a mí mismo, la relación con los colegas». Y añadió: «Entonces, ¿cómo se libera uno de esa esclavitud?». Yo empecé a titubear...

**Paolo Prospero.** ¡Ven y verás!

**Michela.** Intenté balbucear algo, hasta que recordé un episodio que tuvo lugar en el trabajo y que afectó a todo el despacho, también a él. Le conté lo que me había ayudado a abrir mi mirada ante una colega y a recuperar, día tras día, el gusto por ir a trabajar. Le hablé de esta compañía, de mis amigos y del trabajo que nos ayudamos a hacer y a vivir. Él exclamó: «¡Qué pasada, me gustaría ser como tú!». Y la de prácticas, que hasta un segundo antes parecía que solo quería causarme problemas: «A mí también». Entonces el juez siguió diciendo: «Pero esto en ti lo comprendo porque tú eres...», y la de prácticas: «Ella es optimista». A lo que el juez contestó: «No, no es optimista, es algo más, es una postura ante la vida. Pero eso para alguien como yo es imposible». Intenté decirle: «Ojo que no es una capacidad mía, no es un esfuerzo por ser positiva», pero él cerró la

*conversación así: «Yo soy propenso al mal». O sea: qué bonito es esto para ti, pero no tiene nada que ver conmigo. Volvimos al despacho y cuando llevábamos allí diez segundos ya oí al juez gritando mi nombre. Fui y me contó un problema laboral que acababa de surgir: «Estoy muy cabreado, así que, después de la comida que hemos tenido y de explicarnos tu postura, ahora vas a decirme cómo tengo que ponerme delante de esto». Me conmovió por varias razones. Mi primer impacto fue: «Verdaderamente lo que hemos encontrado es para todos porque tú también, que hasta hace un segundo decías que esto no era para ti, ante un problema concreto no has podido evitar volver allí donde has vislumbrado una postura deseable y atrayente». El día siguiente era jueves, en mitad de la audiencia me despedí y me miró muy serio: «Que vaya bien en Asís». Me causó cierto efecto. Se giró y me dijo: «Luego tienes que contarme». Me conmueve porque te das cuenta cada vez más de que lo que has encontrado es verdaderamente para todos, tiene un alcance realmente infinito. Y también por el agradecimiento a este lugar al que pertenezco. Este hecho me ha devuelto el gusto de volver aquí. La verdadera belleza de este lugar es también un deseo nuevo. Creo que tiene que ver con el hecho de la comunidad, porque esta comunidad genera en mí cada vez más una libertad para ser quien soy. Creo que este es el mayor fruto que veo crecer con el tiempo. Y mediante esta libertad hay alguien que se hace presencia y propuesta para todos.*

**Paolo Prosperi.** Solo un breve comentario. Obviamente no quiero reducir el impacto de la belleza de lo que nos ha contado Michela. La primera respuesta que conviene tener delante ante un hecho tan bonito es mirarlo con asombro. Pero en lo que ella decía también vemos la descripción de una dinámica que, en mi opinión, ayuda a iluminar la cuestión que planteaba Belén.

Me explico. Después de escuchar esta intervención y la de Belén, uno podría decir: “Vale, Michela es muy afortunada y Belén, un poco menos. A Michela le va bien, a Belén no. Todo depende un poco de las circunstancias, de la inescrutable voluntad del Misterio para valerse de nosotros o no. Punto”. ¿Pero eso es todo lo que hay que decir? ¿O en esta cuestión está también por medio el juego de

nuestra libertad? Y si es así, ¿en qué sentido? Obviamente, vaya por delante que nosotros no podemos generar un acontecimiento como el que le ha sucedido a Michela. Pero la cuestión es otra. La cuestión es por tanto si nuestra libertad puede colaborar con la Gracia, “creando” las condiciones necesarias para que un hecho así pueda suceder (¡volvemos al católico “todo suma”!). Ahora bien, me parece que lo que contaba Michela no solo es el relato de un “pequeño milagro” (que también), sino que además incluye una interesante indicación de método. De hecho, primer paso: ¿qué es lo que ha puesto en marcha toda esta escalada? Lo que ha puesto en marcha esta escalada es el hecho de que Michela decidiera venir a Asís, que dejara el trabajo para venir aquí. Eso ha generado una “perturbación” inevitable en el ámbito laboral de Michela, usando la expresión de nuestro amigo de antes. La perturbación es que hay una chica que es aspirante a magistrado y que se toma unos días para irse, corriendo el riesgo de exponerse a la incomprensión de su jefe. Pues bien, segundo paso: ¿qué es lo que hace posible correr ese riesgo? ¿Qué lo ha hecho posible? Lo ha dicho ella: lo que la ha liberado del temor y la ha llevado a arriesgar es su *estima por este lugar*, su apego a un lugar que reconoce como algo muy valioso en su vida, valioso hasta el punto de que decide tomarse uno o dos días libres para venir aquí. “La primera experiencia de Asís fue tal fuente de novedad para mí –se diría Michela– que me parece adecuado ir, no es quitarle tiempo al trabajo. Necesito ir a Asís precisamente para ser más yo misma aquí, en el trabajo. Por eso voy, y no hay más que hablar”.

Tercer paso: ¿qué tiene esto que ver con la frase de Giussani sobre la que preguntaba Belén? Claro que tiene que ver, porque en esa frase Giussani no solo habla de dos frutos distintos de la *memoria*, sino que también los pone en orden. Primero dice que la memoria de Cristo tiende inevitablemente a generar una *comunidad vivida* y luego dice que esa comunidad *visible* pasa a estar *llena de propuestas en la sociedad*. Los adjetivos se suceden. Primero dice “visible” y luego “llena de propuestas”. Pues bien, es como si la intervención de Michela documentase en acto la progresión y relación de “causa-efecto”, por así decir, que une entre sí ambos aspectos de la co-

muni3n que la memoria genera. La *memoria* de la convivencia de marzo (primer momento) hizo que Michela decidiera venir aqu3, es decir, afirmar *visiblemente* su pertenencia a nuestra comuni3n (segundo momento); y esta afirmaci3n, sin ni siquiera quererlo ella, se ha traducido espont3neamente en propuesta, en “perturbaci3n” en su lugar de trabajo. La propuesta, por tanto, no era inicialmente algo a3adido a la afirmaci3n visible de su apego, sino que ha sido el fruto espont3neo de la “confesi3n” –digamos– de ese apego. «Yo me voy», dijo Michela en el despacho. Y ellos: «¿Ad3nde vas?». Entonces empieza a contarles...

Aqu3 hay un segundo punto que quiero subrayar porque tambi3n me llama la atenci3n. ¿Por qu3 Michela empieza a “contar”? ¿Por qu3 no se limita a inventar cualquier excusa? Sobre todo, ¿por qu3 su relato llama la atenci3n de quien la escucha? Por la misma raz3n por la que Michela decidi3 ir a As3s. Porque est3 segura del valor de lo que vio y oy3 en nuestra primera convivencia, hasta el punto de ponerse a contar el “lavatorio de pies” a su jefe, que si he entendido bien ni siquiera es cat3lico...

Volvemos as3 al tema de la relaci3n entre asombro y generaci3n. Nos convertimos en testigos en funci3n del asombro que nos invade. No hay nada que hacer, es as3. «La boca habla de la plenitud del coraz3n», dec3a Jes3s.

En todo caso, lo que quer3a destacar es que la “propuesta” no consiste ante todo en hacer cosas o inventarse qui3n sabe qu3 iniciativas (sin minusvalorar en absoluto la importancia de las iniciativas, ¡mejor que las haya!). La primera forma de propuesta es afirmar con coraje nuestra pertenencia, a qu3 estamos apegados. En un mundo dominado por el individualismo y por el c3lculo, ¿acaso este coraje no es el testimonio m3s rompedor?

**Francesco Cassese.** No entiendo si est3s destacando el afecto o el hecho de estar dispuestos dejar el trabajo por...

**Paolo Prospero.** Una cosa es la otra cara de la otra, ¿no? ¿Por qu3 Pedro deja la barca, la red y los peces? Porque Jes3s est3 en la orilla. El afecto a Cristo es lo que lleva a Sim3n a dejar la barca.

Eso no quiere decir que no le interese la barca. Quiere decir que Cristo le interesa más porque Cristo es Quien salva y da sentido a todo, incluido lo que hace cuando está en la barca. Eso me permite volver al punto de la relación entre actividad y pasividad, que antes hemos dejado un poco aparcada. «No es solo pasividad, también es actividad», decíamos. Pues bien, la experiencia que ha vivido Michela también arroja una luz muy interesante sobre esta relación, sobre este cruce de pasividad y actividad, que es como la trama de nuestra relación con Cristo. De hecho, al principio de la decisión de Michela de venir a Asís, ¿qué había? Una invitación que había recibido, y al mismo tiempo el recuerdo del impacto de lo que había vivido en marzo. Al principio hay por tanto una “pasividad”. Pero en este punto entra en juego la libertad, la energía activa de la libertad. Michela también podía decidir no venir. Podía decirse: “Estaría muy bien ir, pero esta vez mejor me quedo en el despacho, visto el ambiente que hay”. Pero no lo hizo. Decidió otra cosa, aun sabiendo que su decisión podía tener consecuencias desagradables. Su jefe, de hecho, instigado por su colega, le habría podido decir: «Eh, que aquí no se viene a jugar...».

Por tanto, pasividad y actividad no se oponen. Más bien una “incita” a la otra. El asombro genera afecto y el afecto da alas a la libertad, le da ganas de arriesgar, pero sin obligarla a emprender el vuelo. La decisión de la libertad sigue siendo una decisión de la libertad. Uno dice sí, otro dice no. Uno dice sí un día y al día siguiente dice no. Es el drama de la libertad.

***Salvatore.** Primer hecho. En este último tiempo el trabajo es un caos, en el sentido de que hay que entregar una serie de trabajos en los plazos establecidos y me he visto obligado a contratar a más gente, algunos de ellos inmigrantes. Mirando a otros jefes de obra, me he dado cuenta de que hay una forma distinta de mirar también a los nuevos que, si de lo que se trata es de acabar los trabajos a tiempo, podrían convertirse en carne de cañón: «Tenéis que trabajar. Da igual cómo, el caso es que el trabajo se haga». Pero hay algo que descubro y que me chirría continuamente. Con los nuevos se me pide la paciencia de enseñarles el idioma, o también el oficio. Para mí no son carne de cañón sino*

alguien que se me da, y eso es fruto de una educación que recibo continuamente dentro de esta historia. Segundo hecho. Hicimos la recogida de alimentos y hubo una presentación donde el presidente del Banco de nuestra región nos leyó la carta de una voluntaria que el año pasado se quedó muy impactada por la relación que surgió con un hombre de raza negra que estaba fuera del supermercado. Al acabar la jornada aquel hombre, conmovido por la mirada de esta voluntaria, le dio un abrazo y luego quiso darle algo también para la colecta. El sábado fui yo también a hacer la colecta y me encontré con una mujer de raza negra que estaba allí pidiendo limosna. En principio me pareció un fastidio... pero de pronto sentí el deseo de preguntarle cómo se llamaba, de dónde era, y hasta la invité a hacer la colecta. Se trata de dos hechos realmente banales, pero me doy cuenta de que lo más esencial que estoy aprendiendo este año es el tema de la pertenencia, responder continuamente a la pregunta: «¿De quién soy yo?». Y cuando digo «de quién soy», pienso en el ejemplo que ayer ponía Paolo de Pedro, que sale corriendo y deja las redes, de tal modo que me siento obligado a preguntarme: «¿Yo hacia quién corro dejándolo todo?». Esta pregunta invade mis jornadas y por eso puedo decir que toda la experiencia que vivo en el movimiento es la propuesta de un incremento del afecto a Aquel que me restituye realmente mi persona y mi corazón. También brota en mí algo muy interesante que me hace implicarme en la realidad. Me parece que la cuestión –también estos días– no es tanto la experiencia de la comunidad sino la experiencia de la comunión. No se nos pide un cierto nivel de agregación, sino la experiencia de la comunión, que no viene dictada por el hecho de que tú y yo estemos juntos, sino que descubramos que nos han puesto juntos. Para mí esto es liberador porque ante mis empleados, más aún que ante esa mujer que pedía limosna, estoy yo, pero ¿qué me permite estar así sino la comunión? Esa experiencia de comunión me abre al descubrimiento de que la realidad es algo que se me da precisamente a mí, por tanto la relación con el instante se convierte en relación con el Misterio mediante el rostro de las circunstancias.

**Federica.** En vacaciones, provocada por una conversación con mi padre que me decía: «Nadie gana a Dios en generosidad», le pre-

gunté a Paolo: «Si eso es cierto, ¿por qué no cumple mi deseo en el lugar donde estoy?». La pregunta surgió porque para continuar con la carrera que he empezado tenía que pasar mucho tiempo fuera de casa, lo que hacía que familia y carrera fueran incompatibles. Para responder a mi pregunta, después de citar el episodio que contó Pier Paolo Bellini, Paolo me propuso vivir lo que se me daba: «La prioridad es la familia, así que se te pide este sacrificio. Empieza por ahí y luego el Señor ya te dará la ocasión de volver a hacer el trabajo que quieres...». Al principio esta respuesta me enfadó porque no era lo que esperaba. Claramente no resolvía la cuestión, pero la rabia era la postura que había mantenido todo el año y era evidente que no me había ayudado a vivir. Por eso decidí mirar esta posibilidad que me ofrecía Paolo y empecé a implicarme más en lo que tenía que hacer, es decir, en el cuidado de la casa. Un día, ocupada con varios quehaceres, se me cruzó un pensamiento: hace dos años vivía y trabajaba en el extranjero, estaba en el centro del mundo, y ahora vivo sumida en la humildad de las pequeñas cosas cotidianas. Me impresionó pensar esto porque me puso delante mi capacidad para ser humilde, algo que creía que era imposible para mí. Tal vez era la primera vez que se confirmaba el hecho de que yo no coincidía con lo que hago, y paradójicamente una “no carrera” me estaba devolviendo más a mí misma que todo lo que el trabajo podía darme. Luego me acordé del testimonio de dos amigos que nos contaron en vacaciones su vida matrimonial, marcada también por la enfermedad de su hija y la dureza de su trabajo, que al acabar la jornada se preguntaban: «¿Dónde Lo has encontrado hoy?», para ayudarse en su matrimonio y en su fatiga, para reconocer Su sostén. Así que intenté hacer lo mismo. Cuando mi marido volvió del trabajo le hice la misma pregunta. Mi marido dirige la empresa agrícola familiar, así que volvía bastante cansado, y me sorprendió muchísimo porque me respondió señalándome a mí con la cabeza. En ese momento reconocí los signos de mi conversión: a través del desmoronamiento de mi ego, pero no de mi yo, me di cuenta de la grandeza de la gracia que estaba recibiendo. Me di cuenta de que era capaz de ser humilde (en el sentido franciscano del término) y de que amar es servir. Cenando con unos amigos sentí la exigencia de contárselo y ellos le preguntaron a mi

*marido qué pensaba de todo esto. Él, que es de poquísimas palabras (además de que se acercó al cristianismo hace poco, al casarse conmigo), respondió: «¿Qué es lo divino sino alguien que te espera y ha preparado todo para ti?». Así es como esa herida por el trabajo (que no está privada de dolor, de hecho siempre está ahí, viva y candente) se está convirtiendo en la posibilidad de una relación, cosa que antes me atormentaba y nada más, y ahora me ofrece la posibilidad de no volver a blasfemar: ahora tengo Alguien a quien dirigir este grito.*

**Paolo Prospero.** Gracias.

***Michele.** Quería compartir una experiencia que creo que tiene que ver con el hecho de que la memoria de Cristo, y por tanto la conciencia renovada de ser hijo, que nos pone en esa posición de la que ayer hablaba Paolo, de vulnerabilidad y humilde receptividad, de escucha, da paso a una forma de presencia. Yo soy médico de familia, trabajo en un pueblo pequeño y todos mis pacientes son de lengua alemana. Este año fui a cantar al funeral de un paciente y vi que todo consistía en seguir sencillamente lo que iba sucediendo. Era un paciente al que solo le hacía revisiones de control, luego se agravó su patología tumoral y los dos últimos meses iba todas las semanas para los cuidados paliativos. Una vez, el martes antes de Pascua, fui a cambiarle el catéter, algo que había hecho un montón de veces, pero empezó a sangrar y dije: «Espera que llamo a una enfermera para que me ayude». Mientras esperaba me entraron ganas de cantarle algo. Le pedí permiso y le canté Se tu sapessi de Antonio Anastasio. Luego llegó la enfermera, cambiamos el catéter y me fui a casa. El martes después de Pascua, cuando volví a trabajar las enfermeras me dijeron que había muerto. Esa misma mañana una paciente me dijo: «Soy muy amiga de su mujer. Me ha dicho que usted cantó para él y que tiene una voz preciosa». De camino a casa llamé a mi mujer y le dije: «Me gustaría proponer a la familia cantar esa canción en el funeral». Al día siguiente, después de la Escuela de comunidad, se lo dije a un amigo y le pedí a un guitarrista que me acompañara, enseguida me dijo que sí. Por la noche envié la letra de la canción a un amigo que sabe alemán y a la mañana siguiente, cuando me*

*desperté, ya tenía el texto traducido. Preparé unas hojas para poder repartirlo entre los presentes. Al día siguiente era el funeral, llamé a la familia, se lo conté y me dijeron que sí. Así fue como canté en su funeral y fue algo grandioso. Estaban allí muchos de mis pacientes y al irme me di cuenta de que los miraba como hermanos y hermanas, y creo que también cambió la forma en que me miraban ellos a mí. Al cabo de unos días, vino al ambulatorio la enfermera del día del catéter y me dijo: «He vuelto a esa casa, me han contado lo que pasó y me he echado a llorar». Surgió entonces una conversación preciosa, de corazón. «¿Pero qué es lo que te ha tocado tanto como para hacerte llorar?». Estar delante de la verdad.*

**Paolo Prospero.** Gracias.

**Francesco Cassese.** Esa cadena de amigos que te van diciendo “sí”, el guitarrista, el traductor, que te lleva a cantar en el funeral, que hace que la enfermera se eche a llorar... Cuando oímos contar estas cosas es importante entender que no se trata de historias normales. Vivimos tan inmersos en esta compañía que corremos el riesgo de considerar normales episodios que no lo son en absoluto. Esta iniciativa y esa cadena de personas, de disponibilidades, de afirmación del otro, ¿por qué es tan importante? Porque sería tremendo ser el intermediario mediante el cual el Misterio alcanza a esa enfermera –que percibe esa “extrañeza” y se echa a llorar, se conmueve ante algo tan excepcional– y perderse el gusto y el asombro que brotan cuando le vemos en acción. Tú no has hecho nada más que decir “sí”, estar disponible. Pero la historia que has contado es extraordinaria, nos habla de una Presencia mucho más grande que nosotros mismos. Eso se llama *fe*, es decir, nosotros podemos llegar hasta el punto de decir: «¿Pero quién eres Tú que generas una experiencia de este tipo?».

**Paola.** *Todo lo que hemos oído pone sobre mis hombros una responsabilidad que, por un lado, también me genera un poco esa ansiedad por el rendimiento... por ejemplo ahora, en la dinámica de lo que contaba Michele, hay tantos “sí” que no es normal... porque mu-*

*chas veces decimos “no”. Me sobrecoge especialmente porque pienso en muchos de nuestra historia que en un momento dado se han ido y otros que, en cambio, están dentro de esta historia por ese estupor, por esa humanidad distinta, por ese algo que “no es normal”. Esto me interpela muchísimo. Siento esta responsabilidad encima y digo: es verdad, muchas veces estoy delante de mi marido, de mis compañeros, de mis hijos, con una cara transfigurada, pero otras veces no. Veo que estar a remojo dentro de esta compañía me ayuda a tener la cara transfigurada, pero también es cierto que hay momentos en que no es así, y me fastidia. Quiero entender bien en qué consiste esta responsabilidad. Tú lo has dicho en parte cuando hablabas de pasividad y actividad, y no quiero ser la moralista de turno con su “hay que”, pero siento esta urgencia.*

**Paolo Prospero.** Cierto.

*Marco.* Ayer, hablando de la creatividad, decías que «es el fruto espontáneo e imprevisible de tu apertura». Está clarísimo, y también está muy claro el ejemplo sobre la preparación remota, es decir, leer textos no para dar sermones sino porque te sirve a ti. Pero luego decías que «cuando se tienen responsabilidades, es como si la preocupación por lograr comunicar lo devorase todo». Hay momentos en que tienes responsabilidades, pienso en los hijos o en el trabajo... ¿Cómo se conjugan estas dos cosas?

**Paolo Prospero.** Tú dices: está bien no preocuparse por el resultado inmediato de lo que hacemos, pero cuando se nos da cierta responsabilidad, cuando tengo que hacerme cargo de alguna cuestión o de alguna persona, entonces es inevitable sentir todo el peso que implica esa responsabilidad. Más aún, si no lo siento, si no siento cierto temor y temblor ante esa responsabilidad, si no siento incluso una justa inquietud por hacerlo bien, significa que no me interesa ni el bien de la cosa (o de la persona) ni me importa mucho quien me ha encomendado esa responsabilidad. Por eso es un buen ejemplo lo de la preparación remota, porque luego uno delante de su tarea –por ejemplo un hijo que no quiere estudiar–

puede no sentir esa inquietud. ¿Cómo salir de ahí entonces? ¿Era esta la cuestión?

*Marco. Así es.*

**Paolo Prosperi.** Está claro.

**Francesco Cassese.** Intentaré torpemente –ya lo adelanto– resumir una cuestión que surge aquí. Se trata de una pregunta que no solo nace en el contexto de la asamblea de hoy sino que me parece que se está abriendo paso a lo largo del camino de estos meses, como un fruto inesperado –al menos por lo que yo veo– de la experiencia que estamos viviendo. Nos hemos sentido objeto de una preferencia y eso nos ha introducido en la experiencia de la memoria del Señor. Esa preferencia y esa memoria, en cierto modo, están sacando a relucir la palabra *responsabilidad*. Vemos que la experiencia que estamos viviendo lleva consigo una promesa: la promesa del cumplimiento de nuestra vida, pero también una promesa para el mundo entero. Ese es el primer elemento que quiero subrayar porque me parece que es un signo precioso: ese anhelo por que todos puedan conocer esta Presencia que hemos encontrado. Pero esa *responsabilidad* tiene que medirse con el hecho de que rara vez nuestra presencia “perturba” el ambiente laboral, nuestra presencia no siempre genera una comunión a su alrededor. Por eso, aparentemente, parece que llegamos a la meta con un triste fracaso. Esa *responsabilidad* –que nace del encuentro que hemos tenido– nos encuentra como ineficaces e incapaces de comunicar. Por eso quiero plantearte unas preguntas, Paolo: ¿qué es la responsabilidad? ¿Y qué tiene que ver esa responsabilidad con la vocación? ¿Qué significa que esa responsabilidad es parte del camino, parte de esa llamada?

**Paolo Prosperi.** Viendo la hora que es y lo cansados que estamos, me limitaré a señalar algunos puntos sobre este tema para volver mañana sobre la cuestión que planteas después de pensarlo un poco.

Me gustaría partir de la provocación de Marco. Me ha impactado mucho su pregunta porque describe la experiencia de un “bloqueo” que a mí también me afecta muchas veces, *mutatis mutandis*. Lo reformulo con mis palabras: ¿cómo conviven ese *pondus*, el peso de la responsabilidad concreta (ponías varios ejemplos y creo que todos podemos poner cien mil, nuestra vida está llena de esos pesos que nos apremian, que nos aprisionan), con ese primado del asombro del que hablábamos, con el “cultivo del asombro” del que hemos hablado?

Me parece un buen punto de partida. Está claro que, al decir lo que he dicho sobre este tema, sobre todo en la primera asamblea, quería radicalizar (y por tanto simplificar) las cosas para que saliera la cuestión de fondo, la lógica de fondo. En la vida concreta, las cosas son más complejas y complicadas, si queremos. Digamos que, en contraste con la praxis narcisista del hombre hecho a sí mismo, me interesaba insistir en la idea de que nuestra fecundidad, nuestra capacidad de generación, es realmente tal cuando nace de un recibir, de ese primado que damos a la gracia de Otro, a la acción de Otro que me hace capaz de generar. No en vano he querido insistir en la imagen de la maternidad. En la maternidad de la mujer, esta dinámica se ve en acto claramente de forma paradigmática.

Volvamos pues a esa imagen y veamos si puede ayudarnos a arrojar algo de luz sobre la cuestión que planteaba Marco. En efecto, me parece que al menos tres o cuatro de vuestras intervenciones, pienso en la de Belén, Paola y otros, plantean una especie de ecuación que corre el riesgo de insinuarse entre nosotros. Es como decir: “Si no genero, si soy estéril (en el sentido de una productividad visible, del parto de algo visible), eso quiere decir que no vivo el asombro, no amo a Jesús, no vivo la memoria. Si no genero, es que no vivo la experiencia del carisma. Mientras que quien da fruto –en el sentido visible, sensible, mensurable del término–, ese sí que vive la fe, ese sí que vive la experiencia de Cristo”. Un poco como las mujeres estériles del Antiguo Testamento, que creían haber pecado por el hecho de ser estériles, en el sentido físico del término. Pero, ¡atención!, no tenían razón. No hay que confundir la *fecundidad* con un resultado visible, inmediato de la propia entrega. Como sabe-

mos, uno puede ser el más santo de nosotros y pasarse toda la vida enfermo en cama ofreciendo lo que vive por la salvación de los hombres. Tal vez nunca en su vida verá todo el bien que ha hecho a otros. Paciencia, ¡lo verá en el paraíso! ¿Aquí no verá ningún fruto? Diría que aquí verá sobre todo uno: su propia humanidad cambiada (que justo por eso se vuelve inevitablemente luminosa...).

Pero hay otra cara de la moneda, y es en esa otra cara de la moneda, si lo he entendido bien, donde Marco se había bloqueado. Yo reformularía así la cuestión: que el amor a Cristo me libera del resultado ¿quiere decir que no debo preocuparme, por ejemplo, si mi hijo crece torcido y no derecho? Dicho de otro modo, ¿quiere decir que la relación con Cristo me hace *indiferente* al resultado de mi esfuerzo?

Y llegamos a la que creo que es la verdadera cuestión: ¿qué quiere decir exactamente ser libres del resultado? ¿Es un error que me preocupe por mi hijo, que a lo mejor está empezando a frecuentar malas compañías, es un error que yo sienta *todo el peso* de mi ser padre o madre? No, no puede ser un error. No amaría a mi hijo si no sintiera el “peso” que una palabra o decisión mía pudiera causarle. “Como no tengo que medirme, como la relación con Cristo me libera del chantaje del resultado, entonces ya no me preocupo”. ¡Claro que no! Evidentemente en esta postura también hay algo que no cuadra.

¿Qué es lo que no cuadra? Aunque parezca obvio, lo diré igualmente: no cuadra el hecho de que, en realidad, entre el amor a Cristo y el amor al destino de mi hijo no puede haber distancia alguna, siendo el cuidado de mi hijo la *misión* que Cristo me ha encomendado. Volvemos así a Simón Pedro: «¿Me amas? Apacienta mis ovejas». En la palabra *misión* es donde se encuentra el punto de unidad entre el amor a Cristo y el deseo de que mi esfuerzo llegue a buen fin. ¿Por qué? Sencillamente porque educar a mi hijo coincide con la misión que Cristo me da. Mejor aún, coincide con el *modo* en que Cristo me llama a participar en *Su misión*, que consiste en llevar el mundo a su destino. Saber esto, hacer memoria de esto, no reduce ciertamente el peso de la responsabilidad, pero sí me permite verla desde otra perspectiva decididamente más “épica”.

En definitiva, la cuestión no es peso o no peso. La cuestión es cómo ves ese peso, qué ves “en” ese peso.

Los que me conocen saben que soy un apasionado de *El Señor de los anillos*. Pues bien, pudiendo ser Frodo, es decir, el portador de la gran “Carga” (así suele llamar Tolkien al anillo), ¿quién iba a preferir ser un hobbit cualquiera, uno de los que se quedan en la comarca?

La cuestión entonces no es el “peso” de la responsabilidad, sino cómo mira uno ese peso. Sin memoria, lo ves como un peso y nada más. Pero vivir la memoria te lleva a verlo como parte de la “Carga” con mayúscula, es decir, como una forma *toda tuya* (esta misión se te confía a ti y a nadie más, como le dice Elrond a Frodo) de servir al Todo, tu manera *personal* de dar la vida por la salvación del mundo. Es una perspectiva totalmente distinta (¡y más correspondiente!). ¿O no?

Por tanto, es adecuado sentir ese *pondus*. Es el signo que reconocemos de que hay un nexo entre el cumplimiento de nuestra existencia y el resultado o “éxito”, si me permitís el término, de la misión que se nos da. El problema es que no establecemos nosotros en qué consiste ese éxito (aunque sea inevitable hacerse alguna imagen). ¿Es adecuado que una mujer casada que no puede tener hijos sufra? Claro, porque es propio de la naturaleza de su vocación tener hijos y criarlos. Pero eso no quiere decir que esté destinada al fracaso. Quiere decir más bien que esa vocación tendrá que cumplirse de otra manera, totalmente por descubrir. En medio está todo el dolor del sufrimiento, el peso del sufrimiento de un camino que no es como uno esperaba.

Eso nos lleva al segundo punto que quería tocar, que en cambio tiene que ver con la razón *histórica* por la que la responsabilidad es siempre *también* un peso. Peso no solo en el sentido de “*kabod*”, es decir, “gloria”, sino también en el sentido de carga, fatiga. De hecho, no solo sufre la mujer que no tiene hijos. ¡También sufre la mujer que da a luz! Sufren las dos, aunque por motivos opuestos. No hay nada que hacer, vayas donde vayas se sufre. ¿Por qué?

Lo decíamos esta mañana: porque existe el *pecado original*.

De hecho, dar a luz, es decir, dar fruto, exige sudor y esfuerzo porque toda la realidad, empezando por la de nuestro corazón, lle-

va dentro como un germen de “resistencia” al bien, al orden, al destino para el que está hecha. Lo dice la Biblia justo después del relato de la caída (ayudándonos así a completar el discurso sobre el trabajo que hacíamos en marzo citando el Salmo 8):

«[18] Brotará para ti cardos y espinas (...). [19] Comerás el pan con sudor de tu frente».

Después de la caída, ya no se puede ser “sub-creador”, no se puede generar sin sudar la camiseta. Atención, no es que Dios hiciera las cosas así desde el principio. Como decíamos en marzo, citando el relato del Gén 2, al principio el trabajo debía ser pura “alegría”, puro don<sup>62</sup>. Obviamente tendríamos que preguntarnos (y lo haremos enseguida) si solo es “mala suerte” que las cosas sean así o si, en cambio, Dios ha permitido esto porque tenía sus propios planes. Pero ante todo hay que tomar nota del *dato*, porque de lo contrario no entenderemos nada. *De hecho*, lo queramos o no, nuestra vida está plagada de sacrificios. Si leéis el capítulo sobre el sacrificio de *¿Se puede vivir así?*, veréis que don Gius, realista como era, parte justo de ahí: todo está lleno de sacrificio. Nos guste o no, es así<sup>63</sup>. Tú estás ahí, haciendo todo bien, sin equivocarte en nada... y tu hijo se rebela. Te da un puñetazo, así, sin motivo. ¿Pero cómo? ¿Por qué? No fallas en nada, los quieres, te dejas la piel... y te sale torcido. ¿Cómo se explica? Se explica por el hecho de que existe el pecado original. Por eso, si quieres que tu hijo crezca derecho tienes que sudar el triple, tienes que sufrir, debes pasar muchas noches sin dormir porque no sabes cómo ayudarle... y porque sabes que aunque lo hagas todo bien, no está dicho que todo vaya a ir mejor. No lo sabes. Esa es la condición humana, la desgarradora condición humana... Todo está lleno de imperfección, todo. Hasta el rostro de tu mujer, que a los veinte años te parecía tan hermoso, ahora está lleno de arrugas que no te gustan. Así que debes traspasarlas, tienes que atravesar “el desierto” de esas arrugas si quieres

<sup>62</sup> Cf. «*Le diste el mando...*», op. cit., p. 19.

<sup>63</sup> L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 273-296.

recuperar el asombro del que hablábamos en la lección. Esa travesía es un sacrificio, como el sacrificio que supone criar a los hijos, sacar adelante una empresa, dirigir un despacho...

Ciertamente, como decíamos antes, también hay un atractivo en esa fatiga, también hay cierta “gloria” en asumir el peso de otros. Sin embargo, si uno tiene un mínimo de conciencia, mejor dicho, cuando más consciente es, todavía más cuando mira su propia fragilidad, no puede dejar de temblar ante la idea de que el bien de otros dependa de mí. Si no tiembla, si no siente ningún “peso” sino que más bien disfruta pensándolo, eso no significa ser libre sino un sociópata (como tantos que hay por ahí). El que no siente ningún peso llevando el peso de otras personas no es libre. Es un inconsciente, un narcisista patológico. En cambio, cuanto más quieres a alguien –como dice de un modo precioso Péguy en su *Pórtico de la esperanza*–, más tiemblas.

A pesar de todo esto que nos puede ayudar a evitar una interpretación demasiado romántica del icono del chapuzón de Pedro, la cuestión es que la fatiga sea, es, un hecho. ¿Pero este *hecho* es puro infortunio? Creo que esta es la verdadera cuestión: ¿la fatiga solo es algo que entorpece, que obstaculiza mi deseo de felicidad y cumplimiento de una vida plena? ¿O no?

Sobre esta pregunta fascinante habría muchas cosas que decir, pero se acerca la hora de la cena y todos estamos cansados, así que me limitaré a señalar dos.

La primera no hace más que profundizar en lo que ya he dicho en la lección hablando de Pedro que se tira al agua dejando la pesca, y luego arrastra hasta tierra un quintal de peces. Al final, para mí la clave de la cuestión de esta relación entre “amor a Cristo” y “asunción de la responsabilidad” se juega aquí: ¿de qué modo hacer memoria, es decir, ese lanzarme hacia Cristo, moldea mi manera de llevar los pesos que se me dan? ¿Qué quiere decir, siguiendo con la metáfora, que logro arrastrar un quintal de peces como si no pesara un quintal? ¿En qué consiste esa *ligereza nueva*?

Lo que hemos dicho hasta aquí, con la ayuda también de la intervención de Marco y otros, nos ha ayudado a aclarar lo que no significa. No significa que desaparezca por arte de magia, por ejemplo,

el miedo a decirle algo equivocado a mi hijo. Ese miedo permanece, ¡y es justo que permanezca!

¿Qué es entonces esta libertad? Esta libertad consiste en el hecho de que en la raíz de tu acción lo primero que surge ya no son tus ganas de hacerlo bien sino *la caridad*, es decir, tu deseo de *decir lo mucho que quieres* a Cristo y a tu hijo. Eso hace mucho más que quitar la aprensión o la fatiga, pues los transforma en un *signo concreto* de “hasta qué punto” llega tu amor por Cristo y por tu hijo. Dicho con otras palabras: la memoria, es decir, vivir la responsabilidad como respuesta a Cristo, ¿cómo transforma mi relación con la responsabilidad que tengo? La transforma en el sentido de dar una nueva finalidad a mi acción. La *primera* finalidad de mi acción es mi sí a Cristo. Eso no excluye, como decíamos, mis ganas de hacerlo bien. Pero ese deseo de hacerlo bien es como si entrase a formar parte de un horizonte más grande, en cuyo centro está este gran motivo: todo lo que hago, lo hago por ti, oh Cristo. Ahora bien, ¿cómo influye esta nueva finalidad, o esta nueva raíz, en el aspecto de riesgo y la fatiga que supone toda “misión”?

De una forma muy importante. ¿Por qué? Porque si lo que me mueve *principalmente* a actuar es *afirmar el amor*, entonces la primera finalidad de mi acción ya no está *al final, después de la acción*, es decir, en el resultado material de la acción (que me importa, ¡faltaría más!), sino que está *dentro* de la acción, es decir, en el hecho de *darme, donarme*. Claro que quiero tener éxito, y claro que me duele si obtengo un resultado pobre. ¡Pero eso no es *todo*! ¡Eso no es *todo*! Hay un valor y por tanto un gusto dentro de mi entrega que no depende del resultado visible de esa entrega. ¿Qué valor? ¿Qué gusto? Lo he dicho: el gusto de “afirmar” mi amor. Eso es lo que aligera el peso, más aún, lo transforma en valor, en algo interesante.

Lo explico con un ejemplo. Imaginemos que una de nuestras amigas que nos está ayudando con los cantos tuviera que cantar esta noche un canto como solista delante de todos nosotros. Imaginemos también que no se sintiera muy bien, debido a un dolor de garganta que le impide cantar como ella sabe. Pues bien, ¿cómo pensáis que se sentiría nuestra amiga mientras está ahí esperando

su turno, si lo único que le importa es hacerlo bien y que le guste a los presentes?

Claramente es justísimo que desee cantar bien y que podamos disfrutar de algo bello. Si la han elegido para cantar es porque canta bien, obviamente. Sin embargo, si alcanzar ese objetivo es su único interés (y subrayo único), entonces está claro que nuestra amiga no podrá evitar subir al escenario totalmente aterrada por si le falla la voz. Y entonces –eso es lo irónico– acabará por un lado sin disfrutar ni un segundo de su actuación y por otro sin conmover a nadie (aunque su voz no falle ni lo más mínimo).

Imaginemos ahora otro escenario. Imaginemos que esa misma amiga, antes de subir al escenario, se recogiera un momento en silencio entre bastidores. No se encuentra bien, sabe que el estado de su voz no es el de siempre. Le asalta el presentimiento de que va a ser un desastre, enrojece de vergüenza pensando en el ridículo que va a hacer. Seguro que alguien se ríe, *Oh My God...* Pero de repente “otro” pensamiento la invade: “Pero... ¿y qué? En el fondo, ¿qué más me da? Señor, lo hago por ti. Por desgracia esta noche no hay nadie que pueda cantar en mi lugar, así que... sí, Señor, lo haré. Lo hago por ti. Por ti. Lo hago porque Tú me lo pides. Y aunque mi voz no sea la mejor, paciencia. De hecho, ¿sabes qué te digo? Si alguien se ríe, mejor. Podré mostrarte *mucho mejor* quién eres Tú para mí...”

A decir verdad, debo confesar que este ejemplo es un poco autobiográfico. Camu seguro que se acuerda. Estábamos en el CLU, hace muchos años, en el Pime de Milán. Fue en una asamblea (abarrotaadísima) de la Católica y estaba don Giussani (era una de las últimas veces, si no la última, que vino). Ay, me asignaron la tarea de cantar un canto ruso –*Vecernyi svon*– delante de don Gius y de toda la asamblea. Empezó el coro y yo, que tenía que hacer de solista, tenía que entrar justo después. Solo que estaba tan emocionado que no me salía la voz, no me salía... y cuando salió... ¡un desastre! Risitas... en fin, un ridículo total. Sin embargo, a pesar de mi amor propio, no sentí ninguna vergüenza mientras se desarrollaba mi terrible actuación. ¿Por qué? Es difícil de explicar. Yo diría que mientras cantaba, no pensaba en mí mismo. No estaba concentrado en mí mismo (¡de hecho podríamos decir que lo estaba

demasiado poco!). No sentí vergüenza porque sentía que al final lo que más me importaba, en aquel intento tan torpe, era expresarle a ese hombre que tenía delante mi afecto y mi gratitud. Y lo más paradójico es que el ímpetu de esa conmoción era como si hiciera que a mis oídos (¡pero solo a los míos!) mi torpe canto sonara aún más bello que si lo hubiera cantado a la perfección.

Es tarde y todavía tiene que hablar Camu, así que abrevio al máximo el segundo punto, que no es más que un breve comentario a la intervención de Federica.

Si os fijáis, Federica nos ha contado, con un ejemplo tan sencillo como hermoso, cómo se desarrolla ese proceso que hace que un “yugo” que antes se sentía como un peso en un momento dado se vuelva “ligero”. Lo que más me ha llamado la atención de su intervención es que Federica ha llegado a esa experiencia recorriendo un camino muy humano, un camino en el que no ha renunciado para nada a su razón, es decir, a su deseo de cumplimiento humano. Más bien ha aceptado ensanchar su razón, abriendo espacio dentro de sí, con un acto de fe, a una hipótesis de cumplimiento que era más grande que su medida, cuya verdad ha podido sorprender luego en su experiencia. Así ha podido “saborear” el ciento por uno, es decir, experimentar una satisfacción real. Ciertamente, no una satisfacción como la entiende el mundo. ¿Qué mujer “de hoy”, fuera de esta sala (y tal vez también dentro de esta sala), diría que Federica ha hecho bien al tomar la decisión que ha tomado? A priori, puede que ninguna. Sin embargo, alguien la escucha y ve, intuye, que lo que Federica describe es deseable, correspondiente. Ahí reside la paradoja de la experiencia cristiana. La fe cumple lo humano, pero solo lo hace si uno está dispuesto a “dejarse llevar” más allá de lo meramente humano, es decir, más allá de lo que su razón aferraría y alcanzaría por sí misma. Eso es lo que la fe realiza en nosotros. De hecho, Federica ha podido entrar en esta experiencia porque se ha fiado, porque ha tomado en serio las palabras que se le decían. Y así esas palabras se han convertido en un camino hacia una experiencia nueva, que no había tenido nunca antes.

Acabo destacando que aquí tocamos uno de los rasgos característicos de nuestro carisma: «Está, porque actúa», como decía

don Giussani. La fe cristiana se muestra “conveniente” y por tanto persuasiva solo y en la medida en que permite ya en el presente que los que la viven disfruten cien veces más de la relación con las realidades de este mundo, es decir, con lo que le interesa a todo el mundo. Pero con una *nota bene*: el ciento por uno –Giussani insistía mucho en que esto es lo que más nos cuesta entender– no es la multiplicación cuantitativa del gusto que todos sienten. No es tener “cien veces más” lo que ya tienen todos. Es en cambio poseer, “gustar y ver” las mismas cosas de otra manera, de un modo nuevo, un modo que el relato de Federica, con toda sencillez, ejemplificaba perfectamente.

**Francesco Cassese.** Yo también comparto con gusto mi experiencia. Hoy, después de muchos años, me brotaba en el corazón y en los labios esta expresión: «¡Qué grande es Bach!». Esta mañana los frailes franciscanos nos han pedido poder celebrar juntos la Santa Misa y han sostenido la parte musical. Durante la Comunión, un hermano organista ha tocado el segundo movimiento de la *Suite n.º 3* de Bach. Era un buen organista, aunque no espectacular... Mientras tocaba, yo pensaba: «Espero que toque el acorde con la mano izquierda», porque titubeaba un poco en los cambios y temía que pudiera equivocarse. Una vez superado ese paso con la mano izquierda, la preocupación pasaba a la mano derecha, donde hay dos melodías que se superponen. Yo estoy acostumbrado a escuchar esa pieza perfectamente ejecutada, pero escuchando otras interpretaciones nunca he pensado «¡qué grande es Bach!». El hermano organista, con todas sus limitaciones, con su imperfección e inseguridad, me hacía estar pendiente de un hilo: «Venga, ánimo, estoy contigo». Por primera vez me he dado cuenta de cuánto deseaba llegar a ese acorde, cuánto deseaba poder oírlo. Ninguno de nosotros sería hoy capaz de escribir la música de Johann Sebastian Bach y quien toca sus piezas comunica algo más grande, algo distinto de lo que es él. Entonces, de pronto, se abrió paso un nuevo pensamiento: no todos somos como este organista, es decir, ninguno de nosotros es capaz de vivir, transmitir y comunicar a la perfección lo que hemos recibido. Bach es desproporciona-

do para cualquier tipo de intérprete, del mismo modo que lo es la relación que tenemos con el Señor. Pero que esa imperfección o incapacidad pueda coincidir exactamente con la gloria de Cristo, que a través de mi mezquindad pueda brillar aún más la gloria de Cristo, eso hoy me ha conmovido hasta las lágrimas. Creo que esto puede ayudarnos a comprender que, en el fondo, la misión no es una cuestión de *performance*. La trayectoria que hemos recorrido partiendo de la esclavitud de la “sociedad del cansancio” podría llevarnos de manera trágica a medirnos según lo que seamos capaces de hacer o no. La misión es el chapuzón de Pedro deseando llegar hasta el Señor y olvidándose de sí mismo, como les pasa a los niños. Solo este amor puede ponernos en movimiento, aunque sea enfadándonos o balbuceando Su nombre. También nos hace estar dispuestos a cometer algún error mientras tanto (el atrevimiento ingenuo), pero afirmando esa Presencia. Lo que nos ha aferrado es la historia de un Dios que ha querido comunicarse a través de la pequeñez humana.

Domingo 26 de noviembre

---

## SÍNTESIS

Paolo Prosperi

Llegamos al último acto. Lo que voy a decir, lo adelanto para evitar equívocos, no tiene ninguna pretensión de resumir la riqueza de todo lo que ha salido estos días, pienso sobre todo en las asambleas. Quiere ser más bien una suerte de reacción en caliente a lo que ha pasado estos días, con el objetivo de “lanzar la pelota” hacia delante.

Para adentrarnos en lo que quiero decir, me gustaría partir de la canción que le he pedido a nuestros amigos. No sé cuántos de vosotros la conocen, se trata de *All That I Want*, de los Rival Sons. Me gusta esta canción por dos razones. La primera es que me la dio a conocer una gran amiga, Giuditta Zola, hija de Adriana Mascagni, para quien no la conozca (así que de canciones sabe bastante). La segunda es que cuando la escuché por primera vez me cautivó enseguida, más que por la música porque me hizo pensar espontáneamente en las palabras de la canción no como si las dijera un enamorado cualquiera a su amada, sino Cristo a mí, a cualquier ser humano (por cierto, cuando se lo dije a Giuditta, ella enseguida me contestó: «Justo por eso te la he mandado, ¡yo la escucho igual!»!):

*Si pudiera ayudarte a verme / de la manera que yo te veo, /  
estoy seguro (espero) de que te gustaría lo que ves. / [...] Si  
pudiera sentir el dolor que siente mi corazón / cada vez  
que te vas, / nunca te marcharías...<sup>64</sup>*

---

<sup>64</sup> «If I could help you see me / The way that I see you / Hope you like what you see / [...] If you could feel my heartache / Each time you walk away / You would never leave» (Rival Sons, *All That I Want*, del álbum *Hollow Bones*, 2016, © Earache Records).

Estos días hemos hablado mucho de los ojos nuevos que otorga la fe, tanto en la lección como en las asambleas. Hemos escuchado muchos testimonios que nos han documentado el cambio de mirada que nace de la fe vivida. Pero anoche, pensando sobre todo en la segunda asamblea, hubo un momento en que pensé: es como si en todo lo que se ha dicho, también en las cosas que yo he dicho, faltara algo esencial. Es como si hubiera un punto genético que corremos el riesgo de dar por descontado a pesar de ser la clave que pone todo en su lugar. ¿Cuál es ese punto? Se me ocurre decirlo así: ¿cuál es el *primer objeto* que la fe me permite enfocar mejor? El primer objeto, la primera realidad que empezamos a ver “en todo su esplendor” gracias al acontecimiento de la fe es el mismo Jesús, la *persona de Cristo*. ¿Cuántos han oído hablar de Él! Sin embargo, para cuántos de ellos Jesús no es más que un nombre sin ningún interés. Cuántos miran el crucifijo sin que la figura de ese hombre colgado en la cruz les cause ninguna “perturbación”, por usar la expresión de uno de vosotros en la asamblea de ayer.

Se entiende así cuál es la primera gran función del carisma en nuestra vida. ¿Qué es un carisma eclesial? Un carisma es ese don de gracia que permite a quien lo recibe percibir el esplendor del Hombre Jesucristo con una fuerza y un acento particulares, una fuerza y un acento que luego también se ven iluminados por otros. Decía don Giussani: el carisma es «una *ventana* a la totalidad del dogma»<sup>65</sup>, es decir, al misterio de Cristo. ¡Qué hermoso! El carisma es una ventana a Cristo, lo que significa que es el don concedido a un hombre de una mirada tan penetrante en el misterio de Cristo que se convierte como en una «ventana» a través de la cual otros también pueden participar de su mismo asombro.

## 1. «Queremos ver a Jesús»

Introduzco así el primer punto de esta mañana, que se titularía así: «Queremos ver a Jesús»<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> Cf. L. GIUSSANI – S. ALBERTO – J. PRADES, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 104; la cursiva es mía.

<sup>66</sup> «Entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: “Señor, queremos ver a Jesús”» (Jn 12,20-21).

Como alguno de vosotros tal vez recordará, Juan pone estas palabras en boca de un grupo de griegos que, al subir a Jerusalén por Pascua (eran probablemente temerosos de Dios, es decir, simpatizantes de la religión judaica), oyeron hablar de Jesús. De hecho, después de resucitar a Lázaro, en Jerusalén no se habla de otra cosa que no sea él, unos con entusiasmo, otros con hostilidad<sup>67</sup>. De ahí la curiosidad de los griegos y la petición que le hacen a Felipe y Andrés: «Queremos ver a Jesús».

Es decir: deseamos ver muchas cosas. Pero en el fondo, ¿puede haber una curiosidad más fuerte que esta? «*Queremos ver a Jesús*».

«Queremos ver a Jesús». ¿Qué importante es mantener vivo este deseo en nosotros! ¿Por qué? ¿Por qué es importante?

Lo pensaba justo ayer al final de la asamblea, a medida que nos íbamos centrando cada vez más en el tema de la responsabilidad y el peso, de la fatiga que inevitablemente introduce en nuestra vida adulta (ya sean responsabilidades ligadas a la vocación personal –familia, trabajo– o de compromiso en la construcción del movimiento: en el fondo es lo mismo). Como decíamos ayer, es un dato de realismo reconocer que fatiga y sacrificio son dimensiones inextirpables de nuestra vocación (al menos en nuestro planeta). Por otra parte, me parece que corremos un riesgo cuando hablamos de este tema (como se confirmó ayer en la asamblea) y es el de tender a desvincular, sin ni siquiera darnos cuenta, el discurso de la responsabilidad del de la fe, tal como lo hemos establecido. Es decir, por un lado está la fe, mi relación con Cristo; por otra, *después*, están mis responsabilidades, la misión, concebida como un añadido yuxtapuesto, como un “deber” que hay que cumplir sacando músculo. Pero las cosas no son así. Si las seguimos viendo así es que tal vez debemos enfocar un poco mejor la relación que une ambas cosas, el mecanismo –digamos– que hace que una sea el “motor” de la otra. ¿Qué mecanismo? En rea-

<sup>67</sup> «Entre la gente que daba testimonio se encontraban los que habían estado con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos. Por esto, también le salió al encuentro la muchedumbre porque habían oído que él había hecho este signo. Por su parte, los fariseos se dijeron a sí mismos: “Veis que no adelantáis nada. He aquí que todo el mundo le sigue”» (Jn 12,17-19).

lidad ya lo hemos dicho. Lo que da alas a nuestra libertad, lo que libera nuestra libertad de cualquier cálculo, del miedo, de una medida continua que hace que todo resulte pesado, es descubrir que somos amados. Mejor dicho: tener una conciencia cada vez más clara de *cuánto* y *cómo* somos amados. «Si pudieras sentir el dolor que siente mi corazón cada vez que te vas, nunca te marcharías». Ese «sentir» que se despierta en nosotros es lo que nos hace “respons-ables”, es decir (etimológicamente) *capaces de responder*, como decía Dante mejor que todos nosotros (¡aunque lo dijera en negativo!): «Amor, que a nadie amado amar perdona» (*Infierno*, c. V, v. 103). Amor, que impide al amado (a quien se descubre amado) no devolver amor.

Ver que somos amados es lo que despierta en nosotros el ímpetu de la entrega, lo que nos devuelve al primado del «deseo de ver a Jesús». Si lo que hemos dicho es verdad, entonces nuestra primera responsabilidad –la responsabilidad de la que nacen todas las demás, podría decirse– es la de no apagar ese deseo de ver cada vez mejor a ese Amor, es decir –retomando una bellísima expresión de don Gius que ya hemos citado– «profundizar en el estupor»:

*Uno no debe preocuparse de expresarse, debe preocuparse de profundizar en el estupor, porque profundizar en el estupor nos conduce a la expresión adecuada de nosotros mismos; mientras que si nos afanamos por encontrar una expresión de lo que somos, estaremos cada vez más dispersos [...]. A nosotros no se nos ha pedido buscar nuestra expresividad, se nos ha pedido profundizar en el estupor del que nace la expresividad. La expresividad, es decir, la fecundidad, nace de un amor; y el amor es el estupor por un presente que se acoge y se abraza, se reconoce y se acepta<sup>68</sup>.*

¿Por qué cambió Pedro? Si os acordáis, en la lección insistíamos en que el Pedro de Jn 21 no es como el Pedro de Lc 5. ¿Qué fue lo que le cambió?

<sup>68</sup>L. GIUSSANI, *La autoconciencia del cosmos*, op. cit., p. 206.

Le cambió el hecho de *haber visto*, haber experimentado *hasta qué punto* llegaba el amor de Cristo por él. Lo que cambió en Simón después de Pascua es que Simón ahora está totalmente “embebido” de estupor, estupor por ese Amor ilimitado que ha podido ver y tocar en las heridas todavía abiertas del Resucitado. Del mismo modo, nosotros solo podemos arder de amor por Cristo de un modo similar al Pedro de Jn 21 –un amor que prevalece sobre nuestra inadecuación, nuestro miedo, nuestra pretensión– en la medida en que empece-mos realmente a ver y gustar, o al menos a oler el aroma de la *realidad*, de esa «*res*» del Amor de Cristo por nosotros.

Es una ley que conocemos bien. *Nihil desitum quin precognitum*: no se desea lo que no se conoce. Solo es posible enamorarse de una belleza que se ve. Es la visión de lo Bello lo que enamora, lo que te mueve, lo que te llama, como decía –con un maravilloso juego de palabras– el gran Dionisio: «*Tò kalòn kalei*», que en griego significa: lo bello llama, atrae. Ver la *belleza* de Cristo, algo que nos arranca de nosotros mismos y nos lleva a darnos a Él y por Él. De ahí mi insistencia en lo que he llamado «deseo de ver» cada vez mejor, o profundizar en el estupor (que es lo mismo). Esa es la primera tarea: desear a Cristo<sup>69</sup>. O mejor dicho, mirar a Cristo (memoria) *pidiendo* que se profundice nuestro estupor por lo que Él es, la admiración por lo que Él es. Porque en el fondo de esto depende, tanto para nosotros como para Pedro, la irrupción en nosotros de un ímpetu de respuesta que aligere todas las demás tareas.

Hay otro pasaje en el evangelio de Juan que dice todo esto de forma aún más potente que Juan 21. No se encuentra al final sino en el centro del evangelio (¡y creo que es bueno que sea así!). En el centro del evangelio de Juan, es decir, en el paso del relato del ministerio público de Jesús al gran drama de la Pasión, no hay un

<sup>69</sup> En los primeros Ejercicios de la Fraternidad, en 1982, don Giussani decía: «El fin por el que os reunís es ser ayudados a desear a Cristo y a creer en Cristo. Nada más. La fuerza de nuestro movimiento en sus primeros años fue esta. En aquel entonces, afrontamos problemas culturales y sociales graves respecto a los que afrontamos ahora, pero metodológicamente éramos más claros, más netos (mis amigos de esos primeros años pueden confirmarlo): nuestro punto de partida era Cristo, era el asombro por él, era el reconocimiento sencillo de un acontecimiento, de lo que sucedía, de lo que había sucedido y sucedía en el mundo: Jesucristo» (L. GIUSSANI, *Una extraña compañía*, Encuentro, Madrid 2018, p. 70).

gesto de Jesús como podría esperarse. Lo que hay, en cambio, es el gesto de una mujer: María, hermana de Lázaro y Marta, derramando una libra de perfume de nardo en los pies de Jesús para enjuagarlos después con sus cabellos (Jn 12,1-3):

*Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.*

Dos palabras sobre el contexto. Estamos probablemente en casa de Lázaro, en Betania, donde Jesús llega a escondidas porque ya está siendo buscado, pues las autoridades del pueblo han decidido arrestarlo justo después de la resurrección de su amigo (Jn 11,1-54). En la cena están presentes Lázaro, Marta y María, lo que nos invita a suponer que la cena en realidad es un banquete de acción de gracias por la vuelta a la vida de Lázaro. En un momento dado María, presa de un ímpetu incontenible, toma esta libra de nardo tan valiosa (¡una libra romana son casi 327 gramos!) y la “derrocha” echándola entera en los pies de Jesús. Ese unguento, tan valioso que según Judas se habría podido vender por 300 denarios (¡el salario anual de un obrero!), evidentemente empieza a derramarse al suelo y entonces María se inclina y empieza a enjuagar los pies de Jesús con sus cabellos, expresando aún más, por un lado, su devoción por el Maestro, y por otro impregnándose a sí misma de un perfume muy costoso, que ella consideraba de gran valor. ¡Quién sabe cuánto le habría costado conseguirlo!<sup>70</sup> Pero en ese momento no le importa, no lo piensa. Más aún, quizá sí que lo piensa, y justo por eso lo echa todo en los pies de Jesús...

<sup>70</sup> Según los expertos, el nardo «auténtico» (*pistikòs*) era una especie bastante difícil de encontrar en Palestina (solo aparece otras dos veces en la biblia, siempre curiosamente en el Cantar de los Cantares: cf. Cant 1,12; 4,13-14). Algunos dicen que esa especie procedería además de los valles del Himalaya, en la India.

Pues bien, en el centro del cuarto evangelio encontramos este gesto de entrega total, casi irreflexivo, como si fuera la locura de una mujer que derrama sobre los pies de Jesús lo mejor que tiene, nardo «auténtico y costoso»<sup>71</sup>, como dice Juan. Lo que indica no solo una cantidad exorbitante sino también una calidad suprema: lo mejor que tiene. ¿De dónde nace un gesto así?

La respuesta es fácil. Ese gesto no es más que el retorno de la ola del estupor de María, por el amor con que ha sido amada. En este sentido, es crucial señalar un nexo, un reclamo al que no se le suele prestar demasiada atención. Si nos fijamos, en su primera visita a Betania, Jesús no se limitó a resucitar a su hermano (que no es poco). No, Juan nos cuenta algo más. Nos cuenta que María, animada por Marta, sale en busca de Jesús cuando él aún está a la entrada del pueblo y, echándose *a sus pies* (*de nuevo aquí* a sus pies, como en Jn 12, 3: ahí está el detalle...), se echa a llorar delante de Él. ¿Y qué hace Jesús entonces? ¿Cómo reacciona, cómo responde al dolor de María? «Jesús, viéndola llorar [...], se estremeció»<sup>72</sup> y luego «se echó a llorar»<sup>73</sup>. «*Edàkrusen* o *Iesous*»: Jesús llora. Es el versículo más breve de todo el Nuevo Testamento. Pero lo contiene todo.

Al ver llorar a María, Jesús se echó a llorar. Y María no lo olvidaría. Este gesto de conmoción del Señor ante ella, por ella, no podía quitárselo de los ojos ni del corazón. Por eso en aquella cena hizo lo que hizo. Su gesto fue como el retorno de esa ola de memoria que la llenaba, colmada de estupor.

Permitidme una última imagen que nos ofrece, digamos, la “cuadratura del círculo”. Atentos, hay un gesto (¡solo uno!) en el cuarto evangelio que se parece mucho al de María. Es el signo que realiza Jesús en las bodas de Caná, la transformación del agua en vino (Jn 2,1-11). De hecho, aquí también tenemos una donación en la que vemos el mismo doble “exceso” que en el gesto de María: una *cantidad exorbitante* (¡más de 600 litros de vino: cf. Jn 2,6!) y una *calidad demasiado alta* (cf. Jn 2,10: ¿qué necesidad tenía Jesús de

---

<sup>71</sup> Cf. Jn 12,3.

<sup>72</sup> Jn 11,33.

<sup>73</sup> Jn 11,35.

ofrecer un vino de tanta calidad cuando los invitados ya estaban bebidos, como señala el mayordomo, y ni siquiera podían apreciarlo?). «¿Por qué tanto derroche?», pregunta Judas escandalizado por el gesto de María. Pues bien, ese derroche en realidad no es más que el reflejo de otro derroche. Esa entrega no es más que el efecto que ha causado en María su estupor ante «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo»<sup>74</sup> del amor de Cristo, ese amor que le llevó a “desangrarse” por nosotros<sup>75</sup>.

«A nosotros no se nos ha pedido buscar nuestra expresividad, se nos ha pedido profundizar en el estupor del que nace la expresividad». Si no amamos, si nos bloqueamos, como nos suele pasar, es sencillamente porque aún estamos en camino, y porque el estupor todavía es inmaduro en nosotros. ¿Qué nos puede ayudar entonces en este camino de profundización en el estupor?

## 2. Entonces el discípulo amado dijo a Pedro: «¡Es el Señor!»

Dejadme que vuelva un momento al chapuzón de Pedro. Si os acordáis, habíamos subrayado en el último punto de la lección que Pedro se tira al agua animado por Juan, pues es el discípulo amado quien reconoce al Señor en el hombre que está de pie en la orilla y luego le abre los ojos a Pedro.

A todo lo que hemos dicho me gustaría añadir ahora un detalle que me parece interesante en este contexto: ¿quién es el discípulo amado en el cuarto evangelio? Es el testigo ocular del Amor del Señor «hasta el extremo»<sup>76</sup>, el único que oyó latir Su corazón en el momento en que Él abrazó Su destino en el cenáculo; el único que estaba delante de Él cuando la gloria de su amor estalló por fin fuera de su pecho desgarrado en la cruz. Por eso es justo que sea precisamente él el discípulo que abre los ojos a Pedro, el que le “devuelve” a la presencia del Resucitado. Es justo porque eso es lo

---

<sup>74</sup> Ef 3,18.

<sup>75</sup> Obviamente, a los ojos de Juan el vino “derrochado” en Caná no es en realidad más que el símbolo de otro impactante derroche: el de la sangre derramada gratuitamente por Jesús en la cruz por amor a todos los hombres y mujeres.

<sup>76</sup> Jn 13,1.

que Pedro necesita continuamente para ser regenerado y relanzado en su tarea de pescador, en su tarea de pastor: ser devuelto ante el esplendor del amor de Cristo, del que Juan es como el testigo por excelencia. Así es para nosotros. No se puede conocer a Cristo solo, mediante una experiencia puramente individual. Se profundiza en el conocimiento de Cristo a través de la mediación de alguien que ha visto y oído antes y más que nosotros, alguien que ya tiene una experiencia de Él más profunda y plena que la nuestra.

Llegamos así al segundo punto en el que quiero detenerme, que surgió en la primera asamblea y que, por lo que he sabido, ha causado cierta discusión, así que merece la pena retomararlo.

Si os acordáis, esa mañana dije en un momento dado, reaccionando a una de las últimas intervenciones, que muchas veces nos vemos tentados de interpretar de forma reductiva el segundo punto del preámbulo de los Estatutos de la Fraternidad, donde Giussani dice que la experiencia vivida de la comunión (o *comunionalidad*) es necesaria para que se genere en nosotros la memoria. ¿Qué quería decir? Ayer volvía a hablar de esto con uno de vosotros. Quería decir que me parece que a menudo tenemos la tentación de pensar que la función educativa de la compañía es simplemente la de despertar en mí la conciencia de algo que ya está totalmente dentro de mi yo, algo que en el fondo «ya sé», un poco como hace el Sócrates platónico con sus discípulos. Como si por una parte estuviera mi yo, que tiene esa capacidad de relación directa, inmediata, con el Misterio; y por otra la compañía eclesial, que es una ayuda, sí, pero solo en el sentido de despertar en mí la conciencia de algo que ya llevo dentro. Sin embargo, la mediación de la compañía eclesial, entendida en el sentido católico del término, es mucho más que eso: es un *intermediario real* que me comunica algo nuevo, concretamente el conocimiento de Cristo. De hecho, me guste o no, yo no puedo conocer a Cristo, no puedo llegar a “gustar y ver” a Cristo tal como Él es verdaderamente (y no como me lo imagino) si no es a través de la mediación de quien ya lo conoce, de quien ya vive inmerso en Él.

En el sentido más estricto y objetivo, eso significa dos cosas. Primero, que ninguno de nosotros puede acceder a Cristo si no es

mediante el testimonio de los apóstoles, que llega hasta nosotros por la mediación autorizada de la Iglesia. Segundo, que ninguno de nosotros puede tener experiencia de Cristo sin la mediación de los sacramentos (Bautismo, Eucaristía, etc). El acento particular de Giussani radica en subrayar –en perfecta consonancia con el Concilio Vaticano II (sobre lo que volveré después)– que lo que es la verdad de la Iglesia, en el sentido institucional del término, es la verdad *en sentido analógico* (y no menos esencial existencialmente) de la compañía vocacional, entendida como «compañía guiada al destino». En otras palabras, podemos decir que la comunión vivida, en el tipo de experiencia cristiana que nació de Giussani, tiene un carácter que podemos llamar “casi” sacramental<sup>77</sup>.

¿Qué quiere decir sacramental? Quiere decir que es vehículo de conocimiento y experiencia de Cristo. No se llega a «ver a Jesús» *sin mediación*. Se puede llegar a ver entrando en los ojos de otros que ya lo han visto y que lo ven, es decir, como decíamos en la lección<sup>78</sup>, mediante el método de la fe.

Pero fijaos qué vértigo, qué querrá decir Jesús cuando, señalando a Juan, justo al final de Jn 21, le dice a Pedro: «Si quiero *que se quede hasta que yo venga*, ¿a ti qué?». Una frase enigmática, sin duda, aunque la mayoría de los expertos hoy coinciden en que su sentido más probable es el siguiente: hasta el final de los tiempos, hasta el regreso de Jesús, Juan está destinado a *quedarse* mediante el testimonio de su

<sup>77</sup> La expresión es de Giussani, pero se atiene significativamente *ad litteram* a lo que dice el primer punto de *Lumen gentium* sobre la Iglesia (de hecho, algunos traducen la expresión *uti sacramentum* “como un sacramento” y otros “casi un sacramento”): «Lo que establece mi rostro y mi personalidad es lo que me crea, lo que me ama hasta crearme. ¡Así que es Cristo! Él, además, ha entrado en nuestra compañía: “A nuestro concorde encuentro se una un huésped nuevo”. Entonces, lo que da fisonomía a la vida es pertenecer a algo que ya existe, a Cristo, y yo pertenezco a Cristo dentro de la forma histórica, concreta, en la que Él se me ha dado a conocer, de un modo maduro y por tanto persuasivo y operativo. Lo que da fisonomía a la vida es la pertenencia a esa compañía que es su signo eficaz, casi sacramental» (L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas. 1979-1981*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 408-409). En su última carta a Juan Pablo II en 2004, don Giussani decía esto de nuestra amistad: «Nuestra compañía se convierte en sacramental por su pertenencia a la Iglesia, en la medida en que es reconocida como don precioso y particular del Espíritu» (A. SAVORANA, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1182).

<sup>78</sup> Cf. FRANCISCO, Carta encíclica *Lumen Fidei*, 18. Ver aquí, p. 43.

evangelio. Ese es su don, su carisma. Lo que quiere decir: hasta el final de los tiempos, el que quiera ver a Jesús podrá hacerlo si entra en los ojos de este discípulo. ¡Qué cosas! Jesús por tanto está diciendo: «Pues sí, querido Pedro. Todos los cristianos de todos los tiempos, millones y millones, para verme pasarán a través de los ojos de ese jovencito de ahí que nos está siguiendo. Ese es el don que he querido darle, así que tú tranquilízate y sígueme».

Eso es el catolicismo: el misterio de este Dios que está tan enamorado del hombre que quiere confiar a la mediación de hombres de carne y hueso, pecadores como tú y yo, la revelación de su Rostro.

¿Y qué pasa con la experiencia “personal”? ¿Y la riqueza de los carismas que el Espíritu reparte libremente a quien quiere, qué pasa con ella? ¿Acaso el Resucitado no es soberanamente libre de manifestarse a quien quiera? ¿Acaso no es verdad que san Francisco, ya que estamos en Asís, tuvo una experiencia auténtica pero en cierto modo “nueva” y totalmente “personal” de Jesús?

Sin lugar a dudas. Pero eso no implica una experiencia que le lleve *más allá* del Jesús de Juan y Pedro. Claro que, como dice el mismo Jesús, el Espíritu introduce a la Iglesia poco a poco «hasta la verdad plena»<sup>79</sup>, y en ese sentido puede haber “rasgos particulares” del único Jesús que san Francisco o don Giussani llegaron a ver incluso mejor que los apóstoles (!). Pero eso no significa que el Espíritu lleve a *ese Jesús* más allá de lo que dijo de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»<sup>80</sup>. La acción del Espíritu no añade ni una coma al Jesús de Juan y Pedro. Más bien permite gustar y ver cada vez mejor «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» del Jesús de Juan y Pedro. De ahí la paradoja por la que hasta un carismático como san Francisco, aun teniendo una experiencia personal de Cristo que no podía ser más excepcional, para *profundizar en el conocimiento* de ese Jesús que le habló personalmente en San Damián, tuviera también la necesidad de atravesar las palabras y los ojos de Juan, de Pedro y de Pablo; él también tuvo necesidad de beber de los sacramentos y de la sabiduría de la Iglesia.

---

<sup>79</sup> Jn 16,13.

<sup>80</sup> Jn 14,6.

Pues bien, creo que algo similar vale también para nosotros no solo en relación con la santa madre Iglesia, sino también en nuestra compañía. Cuando Giussani habla de una necesaria «inmanencia de una comunión vivida», no está hablando solo de una muleta en la que apoyarse cuando no nos apañamos solos. La compañía vocacional es mucho más que eso. Es el lugar a través del cual –*por ósmosis*, como decía don Giussani– se nos comunica la mentalidad nueva y la vida nueva de Cristo. Una de las constituciones dogmáticas más importantes del Vaticano II, la *Lumen Gentium*, dedicada precisamente al misterio de la Iglesia, en su primer punto dice justo eso al pie de la letra: que la Iglesia es «como un sacramento [*veluti sacramentum*], o sea signo e instrumento de la *unión* íntima con Dios y de la *unidad* de todo el género humano»<sup>81</sup>.

<sup>81</sup> Constitución dogmática *Lumen Gentium*, I; las cursivas son mías. Aunque este no sea el lugar adecuado para ello, sería interesante en este sentido profundizar en el futuro en el nexo entre la primera y la segunda parte de la explicación que ofrece *Lumen Gentium* del sentido en que la Iglesia es sacramento. ¿Qué relación hay entre la *unión con Dios* y la *unidad entre los hombres*, de los que la Iglesia es signo e instrumento en la misma medida? Me limitaré aquí a señalar un par de cosas. Primero, como ya decíamos en el primer encuentro de Asís y como ilustró en profundidad el padre Lepori en la segunda meditación de los Ejercicios de la Fraternidad (cf. M.-G. LEPORI, *Fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe*, 2023, pp. 60-68), realmente no se trata de dos fines yuxtapuestos o solo vagamente interconectados, como si pudiera darse una unión con Dios que no fuera al mismo tiempo unidad con los hermanos. La cuestión es que el Dios al que me une mi relación *personal* con Cristo no es un “misterio” genérico, un Dios ignoto y sin rostro, sino un Dios cuya vida bienaventurada es comunión, reciprocidad de amor. De ahí (segundo aspecto) el hecho de que un terreno decisivo de verificación de la autenticidad de la experiencia de Cristo de un bautizado sea inevitablemente, como enseña san Juan, la caridad hacia los hermanos. Si la vida de Dios es caridad (1Jn 4,8.16) –más aún, *caridad recíproca*–, entonces lógicamente quien conoce *de verdad* al Dios de Jesús no puede dejar de amar al hermano y *desear* la comunión con él (incluso cuando, por miles de razones, cuesta mantener vivo ese deseo). En caso contrario, afirma Juan, el Dios al que dice amar *no es el Dios de Jesús*. «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. [...] A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. [...] Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. [...] Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1Jn 4,8.12.16.20-21). Hasta qué punto es cierto que la comunión fraterna no es tanto un medio en la vida de la fe sino un fin (cf. «*Le diste el mando...*», op. cit., pp. 57.63) nos lo muestran de un modo aún más potente las palabras con que se abre el grandioso final de la oración sacerdotal de Jesús: «Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17,22-23).

Una aclaración importante: al decir esto no estoy negando en absoluto que el Señor sea libre de “acontecer”, es decir, de manifestarse como y donde quiera. Al contrario, eso es justo lo que significa que el Señor haya resucitado: que para Él tiempo y espacio ya no tienen límites, como le gustaba decir a don Gius, y por eso Él es soberanamente libre de manifestarse a quien quiera usando las circunstancias que quiera, hasta las más improbables, incluso un gran dolor (como tantos amigos nos han testimoniado estos días de una forma impresionante).

Un ejemplo. Como bien sabe Camu, me apasionan especialmente los animales. Por eso, cuando estuve en Washington DC, iba mucho a rezar a un pequeño bosque cerca de casa que estaba plagado de animales (en EE.UU, incluso cerca de las ciudades, la naturaleza es mucho más virgen que aquí): ciervos, mapaches, halcones, pájaros carpinteros, búhos, pavos reales, etc. Pues bien, tenía un compañero de casa al que le apasionaba en cambio la adoración eucarística. Yo también hacía adoración eucarística, claro está, con mis hermanos (una vez a la semana, como decía la regla). Pero si me preguntan cuál es el lugar que más me ayudaba a vivir la memoria de Cristo, no pienso en la adoración eucarística sino más bien en el bosque de Cabin Jones: el grito del halcón, el salto de los ciervos, el vuelo majestuoso del búho real. Atención, no estoy diciendo que tenga que ser así *para todos*. De hecho, me da un poco de vergüenza decirlo. Pero para mí es así, ¡qué le voy a hacer! Pero (no porque lo haya decidido yo) nada me ayudaba a hacer memoria de Cristo, nada me evocaba más sus «rasgos inconfundibles» que rezar mirando cómo saltaban los ciervos y escuchando el grito de los halcones. ¡El misterio de la libertad de Dios!

Pero hay que añadir algo crucial: para poder ver *en el salto del ciervo* los rasgos inconfundibles de Jesús, debo tener presentes *los rasgos inconfundibles* de Jesús. Si no, ¿cómo voy a verlos en el ciervo, en el halcón o en el rostro de mi mujer? Si el rostro de Jesús es el gran desconocido para mí, ¿cómo voy a *reconocerlo presente* aquí o allá? Para reconocer la presencia de tu hija en medio de la multitud, tienes que tener grabados en tu mente los rasgos fisonómicos de tu hija. ¿Cómo lo haces si no? Te falta el criterio de compara-

ción. Pero el criterio de comparación es *el corazón*, podrá objetar alguno. El corazón, como decía el propio Giussani, es el criterio de comparación para *reconocer a Cristo*.

Respondo. Sin duda la comparación con el corazón es el criterio para entender que Cristo es Aquel que mi corazón espera, *cuando y si Lo encuentro* (como les pasó a Juan y Andrés), por la correspondencia que experimento entre Él y mi persona. Pero el criterio para reconocer a Cristo *presente en la realidad*, ya sea un ciervo o un mendigo por la calle, *no es ni puede ser solo* el corazón. Más concretamente, el criterio es *el corazón*, pero solo en la medida en que *Cristo mismo* ya ha hecho “resplandecer” en él los rasgos inconfundibles de su Rostro (¡2Cor 4,6!)<sup>82</sup> mediante el intermediario de la comunidad cristiana, como precisa don Giussani en el primer punto de la estructura de la experiencia cristiana que se nos propuso en la Jornada de apertura de curso<sup>83</sup>. En definitiva, el criterio para decir si una cierta cara me recuerda o no a mister X es la *memoria de la cara de mister X* que llevo *dentro de mí*, creo que está claro. Pero eso supone que alguien me haya introducido en el conocimiento de mister X.

De aquí pasamos a una importante conclusión. No tiene sentido oponer el carácter imprevisible del acontecer de Cristo, es decir, la libertad de Cristo para salirme al encuentro bajo una “aparición” siempre sorprendente e inédita, al hecho de que se conoce a Cristo mediante nuestra inmanencia en la compañía eclesial. Si pienso en

<sup>82</sup> «Pues el Dios que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas” *ha brillado en nuestros corazones*, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo» (2Cor 4,6; las cursivas son mías).

<sup>83</sup> «El *encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona que tiene la experiencia; hecho cuya realidad existencial consiste en una comunidad que se expresa sensiblemente, tal como ocurre con cualquier realidad íntegramente humana». Luego, en el segundo punto, Giussani subraya: «El valor del hecho con el que nos topamos», Cristo, su Rostro, «trasciende la fuerza de penetración de la conciencia humana [del corazón humano], y requiere por consiguiente un gesto de Dios para su comprensión adecuada. De hecho, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama la *gracia de la fe*» (L. GIUSSANI, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2012, pp. 120-121). En *Crear huellas en la historia del mundo* insiste: «De igual modo que Cristo se me ofrece por medio de un acontecimiento presente, también vivifica en mí [por gracia] la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional» (p. 44).

mi experiencia, ha sido y es verdad lo contrario, es decir, es verdad que justamente *la familiaridad con Cristo* que he adquirido poco a poco estando “a remojo”, digamos, en la compañía vocacional me ha hecho con el tiempo capaz de interceptar la presencia de Cristo incluso en lugares y ámbitos de mi experiencia donde *nunca* me habría imaginado poderlo encontrar.

Antes de pasar al tercer punto conclusivo, una última aclaración, sin la que el discurso podría quedarse cojo. Creo que es evidente para todos que cuando Giussani habla de *inmanencia* no se refiere a un estar *pasivo* a remojo de la compañía, como si estar a remojo realizara *mecánicamente* esa profundización del estupor. Como bien sabemos, uno puede estar a remojo en la compañía y no profundizar en estupor alguno. ¿Cuál es entonces la diferencia? Ayer lo mencionaba alguien. El hecho de que mi manera de estar a remojo está totalmente cargada de mi grito, de todo el hambre y la sed de mi corazón. Es el hecho de *estar*, pero estar con un corazón despierto, un corazón que pide, un corazón que mendiga, un corazón que grita. Entonces toda la riqueza de lo que hay dentro de la compañía empieza a brillar: «¡Haz que yo te vea! Hazte ver, ¡que yo te conozca más dentro de este lugar!».

Me parece justo decir, en este sentido, que la segunda condición para profundizar en el estupor es la humildad, pero humildad entendida en el sentido en que usaba esta palabra el papa Francisco en el discurso que nos dirigió el 15 de octubre del año pasado. Es decir, humildad como falta de presunción de haberlo comprendido ya todo, tanto de Cristo como del carisma que nos ha conquistado. Justo al final del evangelio del ciego de nacimiento, en un momento dado Jesús se dirige a los fariseos diciéndoles estas palabras, tan amargas e irónicas a un tiempo: «He venido [...] para que los que no ven, vean [está hablando obviamente del ciego de nacimiento que no solo ha recuperado la vista sino que también ha creído inmediatamente en Él *a primera vista*], y los que ven [o creen ver, es decir, creen saber ya todo lo que hay que saber de Dios: los fariseos], se queden ciegos»<sup>84</sup>. ¡Terrible! Es decir, ¿cuál es la condición

---

<sup>84</sup> Jn 9,39.

moral para llegar a «ver a Jesús» cada vez mejor? Solo una: reconocer que no ves *bien todavía*, reconocerte –al menos en parte– ciego aún, reconocer que aún tienes un infinito por descubrir, reconocer que hay un océano de belleza y de verdad que tienes por delante aún sin explorar. Mientras que si piensas que ya lo sabes todo de Cristo y del carisma, entonces ya te has puesto en la fila de los fariseos<sup>85</sup>.

### 3. «Y la casa se llenó de la fragancia del perfume»: dar la vida por la obra de Otro

A la luz de todo lo que acabo de decir, creo que también se puede entender mejor el tercer y último punto de esta síntesis, donde me gustaría detenerme en el tercer “pilar”, si queremos llamarlo así, de la descripción del carisma de CL que encontramos en el preámbulo de los Estatutos de la Fraternidad, que vuelvo a citar:

*La memoria de Cristo inevitablemente tiende a generar una comunión visible y llena de propuestas en la sociedad.*

Pues bien, todo el acento sobre el primado del estupor que hemos visto hasta ahora creo que ayuda a aclarar y también a mostrar la importancia que tienen estas palabras. De la memoria, como decíamos, es decir, de la renovación y profundización continua de ese estupor, es de donde nace la “capacidad de generar”. Tu capacidad y la mía de generar comunión, tanto dentro como fuera de nuestro círculo de amigos no es más que el desbordamiento de un amor recibido continuamente. ¿Recordáis la imagen del parto? Una mujer genera si antes se abre a recibir, si abre espacio dentro de sí a otro.

---

<sup>85</sup> Quiero señalar que en el cuarto evangelio, el único hombre de Jerusalén que confiesa públicamente su fe en Jesús es el ciego de nacimiento. Mientras que los fariseos, que son los que deberían ver mejor que todos, ¡justo al Mesías no lo reconocen! Esta coincidencia obviamente no carece de mensaje. El ciego de nacimiento se encuentra paradójicamente en la mejor condición para acoger la nueva revelación que ofrece Jesús, justamente porque nadie es tan consciente como él de su necesidad de ver mejor de lo que puede ver por sí mismo...

Volvamos a María de Betania. ¿Qué sucede después de que María derrame el perfume de nardo en los pies de Jesús? ¿Quién se acuerda?

*Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.*

Comenta el gran Orígenes que esta es la imagen de cómo se expande la fragancia del evangelio mediante la obra misionera de la Iglesia, personalizada en María<sup>86</sup>. ¡Qué belleza! ¿Qué son las obras que nacen de nuestra historia? No son más que ese perfume de nardo que se extiende por toda la casa. Es decir, no son más que el efecto sensible, “perceptible” para el mundo, de la generosa dedicación con que tantos y tantos amigos han respondido al Amor que les ha conquistado en el encuentro que han tenido; no son más que la “fragancia” de la pasión por Cristo que prendió en ellos por el encuentro con don Gius. Claro que todos somos pecadores y es fácil perder el norte cuando estás con las manos en la masa. Sin embargo, si pudiéramos abrazar con una sola mirada todas las obras que han nacido de gente nuestra, sería imposible no preguntarse: ¿pero qué es lo que ha generado todo esto? La respuesta que se me ocurre es: un amor, o más concretamente, ese ímpetu amoroso que hace dos mil años llevó a María, sin pensarlo siquiera, a “derrochar” todo el perfume de nardo que tenía en los pies de Jesús. ¿En qué pensaba María mientras derramaba aquel unguento en los pies de Cristo? ¿Pensaba en cuántas estancias de la casa llegaría aquel aroma? No. María pensaba en expresar su amor por Jesús, en decir *lo mejor que podía* quién era ese hombre para ella. Pero al hacer eso, curiosamente, «la casa se llenó de la fragancia del perfume». ¿Qué es una *obra*, en el sentido cristiano del término?

<sup>86</sup> «María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa –dice– se llenó de la fragancia del perfume”. Eso indica que el olor de la doctrina que proviene de Cristo y la fragancia del Espíritu Santo han llenado la casa de este mundo o la casa de toda la Iglesia. [...] Y puesto que ese perfume se llenó de fe y de un afecto precioso, por eso mismo Jesús también lo testimonia diciendo: “Una obra buena ha hecho conmigo”» (ORÍGENES, *Commento al Cantico dei Cantici*, II, 9, [5.7], en: ORÍGENES-GREGORIO DE NISA, *Sul Cantico dei Cantici*, Bompiani, Milán 2016, pp. 415-417). Cf. también ORÍGENES, *Hom. in Cant.*, II, 2.

Es lo mismo: el efecto espontáneo –«*inevitable*», dice Giussani– de esa entrega sin medida que se afirma en el corazón de quien vive la memoria de Cristo.

No hay por tanto ninguna oposición entre el primado de la relación personal con Cristo y el compromiso social o cultural, el testimonio público. Más bien, una cosa genera la otra<sup>87</sup>.

Por eso es justo decir que hay algo que está antes que nuestras iniciativas porque si no se mueven por amor a Cristo y por tanto por caridad hacia los hombres, esas iniciativas no serán «más que un metal que resuena o un címbalo que aturde», como dice san Pablo<sup>88</sup>.

Por otra parte, también hay que decir –sin necesidad de flagelarnos, por favor– que si el “perfume no se expande”, es decir, si las obras y la presencia pública languidecen, quizá es que está empezando a languidecer también el amor. Para evitar cualquier equívoco, no estoy hablando *para nada* de la *eficacia* de nuestras iniciativas (cayendo así en la lógica de la *performance*, de la que nos queríamos librar). La iniciativa puede ser torpe, imprecisa, imperfecta... ¡no importa! Lo que importa cuando se ama es darse. Como uno pueda, como uno sea capaz, da igual. Pero darse, sabiendo que *tarde o temprano* esa entrega dará fruto. ¿Por qué? Porque el fruto, la “fragancia del perfume”, no es más que el efecto inevitable (¡*inevitable!*) de ese don total de sí en que consiste el amor. Lo que importa en el cristianismo es darse gratuitamente. El resto es cosa de Dios. Uno se da generosamente, como nuestra amiga española, y a su alrededor no sucede nada, parece que no se “expande ningún perfume”. ¡No importa! ¡Continúa, querida Belén, continúa! Y si no sucede nada en diez años, ¡continúa igualmente! Porque lo que nos mueve no es el chantaje del éxito sino el amor a Cristo. Eso es lo que nos hace incansables, libres e incansables, incluso cuando los frutos no llegan. Claro que no es obvio vivir así nuestro

---

<sup>87</sup> Decía don Giussani en 1969: «El inicio de la presencia en el ambiente no es el ambiente, sino algo previo. [...] El anuncio no viene de nuestra inteligencia a la hora de dirimir las cuestiones; está antes, es algo que nos es dado y dentro de lo cual nos encontramos, algo de lo que partimos continuamente» (A. SAVORANA, *Luigi Giussani. Su vida*, op. cit., p. 446).

<sup>88</sup> 1Cor 13,1.

compromiso. Es un camino. Un camino en el que volvemos a caer continuamente en la vieja lógica, donde todo se vuelve una “carga”. Pero el problema no es el peso de las cosas. El problema es la falta de un “fuego” adecuado. Por eso debemos ayudarnos a mantener ese “fuego” encendido. Y para eso nos ayuda el testimonio de los que se nos dan como compañeros de camino.

En este punto, no puedo evitar decirles algo un poco personal, que me pasó la otra noche, escuchando los testimonios de Tierra Santa. Me impactaron todos, pero hubo uno que me conmovió de veras. Fue el último, el de Jack. No porque fuera más impactante que los demás, sino porque a Jack lo conozco desde que era pequeño, lo he llevado en brazos cuando era un canijo (su padre era mi profesor de primaria y somos amigos de toda la vida). Entonces, la otra noche, viendo en qué se ha convertido aquel niño que yo llevaba en brazos, viendo esa entrega suya un tanto atrevida (porque sigue estando un poco loco); viendo sus ojos negros brillar en medio del desastre, brillar de pasión por el bien de esa pobre gente, me conmoví. Porque en definitiva, ¿quién de nosotros no ha sentido al menos un poco de sana envidia al escucharlo? Y es justo. Es justo no porque Jack “sea un grande”. Es justo porque cualquiera de nosotros podía percibir en sus ojos y en sus palabras una pasión por la gente y por lo que está haciendo que todos nosotros deseáramos tener. Es justo porque Jack está viviendo lo que está viviendo ahora por el simple hecho de haber dicho toda una serie de síes, los mismos que podemos decir nosotros y tantas veces no decimos. Se ha dejado conquistar sin oponer resistencia a la gran Historia que le ha “cautivado”. Y ahora se encuentra haciendo cosas grandes, cosas que de niño ni habría soñado.

Pero quiero acabar con la otra cara de la moneda.

Decíamos que este amor nos lleva a hacer cosas grandes. Pero no solo eso. Este amor realiza un milagro en cierto sentido más grande aún: hace grande lo que a todos les parece pequeño. Qué bonito ha sido, en ese sentido, escuchar ayer el testimonio de Federica. Bonito por educativo y correctivo. No lo ha dicho delante de todos, pero el trabajo al que Federica ha renunciado (espero que temporalmente) por seguir a su marido no era un trabajo cualquiera.

Es un trabajo que Federica ama con pasión. Sin embargo, dando crédito a la perspectiva que le sugería nuestra compañía, dando crédito a la nueva lógica que nace de la fe, ha descubierto el ciento por uno. Y nos lo ha testimoniado. Nos ha testimoniado que viviéndolo todo con este ímpetu de ofrecimiento, ya sea lavar los platos como Federica o irse a Siria como Jack, se empieza a saborear una experiencia que es justo lo contrario de la que vive el ego de la *performance* del que partíamos. Para ese ego todo es siempre poco y “la hierba del vecino siempre es más verde”. En cambio, quien vive en presencia de Otro ve cómo se hace grande entre sus manos hasta el gesto más pequeño, incluso lavar los platos<sup>89</sup>. Es más, precisamente por ser más sacrificado, ese gesto se convierte en el más grande, porque es el que más expresa aquello de lo que depende nuestra grandeza. ¿De qué depende nuestra grandeza? Como decía un sabio, en el cristianismo “vence” el que más ama.

**Francesco Cassese.** Pensemos en el evangelio y en la Biblia, ese “extraño” libro del que hablábamos al principio. Seríamos incapaces de entender nada del evangelio si no fuera por un acontecimiento presente, si no hubiéramos encontrado algo en el presente, si no estuviera sucediendo ahora. Del mismo modo, no entenderemos nada de lo que nos pasa ahora sin volver la mirada al evangelio. Por tanto, hay un círculo virtuoso entre pasado y presente, un diálogo pasado-presente, que hace cada vez más interesante leer y comprender el evangelio. Mediante la lectura del evangelio, Paolo nos está ayudando a entender lo que nos pasa hoy. En este sentido, me gustaría retomar lo que nos ha dicho a la luz de lo que ha pasado estos días. Hago tres observaciones.

1) Antes de entrar estaba sentado cerca de un amigo que me decía: «Estos años me había alejado un poco del movimiento y estos días he vuelto a acercarme». Y añadía: «Ha sido como atravesar el desierto. Pero estos días para mí han sido como volver con mi padre y mi madre». Cuando Paolo dice que para reconocer hay

---

<sup>89</sup> Cfr. L. GIUSSANI, *Lavvenimento cristiano*, op. cit., pp. 31-33; Id., *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, pp. 149-150.

que conocer, significa que solo puedes reconocer a tu padre y a tu madre porque ya los conocías de antes. Eso es la fe: reconocer una Presencia. La fe consiste en reconocer esos rasgos inconfundibles que nos permiten decir: «Estamos en casa, aquí estás Tú».

2) En el último punto, Paolo nos decía que esta fe, esta memoria, la conciencia de una Presencia genera una comunión. ¿Acaso no es eso lo que ha pasado estos días? Sin darnos cuenta o sin buscarlo insistentemente, entre nosotros ha nacido una comunión inmediata. Ese es el signo de la presencia del Señor. El Señor está presente entre nosotros y debemos tener la audacia de llamarlo por su nombre. El Señor está aquí.

3) Lo último que quería señalar se refiere a la responsabilidad. Porque la responsabilidad, como decía Paolo ahora –es decir, la tarea, la misión, las obras–, es un intento de corresponder a ese amor. Estoy asombrado porque estos días han sido extraordinarios y creo que a todos nos tiemblan un poco las piernas. Podemos ver que está sucediendo algo grande, no solo para nosotros sino para todos, también para nuestros amigos a los que ahora volveremos a ver. Surge un cierto temblor ante la iniciativa del Señor que, como decíamos al empezar esta convivencia, todavía no sabemos dónde nos llevará. Nuestra responsabilidad es secundar esa iniciativa. Secundar esa iniciativa significa que, en cierto modo, nos ayudemos juntos a entender cada vez más cómo puede seguir adelante esta historia, qué tipo de forma puede servir mejor a lo que sucede entre nosotros y estar dispuestos a corregirnos cuando nos demos cuenta de que la forma no es la más adecuada.

Nos vimos en marzo y ahora, seis meses después, no creo que nos podamos volver a juntar antes del verano porque tendremos los Ejercicios de la Fraternidad y los Ejercicios de jóvenes trabajadores, así que no sé qué puede significar para nosotros secundar lo que ha empezado y qué tipo de forma, tal vez una forma nueva, podrá nacer para acompañar esta historia. Debo decir que entre comidas y cenas alguna idea y sugerencia ha surgido y podremos verificar su viabilidad en las próximas semanas. Pongo un ejemplo que habrá que ver. Ayer estaba comiendo con algunos de vosotros y en un momento dado surgió una exigencia que expresaban así:

«No vemos la hora de volver a casa para contar a nuestros amigos de la Fraternidad lo que ha pasado estos días». No sé cómo podrá alcanzar lo que está pasando entre nosotros a los demás amigos que no están aquí. Ellos sugerían: «Podríamos hacer de manera local un fin de semana de convivencia con los que hemos venido para tener un tiempo de profundizar en los contenidos que han surgido estos días y luego tener un momento de diálogo invitando a alguno de vosotros». En cualquier caso, habrá espacio para la creatividad y la inventiva. Veremos cómo sigue adelante esta historia. Lo cierto es que esta iniciativa es una historia que no podemos dejar pasar.

**Introducción**

Francesco Cassese

*Jueves 23 de noviembre*

4

**Fragmentos de la primera asamblea***Viernes 24 de noviembre*

7

**Lección**

Paolo Prosperi

*Viernes 24 de noviembre*

41

**Fragmentos de la segunda asamblea***Sábado 25 de noviembre*

67

**Síntesis**

Paolo Prosperi

*Domingo 26 de noviembre*

93

